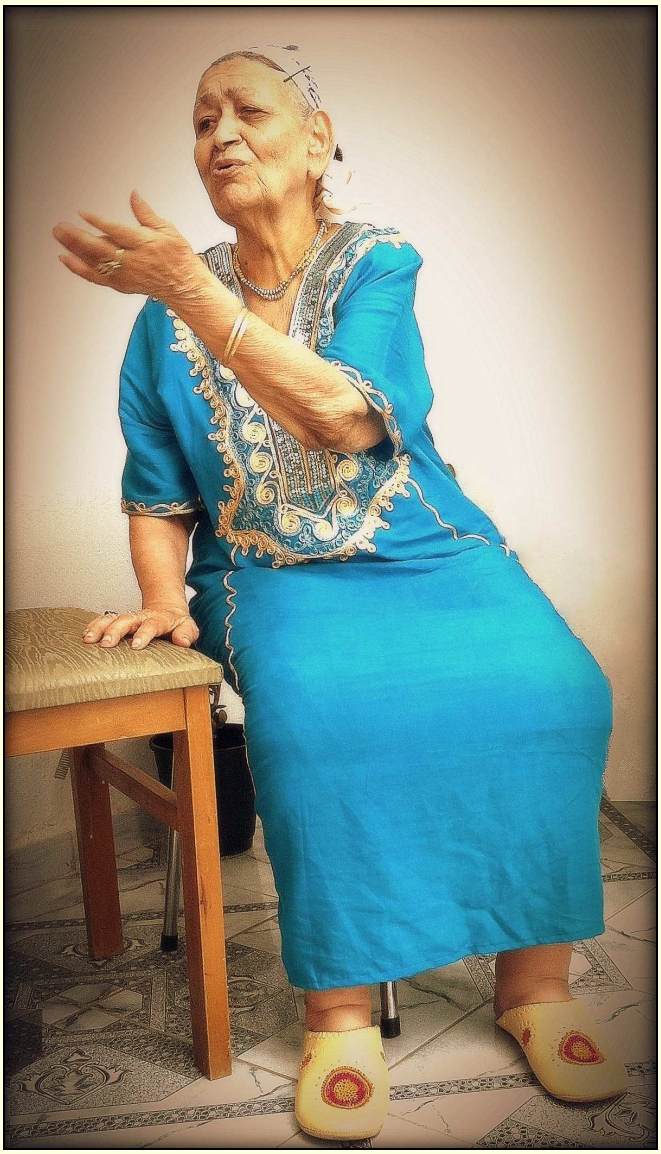
En busca

del pájaro esmeralda

y otros cuentos tunecinos de

Lela Ula

MOHAMED ABDELKEFI



MITÁFORAS

En busca
del pájaro esmeralda
y otros cuentos tunecinos de
Lela Ula

MOHAMED ABDELKEFI

GRABACIÓN, TRANSCRIPCIÓN, TRADUCCIÓN
Y EXPLICACIÓN DE MOHAMED ABDELKEFI

EDICIÓN DE MOHAMED ABDELKEFI
Y JOSÉ MANUEL PEDROSA

EPÍLOGOS DE JOSÉ MANUEL PEDROSA
Y ÓSCAR ABENÓJAR

MITÁFORAS 10

MADRID, MAYO DE 2018

Queda permitida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, siempre que sea sin ánimo de lucro, y con la cita explícita y completa de estos créditos: Mohamed Abdelkefi, *En busca del pájaro esmeralda y otros cuentos tunecinos de Lela Ula*, Madrid: Mitáforas, 2018.

2018 © Mohamed Abdelkefi
2018 © Mitáforas

2018 © José Manuel Pedrosa (de su "Epílogo")
2018 © Óscar Abenójar (de su "Epílogo")

Mohamed Abdelkefi (nacido el 16 de junio de 1928) es un escritor, periodista, traductor, profesor y folclorista nacido en Túnez que vive desde hace más de cuarenta años en España y tiene la nacionalidad española. Es en la actualidad corresponsal del periódico Al-Arab de Londres y presidente del Club Internacional de Prensa. Entre sus obras cabe destacar la novela en árabe (publicada en Beirut en 1966) *Entre dos corazones*. Y los ensayos *España de la dictadura a la democracia* (1991, en árabe), *Los árabes ¿por qué?* (1991, en español) y *El decano del arabismo español Pedro Martínez Montávez* (2016, en árabe). En 2010 publicó en español un primer volumen de *Cuentos populares tunecinos narrados por Lela Ula*, que aparecería también en árabe, en Túnez, en 2012. Es autor de otros ensayos acerca de los refranes, las costumbres, las fiestas y las canciones tradicionales de Túnez y de Libia.

Lela Ula (1925-2015) fue una mujer tunecina, de la ciudad de Sfax, muy apreciada entre sus familiares y allegados por su extensísimo repertorio de cuentos tradicionales, que sabía transmitir, en el abrigo de su casa, con arte inimitable. Las reuniones en las que ella era el centro eran auténticas fiestas para quienes tuvieron el privilegio de concurrir a ellas. Nunca contó cuentos fuera de su casa. Entre 1970 y 1990 más o menos su voz fue grabada, en cintas de casete, por su amigo de la primera juventud Mohamed Abdelkefi, quien después pasó muchos años transcribiendo y traduciendo aquellos relatos. Hoy, los cuentos de Lela Ula constituyen un tesoro de las artes verbales de Túnez, de la tradición en lengua árabe en general y del mundo entero. Son muy pocos los repertorios personales documentados en ningún otro lugar que puedan compararse en calidad y variedad con los de esta prodigiosa Sherezade moderna.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN
por Mohamed Abdelkefi

LA VIDA Y EL ARTE VERBAL
DE LELA ULA (1925-2015),
NARRADORA DE CUENTOS
(10-20)

SOBRE LA POÉTICA
DE LOS CUENTOS TUNECINOS
(20-27)

DÓNDE, QUIÉN Y CÓMO SE CONTABAN
LOS CUENTOS EN TÚNEZ
(27-35)

CUENTOS

COMPRAR PENA A CAMBIO DE HARINA
(37-50)

LAS DEUDAS DEL MUERTO
(51-58)

HÁREZ HEREDA, HÁREZ HEREDA
Y HÁREZ NO HEREDA
(58-61)

LOS TRES HERMANOS Y LA TIRA DE PIEL
(62-73)

SKANDAR EL AVARICIOSO,
SU HERMANO EL GENEROSO
Y EL TESORO DE LOS OGROS
(74-80)

YUSEF CONVERTIDO EN PÁJARO
POR UNA VIEJA
(81-88)

EN BUSCA DEL PÁJARO ESMERALDA
(89-106)

EL PESCADOR AFORTUNADO
(107-116)

EN BUSCA DE UNA ESPOSA
QUE NO SE TIRE PEDOS
(117-123)

LOS HERMANOS QUE RESULTÓ
QUE ERAN PRIMOS Y SE CASARON
(124-143)

LA VENGANZA
DE LA MUJER DESPRECIADA
(144-157)

EL VENDEDOR DE SAL
(158-163)

EL JUEZ DE LOS PEDOS
(164-173)

EL CUMPLIMIENTO DE UN SUEÑO
(174-213)

[1. LA PETICIÓN DE MANO]
(174-178)

[2. EL VIAJE DEL VENDEDOR DE NUECES]
(179-183)

[3. EL VENDEDOR DE NUECES]
(183-187)

[4. EL DUEÑO DE LOS DIAMANTES]
(188-192)

[5. LA HISTORIA DEL SEÑOR
DE LOS DIAMANTES]
(192-198)

[6. LA HISTORIA DEL HERRERO]
(198-205)

[7. LA HISTORIA DE LAS NUECES]
(205-211)

[8. EL REGRESO]
(211-213)

Dos epílogos

"Era capaz de poner el universo en movimiento apenas con dos palabras..."
por José Manuel Pedrosa
(215-227)

Los paralelos pluriculturales de los cuentos de Lela Ula
por Óscar Abenójar
(228-248)

Introducción

por Mohamed Abdelkefi

La vida y el arte verbal de Lela Ula (1925-2015), narradora de cuentos

La mujer que generosamente me confió y me permitió grabar estos cuentos se llamaba Zohra Ali Elkefía, y nació en Sfax (Túnez), en torno a 1925. Ha fallecido muy anciana no hace tanto tiempo, en el año 2015.

Cuando ella era niña, una de sus hermanas, que no estaba en edad de saber pronunciar todavía el nombre de Zohra, la llamaba cariñosamente Lela Ula. Y con Lela Ula se quedó, porque el sobrenombre gustó en la familia.

En el habla de todo el Magreb, *Lela* equivale a "señora" o a "doña", y sirve para expresar respeto y consideración. En cuanto a *Ula*, no es más que una deformación de *Zohra*, que a su vez quiere decir, según se pronuncie *Za* o *Zo*, "flor" o "lucero".

Lela era hija de una de las más respetadas familias del país, descendiente de un famoso santo cuyo mausoleo y obras se conservan todavía. Fue una niña guapa con hermosos ojos negros, pelo largo, negro y abundante; inteligente, despierta, alegre, de

buena memoria, con interés por todo, fácil en el aprender, de finísima sensibilidad. Su buen corazón no le dictaba más que gentileza, amistad, amor y perdón. Bailaba, cantaba. Le gustaba la elegancia en el hombre y la dulzura en la mujer.

Pero Lela Ula fue también una de esas personas a quienes el destino se empeñó en poner todos los obstáculos para que no llegara a ser lo que debía haber sido, y para que no pudiesen cumplirse sus sueños. Sus muy hermosos ojos enfermaron cuando ella era muy joven. A consecuencia del mal de ojo, según se dijo. Lamentablemente, nunca llegó la cura. Al revés: su visión siguió empeorando, a pesar de los esfuerzos de muchos médicos y de la fortuna que se empleó para impedir los avances de la enfermedad.

Aquella desgracia hizo que la desdichada Lela Ula no pudiera recibir una educación formal, tal y como ella deseaba. Su educación se ciñó al aprendizaje de algo del Corán, a la memorización de rezos y poesías, y a la asimilación de mucho de lo que su padre, sus tíos y más tarde la radio le ofrecían a modo de conocimientos, saber y cultura.

Como a ella todo le interesaba y como tenía una memoria realmente infalible, su sabiduría llegó a ser superior a la de muchos que sí tuvieron el privilegio de estudiar. Preguntada sobre lo que hubiera deseado ser, contestó sin pensarlo que escritora.

"¿Por qué?". "Porque tengo mucho que decir".

Así, con una mezcla increíble de interés, fuerza de voluntad, memoria y carácter jovial, Lela Ula se hizo conocedora de lo que muchos otros ignoraban. Familiares y amigas recurrían a ella para saber o para recordar lo que algunos estudiosos no sabían. Era, como se dice en árabe, *sifrun mutanáqilun,* un libro ambulante.

El género oral en el que mejor manifestaba sus habilidades Lela Ula era el del cuento. Cuento que escuchaba a alguna abuela o amiga, cuento que se quedaba en la memoria. Daba igual que lo hubiera aprendido escuchándolo de alguien, o que le hubiera sido leído por alguien de la familia, o que lo hubiera escuchado en la radio. El tesoro de cuentos que acumuló fue inmenso, como inmensa fue la generosidad con que los compartía con familiares y amigos en las reuniones y tertulias en las que ella era siempre el centro. Por cierto: no solo era una gran transmisora de cuentos: también lo era de refranes, versos y anécdotas de todo tipo.

En el mundo de los cuentos fue donde Lela Ula encontró la libertad, el movimiento, la fantasía que la enfermedad había negado a su cuerpo y a su persona. Un día, cuando llegó al final de la narración de un cuento, ella me dijo: "de este haría una película; anímate y hazlo, o dáselo a quien

pueda hacerlo". Seguro que si hubiese podido lo hubiera hecho ella misma.

Muy pía, llegó a la ancianidad con una vista prácticamente perdida y un oído que fue apagándose lentamente, hasta que se quedó completamente sorda en sus últimos años.

Marchó al más allá en diciembre de 2015, dejando un gran vacío en el corazón y en la memoria de quienes tuvimos la dicha de conocerla.

Permítaseme, ahora, explicar cómo fueron mis encuentros con Lela Ula, y cómo fue el proceso de grabar, transcribir, traducir al español y publicar sus cuentos. Pero antes, déjenme hacer algún comentario sobre mi afición, o más bien sobre mi pasión hacia la literatura oral y popular.

Yo nací en el año 1928, en la ciudad tunecina de Sfax. Parece que es verdad que *el hombre nace no se hace:* yo nací enemigo de los números y amigo de las letras, de modo que desde que era muy joven empecé a interesarme por la cultura popular. Mi interés fue provocado primero por los cuentos que narraban las abuelas, o mejor habría que decir que por los cuentos que contaban algunas mujeres especialmente dotadas para ello, familiares o amigas de la familia, que desplegaban su arte en las veladas familiares, especialmente en las largas noches del invierno.

Después, a medida que iba entrando en la juventud, me fui inclinando hacia la

poesía salmodiada o cantada por quienes recibían el nombre de *ghannáy*, es decir, de cantor. Eran cantores cuyo oficio era parecido al de los juglares del pasado o al de los cantautores del presente. Más adelante, cuando ya podía tener qué decir y qué hacer, tuve la suerte de caer bajo la influencia de excelentes guías y profesores que estaban relacionados, de una manera o de otra, con la cultura en general; pero también, de manera muy singular, con la oral y popular.

Sin ser demasiado consciente de ello, porque no tuve la oportunidad de dedicarme ni de especializarme en la materia, mi vida ha estado siempre próxima e inclinada hacia la literatura popular. Así sucedió en la radio, donde tuve mi primer empleo; y en los periódicos en los que luego trabajé. De modo que, sin quererlo ni pensarlo demasiado, me dediqué a guardar en mi memoria y en mis notas todos los refranes, versos, canciones, cuentos, que iban saliéndome al paso.

Mis circunstancias fueron muy difíciles durante décadas, y no ayudaron a que pudiera desarrollarse aquella vocación mía. Desde que yo era muy joven fui miembro de la resistencia contra la colonización francesa, que no dejó de perseguirme y que me condenó incluso a muerte. Tuve que irme al exilio en noviembre de 1955, y no pude regresar a Túnez hasta la primavera de 1972. Pero solo pude aguantar dos años allí. No sufría represión física, pero sí acoso moral y

económico. En el año 1974 llegué a España con el encargo de cubrir como periodista la primera enfermedad de Franco, y decidí instalarme de forma permanente aquí en Madrid.

El problema de una vida tan turbulenta como la mía, sin arraigo duradero en ningún sitio, desplazándome continuamente dentro y fuera de mi país, era que no podía concentrarme en mi labor de folclorista, ni cosechar repertorios ni elaborar reflexiones de grandes ambiciones. Menos en el género de los refranes quizás.

Pero no faltaron dichas entre tantas desventuras: un día, de regreso a Túnez en 1972, un familiar me llevó a visitar a una vieja amiga a la que yo no había visto desde hacía muchísimos años, desde los días de mi infancia. Se trataba de Lela Ula. Yo apenas me acordaba ya ni de ella ni de muchos otros de mis compatriotas ni de compañeros de colegio o de *medersa* (es decir, de la escuela tradicional). Demasiados años fuera, demasiados exilios y viajes.

Por eso no puedo decir cómo ni cuándo exactamente, aunque fue en tiempos de mi infancia, yo había conocido a Lela Ula. En Sfax la familia suya y la familia mía eran amigas y casi vecinas, y la relación entre ambas era entrañable. Pero como antes de cumplir yo mis cinco años me llevaron mis abuelos a vivir con ellos en Jerba, mi contacto con Sfax, donde se quedaron mis

padres, se tornó esporádico y mis recuerdos de aquella época resultan muy confusos.

Durante nuestro primer reencuentro en 1972, la misma Lela Ula me preguntaba a veces si me acordaba de aquello o de lo otro, y mi respuesta era siempre negativa.

El caso es que en el mismo día y lugar en que volvimos a vernos y a hablar recuerdo bien que los pocos presentes que allí había pidieron a Lela Ula que contase algún cuento. Ella se puso a narrar, y yo me di cuenta desde el primer momento, deslumbrado, de la fluidez de sus tramas, de la fantasía de su estilo, de su arte verbal excepcional.

Mi vieja pasión por la narración oral se reavivó allí mismo.

A mi pregunta de si sabía muchos cuentos, ella me dijo: "te acordarás de Lela Qmaira y de Ummi Sialía, quienes venían a visitaros, ¿verdad? Pues yo aprendí todos los cuentos que ellos contaban".

"Sí, sí", le dije, "de Ummi Sialía me acuerdo".

Aquellas dos mujeres que Lela Ula mencionó eran dos amigas de la familia, que cuando yo era niño habían llegado ya a una avanzada edad. Recibíamos su visita, que solía durar una semana o más, de vez en cuando. De quien yo más me acuerdo, en efecto, era de Ummi Sialía. *Ummi* significa "mi madre". Era una mujer algo rellenita, simpática, maestra en el arte de contar cuentos y chistes. Recuerdo que cada vez

que venía era una fiesta para todos, en especial para los más pequeños.

En el momento de la despedida de Lela Ula ella me pidió que volviese pronto, y yo le prometí que así lo haría, pero con la condición de que me contara y me permitiera grabar sus cuentos. Ella dijo que sí.

Nos volvimos a encontrar, y yo pude grabar su voz. Y cuando nos despedimos dejé en su casa algunas cintas de casete para que alguien de su familia pudiese continuar haciendo las grabaciones.

Las cintas con la voz de Lela Ula llegaron a mis manos cuando yo ya estaba instalado en Madrid. Allí pude escucharlas y volver a admirar el arte narrativo extraordinario de aquella mujer.

Me di cuenta entonces de que el paso de los años había tenido algún efecto sobre su memoria, de que alguna frase y algún cuento habían sido repetidos, y de que había unas pocas vacilaciones y dudas en lo que afectaba a algunos nombres. Pero el tesoro que ella me regaló era, sin duda, algo preciosísimo.

Tarde años en encontrar tiempo para escuchar los cuentos con mayor atención aún y para ponerme a transcribirlos en letras árabes para después traducirlos al español. Esa labor la hice, creo recordar, en los veranos de los años 2005 y 2006.

¿Qué es lo que me impulsó a escuchar, transcribir, anotar, traducir los cuentos de

Lela Ula? Eso sí que no lo sé. Pero el caso es que lo hice.

Pasaron algunos años todavía antes de que entrase en contacto con el responsable de una editorial de Madrid, Miraguano, que tiene en su catálogo una colección muy importante de cuentos populares de varios países. Y así, sin más buscar, entregué el manuscrito y nacieron, en 2010, los *Cuentos populares tunecinos narrados por Lela Ula*.

Bueno, pues sucedió que el señor Dr: Sayed Suheim, agregado cultural de la Embajada de Egipto y director del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos y Andalusíes, quien presidió el acto de presentación del libro, me dijo: "Me parece muy bien que el autor publique este tesoro en español, pero nosotros también lo queremos en árabe". Muchos de los presentes, entre los cuales había bastantes amigos, me insistieron en que publicara también los cuentos en nuestra lengua común. Y así lo hice. Encabezó esa versión en árabe una introducción que el amable diplomático egipcio tuvo la gentileza de escribir. El título del libro fue *Hikáyátun Shaabiyatun Tunisiatun* y lo publicó la editorial Dar Al-Gharb Al-Islami de Túnez en el año 2012.

Y yo pensaba que mi papel se acababa allí. Pero me equivocaba. Conversando un día, en torno al año 2015, con el profesor José Manuel Pedrosa, que es un reconocido maestro e investigador en la materia de la literatura oral, le mencioné que había con-

servado una cierta cantidad de relatos de Lela Ula que no había llegado a publicar en el libro anterior, porque los consideraba de menos valor que los que sí habían la luz.

El profesor Pedrosa no lo entendió así, y me convenció de que debía traducir los cuentos que quedaban. Así lo hice en el verano de 2016, y con la muy minuciosa ayuda del profesor, con el que he trabajado por más de un año, tengo ahora el gran placer de ofrecer a quien sienta interés por esta literatura un libro nuevo con los viejos cuentos que me regaló la inolvidable Lela Ula.

El volumen ha quedado adornado, por lo demás, con un breve estudio del profesor Pedrosa, y por otro breve pero muy documentado tratado que ha tenido la gentileza de redactar el profesor Óscar Abenójar, recolector y estudioso de fama internacional de los cuentos del Magreb, en especial de los de la Cabilia argelina.

Y hasta aquí llega el relato de cómo conocí a Lela Ula y de cómo aprecié sus cuentos, de cómo caí bajo su fascinación y de cómo he intentado servir de puente entre su arte ya irrecuperable y los lectores que ahora podrán conocerlo, aunque sea a partir de una traducción. Baste decir, para justificar la razón por la que digo que son relatos ya irrecuperables, que en una reciente conversación telefónica con una las hijas de Lela Ula, ella me dijo que el arte verbal de su madre había muerto con ella, y que

sus descendientes no albergaban ya en la memoria el tesoro que ella conocía.

Todo este libro quiere ser un homenaje a una sencilla y buena mujer que, si el destino y las circunstancias hubieran sido más amables con ella, hubiera sido lo que ella siempre había deseado, según me confió un día: una escritora.

Yo estoy convencido de que hubiera sido una escritora grandísima.

Que en paz descanse Lela Ula.

SOBRE LA POÉTICA DE LOS CUENTOS TUNECINOS

En mi libro anterior acerca de los cuentos de Lela Ula hice algunas consideraciones acerca de la poética, las fórmulas, la fraseología, los proverbios que, en general, los cuentos tradicionales tunecinos y, en particular la gran narradora tunecina, incorporan sabiamente a sus relatos. Vuelvo ahora a esa cuestión, por si hay lectores que no conocen aquel libro. Y con la esperanza de poner, así, un ladrillo más en el puente del entendimiento y la comprensión de estos relatos.

Quiero advertir que no todas –aunque algunas sí– las fórmulas que voy a identificar serán encontradas por el lector en los cuentos narrados por Lela Ula que forman parte de esta colección. Voy a hablar en ge-

neral acerca de la poética de los cuentos tunecinos.

Si en la lengua española, por ejemplo, los cuentos suelen empezar con la fórmula *Érase una vez,* en el árabe tunecino la fórmula, o las fórmulas, suelen ser más largas y complejas. Se trata sencillamente de frases hechas, rimadas, que dan consejo, moraleja, educación. Estas frases van siempre de tres en tres con una misma rima. Son como un prólogo para el cuento; después de estas frases se empieza ya: "érase una vez" o algo similar.

Suele haber también una llamada de atención del oyente, con una proclamación de que *Dios es Único,* a lo que se añade, rítmicamente, que *quien tenga pecados que pida perdón.* Los presentes responden, a coro como otras veces, *perdóneme Dios (mía es la culpa).*

La segunda fórmula es también introductoria y rimada. Dice así: *Señores honorables, que Dios nos guíe y os guíe en el camino del bien y de la felicidad.*

La tercera fórmula suele decir: *Nuestro hablar está ordenado; sus palabras son dulces y a veces extrañas. Nosotros y vosotros alabamos al Profeta querido.*

Las fórmulas que siguen, en series de tres versos con la misma rima, suelen decir así:

Primera hia, segunda hia, tercera hia. (Hia = ella; para decir certeza)

Primera *hia: no hay cordero sin lya*[1].

Segunda *hia: no se considera* casa si no hay en asistenta persa en ella (estamos, muy posiblemente, ante algún eco de los contactos antiguos entre las civilizaciones árabe y persa. Se consideraba que las mujeres persas, ya fueran esposas, concubinas o esclavas, aportaban refinamiento y delicadeza al hogar).

Tercera *hia*: *no puede ser hermano más que con una hermana* (recomienda que el matrimonio sea fecundo tanto en hijos como en hijas).

Primer *hbál*, segundo *hbál*, tercer *hbál* (*hbál:* locura)

Primer *hbál: loco es quien entra en una pelea sin hombres* (recomienda, a quien busque conflictos, que se rodee de ayudantes).

Segundo *hbál: loco es quien entra al mercado sin dinero.*

Tercer *hbál*: *loco es quien trepa a una palmera sin pantalones*. (recomienda no subir a las palmeras, para coger los dátiles, con la túnica o con la chilaba, para no exponer las partes íntimas a los curiosos. Pero los pantalones aquí no son exclusivamente vestimenta, sino que representan los medios necesarios para subir en la vida).

Primera *hana,* segunda *hana,* tercera *hana* (*hana:* bajeza).

---

[1] *Lya*, es la cola de las ovejas. Una de las peculiaridades del cordero tunecino es su cola, redonda, de unos veinte o treinta centímetros de diámetro, y muy grasa. Es muy apreciada como exquisitez gastronómica.

Primera *hana: loco está quien vuelve a vivir con la mujer enfadada.*

Segunda *hana: loco está quien construye un banco delante de su casa.* (se recomienda no dar demasiadas facilidades para la instalación cerca de casa de forasteros y paseantes.)

Tercera *hana: loco está quien deja a su mujer ir al cementerio*; o *Loco está quien se harta y deja a su mujer con hambre* (recomienda no permitir que la esposa salga demasiado, ni a sitios demasiado apartados; y no se trata solo de que se ausente con motivo de asuntos relacionados con la comida, sino de que no vaya en busca de todos los placeres y divertimentos de la vida; es eco de formas de vida de antes que obligaban a que las mujeres no saliesen apenas de casa; la segunda fórmula pide que la mujer vea satisfechas en casa todas sus necesidades, para que no tenga que buscar nada afuera).

Primer *huf,* segundo *huf,* tercer *huf.* (*Huf*: necedad).

(Parece que la elección de esta palabra está dictada únicamente por la rima).

Primer *huf: no hay otra oveja que la que tiene lana.*

Segundo *huf: loco está quien niega su procedencia cuando su padre es conocido* (recomienda no renegar de la familia ni de la educación recibida).

Tercer *huf: loco está quien se casa con otra y deja a su prima* (el casamiento con primas era, hasta hace no mucho, muy bien consi-

derado en la sociedad tradicional tunecina). Y también: *Loco está quien no agradece un favor.*

Primer *áh,* segundo *áh,* tercer *áh* (*Áh:* ¡ay!, exclamación de dolor).

Primer *áh: pobre de aquel que esté enfermo y no encuentre su medicina.*

Segundo *áh: pobre de quien hace el bien y no encuentra quien lo merece.*

Tercer *áh: parecido a mi corazón, ¿dónde lo encuentro?*

Para poner el remate de los cuentos, suelen emplearse fórmulas como *haba*, *haba wel aam aam saba*, es decir, "mucho, mucho, este año tiene buena cosecha". O bien: *Mshit u jalithum, bi aini ma rithum*, "les dejé sin verles con mis propios ojos"; o bien *Tahu fisbat hata matet u mat* "y cayeron en la tranquilidad y el sueño hasta que murieron".

Pero no son estas las únicas fórmulas que suelen adornar los cuentos tunecinos. Dentro del cuerpo interior de su trama suele engastarse un abanico muy variado de frases hechas, con rima muchas veces. Por ejemplo, cuando se describe un largo y duro viaje, es convención decir: *machiyín, machiyín, machiyín, aala alarde gaírín, saheb etadbir idabber, fi ma chá uqadder*, "iban, iban, iban; y la tierra invaden; mientras, el dueño de todo lo que se hace dispone de lo que quiso y destinó". Se sobrentiende, por supuesto, que se trata de Dios.

Para describir una casa o un palacio en los que hay de todo, suele decirse: *fih ma yu-*

tlub el lisán, hatta mil felfel wesaafarán: "contiene todo lo que la lengua puede pedir, hasta la pimienta y el azafrán". Cuando se trata de describir un espacio vacío, árido, desierto, suele emplearse la fórmula: *ween la tir yatir, wala fares yasir*: "donde no hay ave que vuela o jinete que cabalga".

Para informar de que una mujer se ha quedado embarazada, suele emplearse la fórmula: *tlaa aaliha chahar sahíh*: "se reveló el mes justo para ella". Y para anunciar el parto: *Awel shahar, záni shahar, zález shahar, wettásaa maksur edhahar*: "primer mes, segundo mes, tercer mes, y el noveno rota está su espalda". Se sugiere que el embarazo está muchas veces acompañado por dolores de espalda.

Si alguien sale de viaje y pide o habla de las provisiones, pedirá *sadi u suwádi wel-li yekfi galbi weffádi wi ydajjelni Blad gheir bladi*, "mis provisiones y mis víveres, aquello que necesite para satisfacer mi corazón y mis entrañas y que me haga entrar en un país que no es el mío".

En muchos relatos se halla la escena del héroe enfrentado a un ogro, fantasma u otro ser terrible. Si el héroe decide demostrar su buena educación y saludar conforme a la tradición islámica, con el tópico *as-salamu aalaicum,* que quiere decir "la paz sea con vos", la respuesta de su oponente será: *lu ma slámec sebag klámec, ma tesmaa laybal kán tagtig aádamec*: "si no precediera tu saludo a tus palabras, las montañas no hubieran oído

más que la rotura de tus huesos". Cuando, en el extremo contrario, se habla de alguna mujer de hermosura notable, suele decirse de ella que *tgúl lil gamra etlaa wal-la jalíni natlaa*: "dice a la luna sal o deja que salga yo"; o bien "aparece o deja que aparezca yo". Téngase en cuenta que luna, en la poesía amorosa en árabe es sinónimo de hermosura; muy en especial la *gamret ar-baatash*: "la luna del catorce" o luna llena, que suele ser punto de comparación habitual de las muchachas hermosas.

Hay, en los cuentos tradicionales tunecinos, frases o metáforas cuyo sentido ha ido haciéndose distante, a veces indescifrable, para nosotros. *Es como el barreño del jabón (para lavar ropa) en el que se echa sal.* Aunque he visto a mujeres lavando en barreños, ignoro totalmente el papel, dañino al parecer, de la sal en aquella fuente. La sal podría ser alusión a la comida porque el barreño, que se llama qas-aa, generalmente hecho en madera, sirve para comer algunos platos como el cuscús y otros, y también porque hay una expresión que se emplea para recordar la buena amistad y convivencia entre dos personas: "*hemos comido agua y sal, o entre nosotros hay agua y sal*". En fin, la averiguación de las razones de estas fórmulas las dejo a los expertos en la materia.

Por ahora, espero haber dado algunas aclaraciones o explicaciones que ayudarán a ingresar en la poética del cuento oral tunecino y en el mundo social y cultural que lo

rodea. ¿He tenido éxito? El lector lo dirá. Yo por mi parte recurriré al famoso dicho árabe: "El que se esfuerza y acierta, tiene dos méritos; el que se esfuerza y no acierta tiene solo uno".

Me conformo con uno, que es ya mucho.

DÓNDE, QUIÉN Y CÓMO SE CONTABAN LOS CUENTOS EN TÚNEZ

Escuchar o leer cuentos populares puede hacerse de dos maneras: una consiste en tomar la historia por lo que es, seguir su desarrollo y esperar su desenlace, después de gozar con su trama o su suspense, que muchas veces lo hay. La otra, más seria, profunda y académica, si es correcto decirlo así, consiste en imaginar el ambiente en el que se suelen contar, quién los cuenta y a quién; luego hay que fijarse y entender correctamente su lenguaje, las expresiones o frases hechas que están generalmente diseminadas a lo largo de cualquier cuento. Leer o escuchar de este modo obliga a fijarse en su esencia y en muchas peculiaridades, entre ellas la naturaleza de los protagonistas y personajes; ciertos números, particular ente el tres y el siete, que se repiten, marcando todos los acontecimientos, tres días, tres hijos o hijas, siete días de festejo, etc.; quién lleva siempre el papel principal y tantos otros detalles que forman, generalmente, el

tesoro de sociólogos, etnólogos y mitólogos.

Pero como no se trata aquí de una de aquellas maravillosas ciencias, contentémonos con explicar y comprender lo necesario para no ir dando palos de ciego y tratar de asimilar, y quizá saborear, el estilo literario, porque lo es, de lo que el pueblo, en este caso el tunecino, ha imaginado, construido, redactado y dejado para la posteridad.

Tratemos primero de poner al estimado e interesado lector en el ambiente adecuado y de ayudarle, si falta hiciere, a entender lo que sin duda está fuera de su alcance por diferencia de lenguaje, de forma de expresarse, de cultura y estilo. Lo que es obligatorio y necesario, a nuestra manera de ver, es explicar el por qué de tal expresión o tal actitud o comportamiento, o hasta de tal nombre o número.

EL PAÍS: Los cuentos que aquí se narran vienen de un pequeño gran país; cercano y ribereño de la orilla sur de nuestro Mediterráneo. A su tierra llegaron todas las civilizaciones y culturas que circularon a través de la historia de la zona mediterránea, y todas y cada una han dejado su huella en la vida y gentes de su pueblo. En la actualidad es un país árabe, con una pequeña minoría bereber muy arabizada. Toda su población, o casi, es de confesión musulmana, y convive muy bien con una minoría de otras confesiones. Ha tenido en su larga historia, y en la actualidad, fuertes y buenas

relaciones con España, de la cual conserva vestigios de toda índole, hasta en el lenguaje corriente. Su idioma es el árabe, aunque los bereberes o *imazighen* conservan el suyo, que utilizan en casa y entre ellos; en árabe entonces, esta rica, armoniosa y expresiva lengua narra sus cuentos con todo lo que conlleva de imágenes, metáforas, giros, rimas y tantas otras peculiaridades.

Se trata, como sin duda se habrá entendido, de Túnez que, como cualquier otro país, tiene diferencias, a veces notables, entre sus regiones en muchos aspectos de la vida como vestimenta, manjares, rituales, tradiciones y acentos que se reflejan, como es obvio, en los cuentos y leyendas. Por eso hemos elegido unos cuentos que se pueden considerar "*pan-tunecinos",* con permiso de la Real Academia Española de la lengua; es decir, representativos de todas las regiones y territorios, dado que los temas tratados, los términos empleados, las costumbres referidas o todas las peculiaridades, son aplicables al conjunto del país y a toda su gente de una manera general.

El AMBIENTE: nuestro estimado lector se habrá dado cuenta, sin lugar a dudas, de que se trata de un país oriental, con su característica arquitectura de arcos, portales, patios, fuentes, arbustos y plantas aromáticas, particularmente el jazmín y el *fel*; este último, poco conocido en Occidente, florece en verano y tiene flores blancas parecidas a la flor de naranjo, con un aroma dulcísi-

mo y fortísimo que las mujeres empleaban como estimulante, esparciéndolas sobre la cama y cerrando la habitación hasta la llegada del marido. No es difícil imaginar el porqué ni lo que pueda seguir.

La mayoría de las casas tenían un gran patio central con parras y arbustos, al cual dan las habitaciones. Entremos en una de ellas. Es más bien un estudio. De forma rectangular, tiene su puerta en el centro del lateral en el sentido longitudinal, con una ventana a cada lado. Frente a la puerta, al otro lado del rectángulo, se abre un espacio que por lo general es cuadrado con un arco como entrada. Se llama *qabú,* y con sus bancos alrededor sirve como salón. A sus dos lados, dos puertas; una da al *mistrah,* o sea, al baño, y la otra al guardarropa. En las dos extremidades del rectángulo las alcobas, a un medio metro de altura del suelo, también con arcos, y por supuesto con cortinas que hacen juego con las de las ventanas y del *qabú.* Esteras y alfombras cubren el suelo, y encima están los colchones de todo tipo y tamaño con cojines y todo lo necesario para sentarse cómodamente y hasta tumbarse.

En este marco, íntimo, cálido y acogedor, se cenaba, se tomaba el té a la luz de lámparas de petróleo, de carburo y, antiguamente, a la luz de candiles o velas, y con luz eléctrica hoy. Si hace frío, un brasero de cobre, de unos setenta centímetros de altura y bien cuidado, se encarga de la calefacción.

Terminadas las labores de sobremesa, se juntan los miembros de la familia para la velada, sin la esclavitud actual de la radio o de la televisión, y con actividades que se cumplen sentados, como asar castañas, tostar almendras, preparar el té, y a veces algunas cremas o dulces, todo encima del *canún,* pequeño brasero de barro, redondo y con tres picos para sostener la tetera, cafetera, cacerola u otros.

Después de comentar los problemas del día empieza la velada, tan esperada por los niños, que ya han terminado sus deberes y declamado delante de los mayores sus últimas recitaciones y poesías aprendidas en el colegio.

LA NARRADORA: Comienza la velada cuando el personaje central, que suele ser una señora de avanzada edad, ocupa su sitio. Una vez terminada su oración de la noche, y con el rosario en la mano, se envuelve en una manta, si hace frío, y recibe cariñosos besos, abrazos y zarandeos de los jóvenes discípulos. Esta señora, la narradora, no tiene por qué ser de la casa. En la mayoría de los casos es una humilde viuda, sola, amiga o conocida de la familia y de tantas otras, que, invitada o no, es siempre bienvenida para pasar la semana o hasta dos o tres, llenar la casa con su compañía, sus relatos, sus noticias y alegrar las veladas de los niños enriqueciendo su imaginación, su vocabulario y sobre todo inculcándoles principios y normas de ética, de moral, de

justicia, de trabajo y de respeto a todos, y a los mayores en particular. Una vez en su rincón preferido, comienza a recitar su rosario o a alabar a Dios silenciosamente, moviendo sus cuentas, y cuando termina, lista ya y decidida a poner fin a la impaciencia de los niños, dice en voz alta: *wahidu Al-lah,* "decid Dios es único"[2]. Todos los presentes, casi a coro, responden *la ilaha il-la Al-lah* "no hay divinidad más que Dios"[3]. Prestos los oídos comienza ella, con solemnidad y con seriedad exageradas, quizá para impresionar más a los niños, la narración. El cuento puede ser de su propia elección, pero también puede atender a una petición de la joven audiencia.

Los giros, fórmulas, frases hechas, metáforas y todos los elementos de cualquier estilo literario, popular o no, se encuentran en los cuentos, de modo que no es ni el momento ni el objetivo el estudiar aquello en estas líneas, porque entrar en dicho laberinto no está permitido más que a los doctos en la materia. Hay muchos puntos que explicar o estudiar; pero, como hemos dicho ya, no es nuestra intención hacer de esta introducción un estudio académico o un análisis de especialista, sino trazar algunas aclaraciones a fin de que el lector pueda

---

[2] Una expresión muy común entre los musulmanes que sirve a veces para pedir silencio o para llamar la atención

[3] Esta fórmula, exigida en tales casos, no es más que la primera parte de la profesión de fe.

seguir su aventura con luz suficiente para entender correctamente lo que pueda ser extraño a su propia cultura.

Terminamos entonces llamando su atención sobre los siguientes puntos:

Primero. En la gran mayoría de los cuentos, el personaje principal es un sultán o un comerciante, o ambos a la vez. El primero, siempre sencillo, abordable y democrático, utilizando una palabra moderna, recuerda con su actitud al segundo califa del Islam y representa el poder y la posibilidad de tener y disponer de todo, sin olvidar el papel de buen pastor y buen gobernante. El segundo representa al más noble de los oficios, que permite la riqueza y los viajes con todo lo que conlleva de enseñanzas y aventuras.

Segundo. El mal está siempre representado por una vieja, lista, astuta, maliciosa, capaz de las más difíciles empresas. Esta es *Aasuset esatut, la yarhamha nhar tmut.* En español sería "la vieja del mal, para la que no haya misericordia cuando muera". Otra que también simboliza la malicia y el engaño se llama *Aicha el qadra*, o sea: "Aicha la capaz, la poderosa".

Tercero. Dominan siempre los números tres y siete: tres hijas o hijos, tres hermanos, tres veces, etc.; nada se concibe sin el trío. El siete se reserva generalmente para los festejos, bodas y similares; se necesitan siempre siete días.

Cuarto. De los tres es siempre más listo/a la más joven o el benjamín, quien soluciona lo que hay que solucionar o se atreve ante la dificultad más que nadie.

Quinto. Se insiste siempre en el respeto de los mayores: el hermano o la hermana mayor tienen la prioridad o la última palabra.

Sexto. La fe, la creencia, Dios, el creador, el Señor, son peculiaridades o detalles muy presentes y muy significativos.

Séptimo. Se nota también la primacía del papel de la mujer; astuta, capaz, valiente, como si se buscase con esto animar y enseñar a las jóvenes a ser así.

Octavo. La presencia de las rimas internas y poemillas o cancioncillas intercalados recuerda la importancia que tuvo hasta hace poco tiempo el género poético en la vida de los árabes. Me atrevo a decir que en cierto modo sigue así, sin que el pueblo lo aprecie.

Noveno. Sería útil recordar al lector que, a veces, se han intercalado expresiones o frases, comunes en los cuentos, propias del lenguaje popular, traducidas literalmente para acercarnos más al espíritu original del cuento. Están reproducidas en letra cursiva.

Décimo. Se ha intentado, dentro de lo posible, conservar el "aroma" del lenguaje original y del país de origen, de modo que la traducción al español, con respeto de las exigencias de este último, no cambie mucho la manera peculiar de contar y de pensar el

pueblo estos cuentos. Por la misma razón se intentó componer en rimas lo que en el original viene rimado.

Creo que con el contenido de estas líneas, que ofrecen el conocimiento mínimo con el que se puede abordar y entender la filosofía popular que aquí se contiene, el lector de los cuentos que siguen pasará unos momentos agradables e instructivos

Digamos, antes de empezar, que en los dialectos árabes del Magreb, Lela o Lel-la es sinónimo de "señora", y que sirve para expresar respeto. Ula es un diminutivo muy infantil de Zohra (Assahrá), que es un nombre de mujer muy común. Es el nombre árabe del planeta Venus.

Escuchemos ya a Lela Ula.

Madrid, 15 de agosto de 2017

Cuentos

COMPRAR PENA A CAMBIO DE HARINA

Érase una vez la hija de un sultán. Estaba sentada en el balcón del ala que tenía para ella en el palacio de su padre, donde podía estar a su aire y distraer su mirada, cuando llegó hasta ella la voz de un vendedor ambulante que gritaba:

–¿Quién compra pena a cambio de harina? ¿Quién compra pena a cambio de harina?

La muchacha no sabía lo que era la pena, así que le preguntó a su gobernanta qué era lo que quería decir pena. La sirvienta trató de distraer con otras cosas a la muchacha. Pero ella insistió. Intentó la sirvienta que pensara en otras cosas, pero la señorita quería saber qué es lo que significa la pena, y obligó a la gobernanta a comprar aquello que ofrecía el vendedor.

Este, cuando recibió la harina, le entregó una planta de habas.

Ella la hizo plantar en una maceta, y la dejó en el balcón.

Por la noche salió de aquella planta un hombre que, sin pedir permiso, entró en la habitación de la muchacha y se puso a maltratarla a fuerza de pellizcos, de golpes y de todo tipo de violencias, hasta que la dejó muy dolorida y se marchó.

Noche tras noche se repetía la misma escena, hasta que la muchacha no pudo ya

más. Se quejó a su gobernanta y le dijo que sufría dolores e insomnio que la estaban matando. Le rogó que fabricase para ella una caja que se pareciese a un ataúd, pero con agujeros a los lados y con una cerradura que pudiese ser abierta desde dentro.

La mujer obedeció, y en pocos días estuvo lista la caja. Se la llevaron, ella se metió adentro y pidió a la sirvienta que se ocupara de que la llevasen hasta el mar y de que la arrojaran a él. La mujer trató de disuadirla, pero la muchacha respondió con obstinación. De modo que allá que fueron, con la caja y la muchacha adentro, y la tiraron al mar.

Una ola la llevó para aquí, otra para allá, hasta que llegó la caja a la playa de otro país. Unos hombres la encontraron allí, e informaron al sultán de que las olas habían llevado una caja hasta allí. Él pidió que se la presentasen.

Se la llevaron al sultán en un momento en que él estaba ocupado. Pidió, por eso, que la subieran al salón privado. Más tarde iría él a ver qué se podía hacer con ella.

Eso es lo que hicieron, y la dejaron en aquel lugar, en un rincón.

El sultán anduvo ocupado en otros menesteres, mientras que, a la hora acostumbrada, sus sirvientes le preparaban la cena, ponían la mesa en su salón, llevaban allí los manjares, y se retiraban para esperar la llegada de su señor.

La muchacha, con el sentido del olfato muy alerta por culpa del hambre, olió la comida desde su escondite. Como no escuchó ningún ruido, abrió la caja y se acercó a la mesa para tomar su parte de la cena, y regresó luego a su caja.

Cuando llegó el señor, y se sentó a la mesa para cenar, al instante percibió que la comida no estaba bien servida, o que alguna mano la había tocado. Llamó al servicio y preguntó por qué razón estaba la comida como si un gato la hubiera tocado.

Los criados le aseguraron que ellos la habían dejado allí en el acostumbrado estado de limpieza y presentación, y que nadie se atrevería a entrar en su salón privado ni a tocar sus cosas.

Él despidió a los sirvientes y cayó en la cuenta de que estaba allí la caja, que ya casi había olvidado, y se puso a pensar qué podía haber en su interior.

Cenó, leyó un poco, y luego se retiró y se acostó.

Al día siguiente volvió a dedicarse a sus obligaciones, que le tuvieron fuera hasta la noche. Regresó a casa y pidió la cena.

Esperó hasta que los servidores se la pusieron y se retiraron; pero, en vez de sentarse a cenar, hizo como que abría y cerraba la puerta para salir; se escondió y se mantuvo al acecho.

La muchacha, como no escuchaba ruido alguno, abrió la caja, salió de ella y se acercó a la mesa. Se puso a comer. Pero al

tercer o cuarto bocado salió el sultán de su escondite y la agarró. Asustada, estuvo a punto de lanzar un grito. Pero el hombre la tranquilizó y le preguntó cómo y por qué razón estaba dentro de aquella caja.

La muchacha, por miedo o precaución, no le dijo la verdad, y le contó que alguien la había secuestrado y la había arrojado al mar.

El sultán, que era hombre soltero y retraído, estuvo contemplando a la muchacha mientras hablaba y comía. Se fijó en sus grandes y negros ojos y en su dulce mirada, en su pelo liso suave y largo, y la encontró guapa, fina, dueña de un lenguaje que denotaba una educación excelente.

La idea de convertirla en su esposa fue poco a poco abriéndose paso en su cabeza. Él fue dejando caer esa posibilidad durante su conversación, y al final le pidió que se casase con él.

–Imposible encontrar un esposo mejor –respondió ella–. Si tú opinas que juntos seríamos felices, yo acepto.

Lleno de alegría y de esperanza, el hombre llamó a su madre, le explicó cuál era la situación y le hizo partícipe de sus deseos. La madre encontró que la joven dama era una persona adecuada y conveniente y dio su consentimiento, sin poner ninguna objeción.

Sin pérdida de tiempo fue leída la *fátiha* y celebrada la boda: *siete días, siete noches, no se come ni se bebe más que en la casa del sultán*. Y atrás se quedó el pasado.

No tardó en quedarse ella embarazada. *Primer mes, segundo mes, tercer mes, y el noveno rota está su espalda*: nuestra señora dio a luz un varón.

El sultán contento, su madre también. Ella se quedó aquella semana al lado de su nuera, y después de celebrar el *subúa* –el séptimo día–, regresó a su casa, y dejó que la pareja siguiese con el curso normal de su vida.

Pero lo que entonces empezó a suceder no tenía nada de normal. Por la noche, cuando el esposo andaba ya entre sueños, se presentaba ante la mujer aquel que había sido la causa de su huida, y le pedía la entrega de su hijo.

Ella se negaba, pero toda su resistencia fue en vano. Él se llevó consigo a la criatura después de muchos malos tratos. Ensució la boca y las manos de ella con sangre, y la dejó allí medio muerta.

Cuando se levantó el marido, la encontró en aquel estado deplorable. Buscó a su hijo, no lo encontró, y lo primero que se le pasó por la cabeza es que la madre se lo había comido. Furioso y dolido, llenó la casa de gritos, preguntas e insultos, y le dijo:

–Eres una ogresa, una mujer salvaje. Te has comido a tu hijo. Ni las bestias hacen tal cosa. ¿Cómo has podido devorar a tu hijo? ¿Cuál es la mujer con la que me he casado?

Ella agachó la cabeza, guardó silencio y no pronunció la menor palabra.

El pobre sultán hizo que llamasen a su madre, quien, al ver en qué estado se encontraba, sintió gran pena y se puso a decirle a su hijo:

–La pobre es joven e ingenua. Habría que ver bien qué es lo que ha pasado.

Y pidió al hijo que la perdonara. Él se quedó en silencio, las dejó allí y se fue a cumplir sus obligaciones.

Pasó el tiempo que siempre da con todo, tal y como dicen los sabios. Y poco a poco la vida fue cobrando su ritmo normal en el palacio del sultán.

No tardó la mujer en quedarse embarazada otra vez.

Uno, dos, tres, nueve meses, y dio a luz.

–¿Qué es lo que tienes ahí, comadrona?

–Otro varón.

La alegría fue general. La suegra fue llamada muy oportunamente y cuidó de su nuera y de su criatura recién nacida hasta el día séptimo.

Se celebró según quería la tradición, y todos los indicios eran de que la felicidad volvía a reinar en el hogar. La suegra se quedó allí una semana más. Aconsejó a la nuera que cuidase de su hijo hasta que fuera un adulto como su padre, y regresó a su casa para que la pareja pudiera gozar de su intimidad.

La joven madre no hizo, en aquellos días, más que escuchar y callar. A la noche siguiente de la partida de la suegra, después

de que el esposo se acostara y se quedara dormido, volvió a presentarse el fantasma.

Igual que había sucedido durante la primera vez, se puso a maltratar a la mujer, y después la ensució con sangre, le arrebató a su hijo y se fue. Sin poder hacer otra cosa que llorar, la pobre se entregó a los llantos y a las lágrimas. Sus sollozos despertaron al marido. Antes de preguntar qué era lo que pasaba, ya había visto que su mujer estaba cubierta de sangre. Vio la cuna vacía y se volvió como loco.

–Pero, ¿qué demonio es el que tengo yo en casa? ¿Qué he hecho, Dios mío, para que me castigues así? ¡Tengo a mi lado a una bestia que no tiene nada de humano! ¡Cualquier día me va a comer a mí!

Envió a llamar a su madre, y salió a atender sus obligaciones.

Su madre llegó e hizo intentos de comprender lo incomprensible. Amonestó a la nuera y le hizo miles de preguntas que se quedaron sin respuesta. Reconvino a la infeliz, diciéndole que había perdido ya a dos hijos a los que, a aquellas horas, debía de estar dando cuidados, y gozando de sus risas y alegrías. Igual que si le estuviera hablando a una roca.

La desdichada era incapaz de contestar con otra cosa que no fueran lágrimas y silencio. El marido dijo ya estaba bien. Que no había otra solución, para poner fin a todo aquello, que devolverla por el mismo lugar por el que vino. La buena de su madre in-

tentó que recobrara la tranquilidad, le dijo que las cosas mejorarían, y que si esto y que si lo otro. Y de ese modo aplacó al hijo. Él recuperó la calma, y la vida no tardó en volver a su cauce cotidiano.

Una vez más, la desdichada joven se quedó encinta. Nueve meses después dio a luz. Se trataba en aquella ocasión de una hija. La suegra, avisada, corrió para ayudar y para contribuir a la crianza. Se celebró el *subúa,* "el séptimo día", con las mayores pompa y alegría.

La suegra hizo todo lo que estuvo en su mano para que la joven madre, su hija y su esposo estuviesen en el mejor estado posible. Se quedó tres semanas aquella vez. Y cuando llegó el momento de la despedida, se sentó al lado de su nuera y le dijo:

–Te habrás fijado en que en esta ocasión me he quedado contigo tres semanas. Ahora vas a tener que estar muy atenta, hija mía. A estas alturas debieras ser ya la madre de tres hijos. Pero olvídate de lo que ya pasó y mira hacia adelante. Cuida a tu hija, y así no tendrás más que paz y felicidad.

La suegra regresó a su hogar y, por la noche, cuando el marido se quedó dormido, volvió la pesadilla. Llegó el fantasma e igual que en las visitas anteriores, no dejó de atormentarla. La cubrió de sangre, se llevó a la hijita y se marchó.

Sin *fuerzas ni poder* se echó ella a llorar y a maldecir su mala suerte.

El marido se despertó y lo que vio le dejó sin respiración. Ya no sabía qué hacer ni qué decir. Si no la mató en aquel mismo instante, fue por puro milagro.

Para apartarla de su vista, la arrojó a un sótano en el que quedó prisionera, sola consigo misma y con sus penas. Llegó la suegra, sumida en el dolor y en la angustia. Lo que le inspiró su nuera fue, otra vez, lástima. Le hizo preguntas, le dio consejos, puso la comparación de la vida que llevaba y de la que podía haber tenido. Acabó dándole sus cuidados, y procurándole sobre qué dormir y con qué taparse, sin decir nada de aquello a su hijo.

Mientras tanto, la desdichada joven no fue capaz de pronunciar ni una sola palabra. Solo era capaz de contestar con llantos y lágrimas.

El marido decidió entonces salir en peregrinación para cumplir el quinto requisito de su fe. Su madre le preparó lo necesario para tal viaje, le pidió que le trajese esto y aquello, y que no se olvidase de la pobre infeliz.

–Acuérdate de tu esposa, que a pesar de todo es la madre de tus hijos.

–Pregúntale tú si quiere algo –dijo él.

La suegra le informó de que su marido marchaba a La Meca.

–Y te pregunta si quieres algo.

–Lo que yo quiero es que vaya y venga *bissáha wassaláma,* "con salud y paz". Pero si

desea traerme algo, que eso sea *la piedra de la paciencia y de la amargura*.

El marido partió, cumplió con sus ritos y a continuación hizo algunas compras. Preguntó por la piedra de acíbar y mirra, que parece que es así como se llama, y cada uno de los interrogados le daba una respuesta diferente.

Un señor de avanzada edad le escuchó preguntar por aquella piedra, se acercó a él y le dijo:

–He oído que buscas la piedra de *sabar y murr*.

–Pues sí –respondió el *hach* sultán.

–Pues has de saber –continuó diciéndole el anciano– que la persona que la pide es que quiere suicidarse. Yo puedo decirte dónde es posible comprarla, pero no quiero asumir culpa alguna, ni delante de Dios ni delante de nadie.

–Estate tranquilo –contestó el *hach* sultán–. No va a suceder eso que dices. Gracias por prevenirme.

La compró, y aquel señor volvió a la carga y le repitió la advertencia de que estuviera muy atento:

–Acuérdate –le dijo–, de que eso sería un crimen tuyo y mío.

–Tranquilo, señor, que tendré mucho cuidado ahora que me has hecho la aclaración. Te estoy muy agradecido.

Terminó sus compras y regresó a su país.

Fue recibido, como es la costumbre, con mucha alegría y muchas visitas, con fiestas en las que se entonaron coros religiosos y plegarias.

Cuando regresó la tranquilidad a su casa, sacó los regalos, entregó a cada una y a cada uno los suyos y envió a la mujer que estaba en su cautiverio lo que había pedido.

Cuando ella lo recibió, pidió a su suegra que le permitiera bañarse, hacer sus abluciones y rezar. La buena de la suegra la ayudó a bañarse, la dejó rezar y luego se escondió, en compañía de su hijo. Siguieron muy atentos sus movimientos y la vieron tumbarse en dirección de la Alquibla[4], pronunciar la *shaháda*[5], coger la piedra de la paciencia y la amargura que le había traído su marido y dirigirse a ella como si fuera una amiga:

–Oh, piedra de la paciencia y la amargura –le dijo–. Que mi corazón sea paciente con el que tuvo paciencia para conmigo. Yo soy la hija de un sultán, la hija única. Él me lo consentía todo, me dejaba vivir en un ala que era sola para mí dentro del palacio, con mis sirvientes y ayudantes. Tenía yo una *dada* que me cuidaba. ¡Oh, piedra! Lo que he sufrido yo, nadie lo ha sufrido. Pasó por allí una vez un vendedor ambulante que vendía la pena a cambio de harina. Pregunté a mi

[4] Es la orientación hacia la Meca en el ritual de la oración.

[5] Profesión de fe y el primero de los cinco pilares de la fe musulmana.

dada qué era la pena, y me dijo que no hiciese caso de eso. Pero yo insistí en averiguar qué era la pena. Hice que dieran harina al vendedor, y él me dio a cambio una planta de habas que planté en una maceta. Por la noche salió de ella un hombre, me maltrató tanto como quiso, cayó sobre mí, me pellizcó, me manoseó hasta que me dejó hecha una piltrafa, medio muerta. Como no pude soportar tanto sufrimiento, decidí que lo mejor sería escapar. Pedí a la *dada* una caja, me metí dentro de ella y le dije que la arrojara al mar. Las olas me trajeron hasta este país y quienes me encontraron me condujeron hasta este palacio en el que fui recibida con respeto y con cariño, y en el que me casé y tuve tres hijos. Pero aquel hombre fantasmal no me dejaba tranquila, se llevó mis hijos y me dejó reducida a este estado. Oh, piedra de la paciencia y de la amargura, haz que mi corazón tenga paciencia con quien tuvo paciencia para conmigo.

Al mismo tiempo que ella le confiaba su dolorosa historia, con tantas penas y sufrimientos, la piedra fue abriéndose poco a poco y de ella salió una navaja. La cogió y justo cuando se disponía a clavarla en su pecho, saltó el marido de su escondite y se la arrebató:

–¿Por qué –le dijo–, no habías dicho nada de todo esto?

–Ese es el modo en que me educaron –contestó ella.

Salió la madre del escondite, la abrazó con fervor y con lágrimas, y la acompañó hasta sus aposentos. Allí fue bañada y vestida como era debido. Le dieron de comer manjares que le permitieron reponer sus fuerzas, y en pocos días ya había recuperado su hermosura y su atractivo.

Por la noche llegó el fantasma, le devolvió a sus tres hijos, le dio las gracias por la paciencia que había tenido y por su silencio, y le dijo que desde aquel mismo instante no volvería a saber nada más de él. No tendría visiones ni noticias de él nunca más.

El esposo envió un mensajero al padre de su esposa, a su suegro, para transmitirle las buenas noticias y para invitar a la familia a ver a su hija.

No tardó el padre en llegar con su séquito y con la *dada* de su hija.

Toda la ciudad se vistió de colores para recibir al suegro de su monarca y para la circuncisión de sus hijos. El marido y el palacio entero recibieron a los visitantes con los máximos honores.

Los dos sultanes se encontraron por primera vez, intercambiaron conocimientos y noticias y se empeñaron en conocerse mejor. El padre de la muchacha no dejó de dar las gracias a su suegro por haber salvado a su querida hija, y le dijo que de allí en adelante él era también su hijo.

Celebraron juntos, con la participación de casi toda la ciudad, la circuncisión de los dos muchachitos. La *dada* estaba en las nu-

bes después de haber reencontrado a su niña mimada, y los tres hijos encontraron en ella una segunda abuela.

Así transcurrió la semana de los festejos, hasta que llegó la hora de la separación. Se despidió el sultán visitante de su hija y de su *dada*, a la que dio instrucciones para que cuidase de su hija. Se despidió de la suegra de su hija y reiteró sus agradecimientos por el afecto y la atención que habían mostrado hacia ella.

Y en un cortejo de carrozas y de caballeros cabalgando se hizo acompañar hasta las puertas de la ciudad. Allí se despidió de su yerno y le invitó a que fuera alguna vez a visitarle, en compañía de toda la familia, y emprendió el camino.

El marido de nuestra ya feliz esposa y madre regresó a su palacio, y allí, con su familia, empezó una nueva vida llena de paz y amor. En cuanto a mí,

Y yo me he ido,
los he dejado,
sin haberlos
jamás mirado.

LAS DEUDAS DEL MUERTO

Había un comerciante al que le iban bien los negocios, pero que no tenía familia. Como se dio cuenta de que los años corrían para él, decidió marchar a La Meca para cumplir el deber del peregrinaje antes de que fuera demasiado tarde.

Vendió todo lo que tenía que vender, hizo acopio de provisiones y preparó todo lo necesario para el largo viaje, con sus largas jornadas y sus peligros. Y fue a ver a un amigo de confianza y le dijo:

–¡Amigo! Voy, si Dios quiere, a cumplir mi deber de peregrinaje dentro de este año. Estoy a punto de partir y, como sabes, no tengo a nadie de familia, y tú eres el amigo mejor y aquel en quien más confío. Tengo esta bolsa con mis ahorros y con lo que he conseguido gracias a la venta de lo poco que tenía. Te la confío como prenda, y estoy seguro que de este modo queda en buenas manos. Si *se alarga la vida* y vuelvo, me devolverás mi prenda; y *si Dios toma lo suyo* y me muero, será tuya lícita y legalmente, *aquí abajo y en el más allá*.

El amigo le prometió lealtad y le dijo que sería digno de su confianza, y le deseó un buen viaje. Se despidieron. Uno escondió la prenda en un lugar seguro, y el otro se puso en camino hacia La Meca. Llegó a su

destino, cumplió con sus ritos y regresó a casa sano y salvo.

Pero la fortuna adversa hizo que no encontrase a su amigo, porque había muerto. Recibió la noticia como si le dieran una estocada con un puñal en el corazón. En la bolsa aquella tenía todo lo que poseía en este mundo. Aquel dinero era el producto de todas las pertenencias que había vendido antes de marcharse.

Triste y preocupado, marchó a ver al hijo del difunto amigo. Le contó lo que había pasado antes de salir de viaje para La Meca, y le pidió que le devolviese la prenda. El hijo negó saber nada de aquel asunto ,y no encontró ni vio ni bolsa ni dinero.

Al darse cuenta de la decepción de aquel hombre, se le ocurrió una idea, y le dijo:

–Deja que pregunte a mi madre si ella sabe algo del asunto. Mañana te diré algo.

Preguntó el buen hijo a su madre, y ella le dijo que no sabía nada de aquel asunto. Al día siguiente llegó el pobre hombre, y el hijo le dio la mala noticia. Cuando la oyó, se quedó aturdido. Estaba sin un céntimo, y no tenía ni para cenar. Desesperado, habló con algunos compañeros, y uno le aconsejó que fuera a hablar con un ulema que era célebre, y que seguro que encontraría una solución a su problema.

El peregrino –*el hach*– tomó en consideración el consejo del amigo y, sin perder el tiempo, marchó a ver a aquel sabio. Le

contó todo lo que había sucedido, con todos los detalles, y le dijo que se encontraba tan desnudo como lo estaría si naciera otra vez. No tenía ni para vivir ni para trabajar.

El sabio le entregó algunos textos de invocaciones y plegarias y le dijo:

–Vete el viernes a la mezquita, a la hora de la puesta del sol. Haz tus abluciones, reza la oración del crepúsculo y otra, con dos prosternaciones; luego lee los versículos e invocaciones que ya tienes contigo. Cuando termines, llénate la boca de aceite y dirígete al cementerio. Escupe el aceite y llama al amigo por su nombre.

Confiado y esperanzado, cumplió el pobre hombre todo lo que le había enseñado el sabio. Llamó a su amigo y, en el silencio del lugar, oyó como un gemido que procedía del fondo de la tumba. Con una mezcla de miedo, temblor y esperanza, dijo:

–Yo soy Fulano, tu amigo, si te acuerdas. He vuelto de La Meca y aquí estoy con el fin de recuperar lo que te dejé en prenda.

Desde abajo le contestó la voz:

–Vete a ver a mi hijo y dile que se ponga frente a la puerta que daba al sur y que excave debajo del muro. Allí encontrará tu prenda enterrada. Dile también que vaya de mi parte a ver a mi hermana y que le pida perdón. Que me perdone, ya que estoy sufriendo tormentos y martirios por causa suya. Que me perdone. Dile además a mi hijo que por qué me falta al respeto y la

consideración. Todas las tumbas están cuidadas y la mía no.

El peregrino, o *Sidi el hach*, como se le suele llamar, abandonó el lugar y se fue a ver al hijo. Le contó lo sucedido y a él le causó risa lo que escuchó de aquel pobre hombre. ¿Desde cuándo hablaban los muertos? Eso es lo que le dijo.

–Te lo juro –le respondió el pobre hombre, que empezó a temer que el hijo le rechazara. Te juro que eso es lo que pasó.

Entonces el hijo pasó un rato sumido en las cavilaciones, y al final le dijo:

–Pues ahora vete y vuelve a verme el viernes.

Aquella misma noche se quedó el hombre esperando a que su madre se quedara dormida. Se dirigió a continuación a la puerta que daba al sur y, tal y como le había dicho aquel hombre, se puso a excavar. La bolsa estaba allí, como si acabaran de depositarla.

Se la llevó, esperó a que se despertara su madre y le preguntó:

–Madre, ¿tengo yo una tía?

La madre le contestó que no.

–No tienes ni tía paterna ni nada que se le parezca.

Dijo él:

–Pues todo el mundo me dice que tengo una tía, y tú me dices que no.

–Es que tu tía rompió toda relación con nosotros hace ya una eternidad, cuando tú eras muy joven.

–Pues dime dónde está y con quién está casada, y no te preocupes por lo que yo haga.

Cuando vio a su hijo tan decidido, le dio la información que le pedía.

Él se preparó y se fue al zoco. Compró un conjunto de vestir, montó sobre su mula y *ayúdeme Dios*.

Cuando se acercaba ya a la dirección que le ha dado su madre, se puso a preguntar a un lado y a otro por la casa de Fulano, hasta que la encontró.

Llamó a la puerta y dijo a quien le abrió que era el sobrino, y que quería ver a su tía. La muchacha volvió al interior y le dijo a su señora lo que el hombre aquel le había pedido.

La mujer, que era en efecto la tía, respondió:

–Pero, ¿de dónde ha salido un sobrino mío?

La muchacha le dijo:

–Está montado en una mula y dice que es el hijo de Fulano, tu hermano.

Salió la tía a verlo, le dio la bienvenida, le hizo entrar, le ofreció un refresco y unas galletas, y se pusieron a charlar.

Hablando de esto y hablando de lo otro, acabo diciéndole el sobrino a la tía que su padre le había pedido que le diera su perdón.

–¿Cómo voy yo a perdonarle todo lo que hizo contra mí? –respondió la tía–. Se despreocupó de mí sin saber si yo estaba vi-

va o muerta, si tenía comida o si me moría de hambre. No le importó si mi marido cuidaba de mí o si me abandonaba. No tuvo en cuenta el honor de la familia. ¿Cómo quieres que yo le perdone?

El sobrino, impresionado por aquellas palabras y por el dolor que sentía su tía, le dijo:

–Tú perdónale, y lo que no hizo él lo haré yo.

Los buenos sentimientos fueron los que vencieron y triunfaron al final, y, con lágrimas en los ojos, le dijo al sobrino:

–Perdonado está; perdonado aquí y en el más allá.

Una vez conseguido el perdón para su padre, el sobrino abrazó a su tía, le entregó su regalo y, haciendo promesas de verla pronto de nuevo, se despidió y se marchó a casa. Hizo que preparasen un asado y, junto con el pan que fue preciso, lo entregó como ofrenda, en nombre de su padre.

El amigo de aquel regresó a verle, tal y como habían convenido, y le preguntó si había encontrado su prenda. El hijo respondió que sí.

–Pero no te la devolveré hasta que me lleves a ver y oír lo que me has contado.

El hijo seguía sin creerse lo de la prenda, sin sentirse convencido del todo.

Durante la vigilia del viernes marchó a la mezquita, rezó, se llenó la boca de aceite y se fue al cementerio. Cuando se encontraba delante de la tumba de su padre, llamó:

–¡Fulano!

Y la voz, desde lo más profundo, le respondió:

–¡Sí! ¿Has recuperado la prenda?

Dijo que sí. Entonces la voz del muerto le dio las gracias por la ofrenda, por conseguir el perdón de la hermana, de modo que así ya no tendría él que sufrir más. Todo quedó como él había deseado.

Convencido, devolvió el hijo la prenda a su dueño. Después siguió haciendo ofrendas por el alma de su padre y mantuvo la relación con su tía, porque así tienen que ser las cosas dentro de la familia.

Y yo me he ido,
los he dejado,
sin haberlos
jamás mirado.

HÁREZ HEREDA, HÁREZ HEREDA Y HÁREZ NO HEREDA

Había un hombre que tenía tres hijos. Los tres se llamaban Hárez, Hárez y Hárez. El padre murió y dejó un testamento que decía:

–Hárez hereda, Hárez hereda, y Hárez no hereda.

Los hermanos no entendieron nada de lo que había quedado estipulado en el testamento. Preguntaron por aquí, por allá y por alguna otra parte, a este y a aquel, sin que hallasen una explicación lógica y clara a aquel enigma.

Decidieron irse con el testamento a otro país.

Se marcharon los tres, y llegaron al primer país, en el que les recibió el mismísimo sultán.

Les preguntó qué era lo que les pasaba, y le dijeron:

–Pues que los tres nos llamamos Hárez. ¡Hárez, Hárez y Hárez! Y en el testamento que nos dejó nuestro padre se estipula que Hárez hereda, Hárez hereda y Hárez no.

El sultán, después de escuchar, les dijo:

–Pues quedaos aquí esta noche y ya veremos.

Llamó a sus servidores, les dio instrucciones de que se ocupasen de los tres huéspedes y de que les dieran la cena y todo

lo que hiciera falta, y a uno le encargó que los vigilara.

Les trajeron la cena, se pusieron a comer y uno de los tres dijo:

–La mujer que ha preparado este cuscús tiene la menstruación.

Un segundo dijo:

–Esta carne es de un cordero que ha sido amamantado por una perra.

El tercero dijo:

–El sultán este es un bastardo.

El que había recibido el encargo de vigilarlos informó al sultán de todo lo que había escuchado. El monarca sintió extrañeza, pero no quiso actuar si antes no se aseguraba de si todo aquello era verdad.

Le trajeron a la que preparó el cuscús y le preguntó si tenía la menstruación. La mujer dijo que sí.

Hizo llamar al pastor y le dijo:

–El cordero del cual trajiste la carne ayer, ¿tiene madre?

El pastor respondió un poco confuso al sultán:

–¡Señor! *Si la mentira salva, la verdad salva más*. La madre del cordero aquel murió al poco del parto, y no había ninguna otra oveja que lo pudiera nutrir, así que lo hice amamantar por una perra que acababa de engendrar. Lo siento, señor.

–No pasa nada. Era solo por curiosidad. Puedes marcharte.

Quedaba la parte de mayor importancia, lo que había dicho el tercer hermano. Bajó el sultán a ver a su madre y le preguntó:

–¡Madre! ¿Soy yo hijo de mi padre?

La madre se quedó paralizada, sin poder responder. Al sultán le entraron dudas y sintió gran enfado. Exigió de su madre la verdad. Si no, la mataría.

Por miedo, y para librarse también de un peso que cargaba sobre su conciencia y que no dejaba de torturarla, ella bajó la mirada al suelo y reconoció su falta.

Al día siguiente llamó el sultán a los tres hermanos, sus huéspedes, hizo que se sentasen y, apuntando a uno detrás de otro, dijo:

–Hárez hereda, Hárez hereda y Hárez no.

El tercer muchacho sabía que el sultán no era hijo de su padre porque él mismo, el tercer muchacho, era también un bastardo. Y esa era la razón por la cual el padre no le había dejado ninguna herencia en su testamento.

Despejado el enigma, los tres hermanos pidieron permiso para regresar a su país, pero el sultán insistió que en cumplieran la tradición de quedarse los tres días acostumbrados.

Se quedaron acogidos a la generosidad del sultán y, terminados los tres días, le agradecieron a él y a sus ayudantes su trato bondadoso y generoso, y se despidieron poniendo rumbo a su país.

Y yo me he ido,

los he dejado,
sin haberlos
jamás mirado.

LOS TRES HERMANOS Y LA TIRA DE PIEL

Cuentan de un hombre que tenía tres hijos. Les llamó un día y les dijo:

–¡Hijos míos! Voy a morirme. Pero antes quisiera advertiros que os guardéis de aquel que toma la mitad del camino. ¡Ojo, ojo con él!

Los hijos, aunque se quedaron sin entender la verdad que había en lo que les quiso decir el padre, asintieron y le desearon larga vida.

Al poco tiempo entregó el padre su alma a su creador, y dejó este mundo con sus tres hijos ignorantes de lo que significaba aquella advertencia. Lo enterraron y, pasado el tiempo de luto, tomaron la decisión de averiguar quién era aquel de quien debían sentir temor.

El primero fue el mayor de ellos. Tras hacer algunos preparativos, emprendió el viaje. Marchó, marchó y marchó, hasta que se encontró con un hombre.

–¿Adónde vas, caminante?

–Voy adonde pueda encontrar algún trabajo.

–¿Querrías trabajar conmigo?

–¡Pues sí! Eso es lo que ando buscando.

–Pero no sería un trabajo pagado –dijo el comerciante.

–¿Entonces cómo sería?

–Yo te daría alojamiento, comida y bebida, y tu paga la tendrías en el momento de irte.

–Pues de acuerdo –dijo el joven–. Acepto.

–Sí. Pero habría otra condición.

–¿Y cuál sería?

–Pues que si te aburres y decides marcharte antes, yo te cortaría una tira de tu piel, desde la cabeza hasta la punta del pie, y me quedaré con tu salario. Pero si fuera yo el que quisiera romper el acuerdo, cortarías tú de mi piel una tira que fuese desde el pie hasta la cabeza, y te quedarás con el negocio y con la casa, y con todo lo que hay dentro de ella.

–De acuerdo –le dijo.

Y se quedó allí a trabajar. El problema era que el patrón le pedía que él se ocupara de todo. Le mataba con todos los trabajos que le daba, y con la poca y mala comida que le proporcionaba. Hasta que llegó el día en que ya no pudo más.

Le dijo al patrón que deseaba marcharse. Él le recordó la condición que los dos habían fijado. Sin vacilar respondió que sí que se acordaba, y que él hiciera lo que tuviera que hacer.

El patrón le cortó la tira, lo cual vino acompañado de sufrimientos y dolores. Y, cuando acabó, el joven estaba muerto. Sin sentir remordimiento ni pena, le enterró, y *Tah el kef aala dhil-lu,* o sea, adiós y gracias.

En todo aquel tiempo los otros hermanos se habían estado preguntando y habían sen-

tido preocupación por el tercero. Aunque interrogaban a todo viajero que pasaba por allí, no tenían noticias de su hermano desde el día en que se había marchado.

De modo que el hermano segundo decidió ir a ver si podía encontrar al hermano desaparecido. Tras preparar todo lo necesario para el viaje, se despidió del benjamín y, *¡Oh, Dios! Contigo contamos.* Se puso en marcha.

Los viajes aquellos no eran tan fáciles ni tan seguros: cabalgando o a pie, los viajeros estaban siempre expuestos a las penurias del clima y a los peligros que pudiesen venir de los humanos o de los animales. Pero nuestro joven, armado de valentía, no dejó de ir hacia adelante, de una región a otra, hasta que llegó al lugar al que había llegado su hermano.

En la mitad de aquel camino se encontró con el comerciante aquel, quien le paró y le preguntó adónde iba.

–A buscar trabajo –dijo él.

El malvado comerciante le propuso que trabajase para él, y el joven aceptó, convencido de que *un pájaro en mano, mejor que diez en el árbol.*

Dijo que sí a la propuesta, y preguntó por el salario y por las condiciones. El comerciante le repitió las condiciones que había puesto para contratar a su hermano, sin olvidar lo de la tira de piel.

El muchacho encontró que las condiciones eran un poco extrañas, y preguntó qué

trampa habría escondida en ellas. Pensó, pensó y pensó, pero sin llegar a una conclusión que no fuera la de que eran condiciones muy duras. Pese a ello, aceptó y se quedó allí a trabajar.

Al principio le parecía todo normal. Trabajaba con entusiasmo, sin dejar de pensar en su desaparecido hermano, y esperando a que llegara ocasión para preguntar a su patrón si le había conocido. Pero la carga de trabajo iba en aumento, y la comida iba reduciéndose en cantidad y calidad, de manera que sus fuerzas empezaron a aflojar. Se dio cuenta de que su salud empeoraba a ojos vistas, lo que le llevó a pensar en dejarlo ya.

Anduvo dándole vueltas durante varios días y, cuando tomó su decisión, habló con el patrón. Él le recordó las condiciones que habían pactado y, sin más, cortó la consabida tira de piel desde la punta del pie hasta la cabeza.

¿Resultado? Pues sufrimiento y muerte, igual que los de su hermano algún tiempo antes.

Ya solo quedaba el último de los tres hermanos: el benjamín, quien se vio solo, sin noticias de sus hermanos, a pesar de todo lo que se esforzaba por averiguar algo de ellos a través de los viajeros y de cualquier persona que viniese de lejos. Finalmente, vencido por la inquietud, decidió dejarlo todo y salir en búsqueda de sus hermanos o, por lo menos, de sus noticias.

"O les encuentro –se decía–, o me muero, si es que debe ser ese mi destino". Dicho y hecho: hizo los preparativos y *¡Oh, Señor! Contigo contamos,* tomó el camino del riesgo y de lo incógnito.

Se puso en marcha sin rumbo definido; *ven, país, vete, país,* bajo el sol, bajo la lluvia. Siguió caminando, medio perdido por parajes desconocidos, haciendo jornadas durante el día y descansando por la noche, hasta que su camino se cruzó con el de aquel comerciante malvado.

El viajero se detuvo y preguntó por un alojamiento y por comida para una noche, y le fueron ofrecidos si podía pagar por adelantado.

Aceptó, pagó y entró en el lugar de descanso: una habitación con una cama cómoda, limpia y tranquila. Justo lo que le hacía falta para tener un buen descanso.

Se quitó el polvo del camino, como se suele decir, cambió su ropa por otra limpia y se dejó caer sobre la cama. Se quedó dormido. Cuando se despertó era casi de noche. Dejó la habitación y salió a ver si encontraba algo que meterse en la boca.

Afuera, como si le estuviera esperando, estaba el comerciante:

–Has dormido mucho –le dijo.

–Sí –respondió él–. Estaba muerto de cansancio.

–Pues ahora tendrás hambre, me imagino.

–No lo sabes tú bien. Me comería un toro entero.

–Bueno, un toro no, pero sí una buena cena. Y, si no tienes inconveniente, la tomarás con nosotros, con mi mujer y conmigo.

–Pues con mucho gusto –respondió el joven– que empezó a hacerse su propia idea acerca de lo que podía estar pasando.

Oscureciendo ya, les llegó la voz de la esposa, que avisaba de que la cena estaba ya lista. Se levantaron, se hicieron las presentaciones y se pusieron a cenar como buenos amigos. Todo aquello le parecía raro al recién llegado, pero hizo como si nada: ni preguntó ni hizo ningún comentario.

Charlando acerca de esto y de lo otro, la conversación les condujo a su viaje: al destino y a sus razones. El joven, despierto y atento a todo, dijo que él no seguía un rumbo concreto ni tenía un destino fijo, como no fuera la necesidad de encontrar trabajo:

–En el lugar en el que encuentre trabajo, allí me quedaré –dijo.

El comerciante aprovechó de la ocasión y le hizo una propuesta de trabajo.

–¿Por qué no? –dijo el joven–. Si las condiciones son ventajosas, será *un pájaro en mano mejor que diez en el árbol,* como decían nuestros mayores.

El comerciante le expuso sus condiciones, que eran las mismas que había puesto a sus hermanos. Cuando le habló de la condición de la tira de piel, quedaron prácticamente confirmadas las dudas y las sospechas que le habían estado dando vueltas por la cabeza, para sus adentros, desde el principio

Hizo como si quisiese cambiar alguna de las condiciones, eliminar por ejemplo la de la tira de piel. Pero como el otro se mantuvo firme, acabó aceptando, y confirmó que se quedaría allí a trabajar.

Terminada la cena, se dirigió cada uno a su dormitorio y él, tumbado en la cama, mirando el techo, dio rienda suelta a su imaginación y a sus pensamientos, y llegó a la convicción de que era allí donde habían caído sus hermanos.

Se puso a trabajar y, fingiendo imbecilidad y torpeza, se dedicó a dejar caer y a romper utensilios y contenedores; dejó que el aceite quedase vertido por el suelo; dejó caer sacos de granos de manera que quedó desparramado su contenido. Aquello era, en una palabra, una catástrofe.

El patrón no dejaba de lanzar quejas, gritos y lamentos, mientras él continuaba haciendo su trabajo con la mayor tranquilidad, fingiendo torpeza y poniendo su sonrisa de bobo. Cada vez que el patrón se quejaba o le preguntaba que por qué hacía las cosas así, le daba la misma respuesta:

–*Esto es lo que Dios ha dado.* Yo hago lo que está en mi mano. Pero si tú no estás satisfecho con mi trabajo, despídeme: dame la tira de tu piel que me correspondería, y yo me voy.

El otro no tenía más remedio que aguantar y no decir nada.

Un día el patrón y su mujer hubieron de acudir a una boda. Llamó al joven trabajador y le dijo:

–Nos vamos a la boda de unos amigos. Tú te vas a quedar aquí, y *tu cabeza, con la cabeza de la puerta*. Es decir, que no pierdas la puerta de vista.

–Pues de acuerdo –respondió él.

El patrón se marchó, y nuestro joven arrancó la puerta de la casa, la puso encima de su cabeza y se fue detrás de los pasos del patrón. Le siguió hasta el lugar en que se celebraba la fiesta. El patrón estaba sentado entre sus amigos y conocidos, metido en la conversación y en las bromas, cuando vio entrar a su operario con la puerta encima de la cabeza. Sorpresa, intriga, enfado, rabia: todos se juntaron para encender su ira en el interior del patrón, quien se levantó igual que si le hubiera picado un escorpión, y le preguntó al atrevido operario.

–Pero, ¿qué es esto, hijo de Satanás? ¿Qué es lo que has hecho?

–¿Que qué es lo que he hecho? ¡Pues nada! Seguir tus instrucciones y nada más que eso. Lo que tú me dijiste fue: "tu cabeza con la de la puerta". Y eso es lo que he hecho. ¿No la querías acaso contigo?

Sin poder dar respuesta a tamaña tontería, corrió el patrón a ver a su mujer, y los dos se volvieron a toda prisa a su casa, para que los ladrones no tuvieran la oportunidad de desvalijarla. Cuando los tres estuvieron de vuelta en casa, volvieron a montar la puerta,

sin intercambiar prácticamente ninguna palabra.

A continuación se retiró el patrón a hablar con su mujer, y le dijo que algo tenían que idear para encontrar la manera de librarse, con el menor costo posible, de la plaga aquella. Pensaron, pensaron y pensaron, sin encontrar un modo seguro de deshacerse de aquel falso bobo. Por la noche, y la noche trae consejo, como suele decirse, el hombre, mientras estaba tumbado en la cama, en la oscuridad, al lado de su mujer, prorrumpió en gritos:

–La tengo, la tengo, la tengo.

–¿Y qué es lo que tiene este loco de marido que tengo?

–Tengo una idea.

–Tú estas soñando, seguro.

–No soy capaz de cerrar el ojo. He estado devanándome los sesos, y por fin se me ha ocurrido una idea que nos permitirá recuperar la paz para siempre. En dos días nos habremos deshecho totalmente de la pesadilla esa.

La mujer se sentó sobre la cama, el marido hizo lo mismo y, lleno de contento, le explicó la idea tan ingeniosa que había tenido.

–Pasado mañana –le dijo– será tu cumpleaños, para decir algo. Celebraremos la ocasión por todo lo alto: con comida, bebida, música y baile; y le diremos al tonto ese que contamos con él, por supuesto.

–¿Y? –preguntó la mujer.

–Ahora viene lo bueno. Cuando llegue el momento, enviaré al muchacho a sacar agua del pozo, mientras nosotros nos ponemos a jugar a la *ghummídha* –la gallina ciega–. Y, cuando estemos corriendo de un sitio a otro, haciéndonos los distraídos, tropezaremos con él y lo empujaremos al pozo.

Sintiéndose ya más tranquilos, volvieron a acostarse. Como habían dejado los detalles para la mañana, conciliaron muy bien el sueño.

Al día siguiente se despertaron más alegres y contentos que de costumbre, anunciaron las nuevas a su operario y se pusieron todos a limpiar la casa, a traer flores, a adornar el entorno, y un ambiente de fiesta reinó entonces en aquel lugar, en contra de lo que era costumbre.

Comieron, bebieron y bebieron mucho más. Pusieron después música y se pusieron a bailar. Cuando el patrón juzgó que había llegado el momento, pidió al muchacho que, antes de que se hiciese más oscuro, fuese a sacar algunos cubos de agua al pozo.

El muchacho, que estaba muy alerta, se fue sacar agua al pozo, pero sin quitar el ojo de encima de la pareja. Justo cuando se hallaba inclinado sobre la boca del pozo llegó la pareja, corriendo y riéndose. Se acercaron a él y, cuando le vieron la espalda, fueron a darle un empujón. Pero sucedió que él, que estaba muy atento y que era más ágil, se echó a un lado. Y de ese modo el marido, sin poder controlar la fuerza de su impulso,

se encontró encajado en el brocal del pozo, con la cabeza para abajo. La esposa, vencida también por el impulso, logró enganchar a su marido por los pies.

Él no dejaba de gritar pidiendo ayuda. Ella, con el miedo de no caerse detrás de él, apoyó sus rodillas sobre el brocal del pozo y gritó al muchacho para que acudiese en su auxilio. Él se quedó mirándolos con una sonrisa y dijo, como si él también estuviera jugando a la *ghummidha*:

–Por aquí ando, pero no me ves. Por aquí: frío, frío.

Y les dejó que se quedaran allí gritando. Las fuerzas no les dieron para más, y el marido acabó en el fondo del pozo, y su mujer cayó detrás de él.

El joven se acercó, miró en el interior del pozo, pero no vio nada en la oscuridad aquella tan profunda.

Se sentó al borde del pozo, dedicó un recuerdo a sus hermanos y se puso a pensar en el consejo o en la advertencia que el padre les había dado: "guardaos del que toma la mitad del camino". "Seguro que hablabas de este mal nacido, padre. Descanse en paz".

En cuestión de pocos días vendió todo que era posible vender de lo que había dejado el patrón. Se llevó consigo todo lo que podía tener utilidad o servir para algo. Y regresó rico a su país, después de haber sido tan pobre.

Rico pero solo: sin padre y sin hermanos. Así es la vida.

Y yo me he ido,
los he dejado,
sin haberlos
jamás mirado.

SKANDAR EL AVARICIOSO, SU HERMANO EL GENEROSO Y EL TESORO DE LOS OGROS

Primer *áh,* segundo *áh,* tercer *áh*.

Primer *áh: pobre de aquel que esté enfermo y no encuentre su medicina.*

Segundo *áh: pobre de quien hace el bien y no encuentra quien lo merece.*

Tercer *áh: ¿dónde encuentro lo que mi corazón desea?*

Éranse, en los viejos tiempos, dos hermanos. Uno que nadaba en la abundancia y la prosperidad, y el otro que no era dueño ni de lo que costaba la cena de una noche. Un día no encontró el último de ellos nada que llevar a su mujer. Se quedó por ahí como perdido, deambulando de un lugar a otro hasta que se encontró ante una casa que tenía la puerta abierta de par en par.

Empujado por la curiosidad y por la necesidad, se atrevió a entrar, con el pensamiento de que quizás estarían haciendo los preparativos para alguna boda de la cual podría llevar algo a su familia.

Entró con pasos lentos y dubitativos, dando voces por si había alguien:

–¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien por ahí?

Nada, *la hayata liman tunédi: no hay vida en aquel a quien llamas*.

Siguió avanzando: entró en una habitación, luego en otra y así llegó a la tercera, en la que se quedó pasmado. ¿Qué es lo que vio? *Lo que Dios nos dé y os dé, de parte de su generosidad*: jarras llenas de monedas de oro, y, al lado, hombres muertos.

Se acercó, tomó de aquel oro aquello que fue capaz de cargar y se dirigió hacia la puerta de salida para *soltar sus piernas al viento*. Marchó a la carrera, a la mayor velocidad de que fue capaz. Y llegó a casa molido, casi sin respiro. Entregó su carga a su esposa y se dejó caer en el mismo lugar en el que estaba.

La mujer no creía aquello que veían sus ojos: tocó el dinero, miró a su marido, volvió a tocar las monedas, y preguntó:

–Pero, ¿de dónde has sacado tú esto?

–Dios nos ha dado el favor de su misericordia –respondió el marido.

La mujer podía haberse conformado con esconder el dinero, o, en todo caso, con contarlo y quedarse callada. Pero se le ocurrió la idea de pesarlo como si se tratara de trigo o de cebada. Puesto que no poseía ninguna medida, envió a su hija adonde estaba la cuñada, para que le dejase la *zulcia*[6].

–¿Y para qué queréis eso? ¿Qué vais a pesar? Si no tenéis ni para cenar siquiera?

–Pues no lo sé –respondió la muchacha.

La cuñada, que era una de esas mujeres a las que el diablo aloja en su corazón, untó una esquina del fondo de la medida con un

[6] Zulcia, medida para granos de un tercio del decalitro.

poco de miel, y así se la entregó a la muchacha.

La ingenua mujer de aquel pobre hombre tomó la medida, pesó las monedas y, por la mañana, devolvió el recipiente a su cuñada, sin tener sospecha de nada.

La cuñada cogió su medida de mano de la muchacha, la despidió y examinó el interior de la *zulcia*. ¿Y qué es lo que vio? Pues una moneda de oro.

No hacía falta nada más para que el demonio que en ella habitaba se despertase y llenase su cabeza, su corazón y su lengua con todo aquello que dicta la maldad: los celos, la envidia y la avaricia.

–Pero, ¿esto qué es? –se decía para ella misma–; ni a nosotros siquiera nos da para pesar nuestro dinero con medidas. Y ella, la pobre, la que no tiene ni con qué dar de comer a los suyos, la que si come no cena, según ella dice, se dedica a pesar el oro como si fuera trigo. ¡Pues vamos a ver! Yo me tengo que enterar de dónde le ha venido todo esto.

Llegó su marido. Tenía tal rabia y tal enfado que antes de saludarle siquiera le contó lo que había pasado y le pidió, le ordenó casi, que fuera a llamar a su hermano y que averiguase cómo y de dónde había sacado aquello que poseía.

Bien sabía el marido que era inútil que cambiase de idea. Y, animado también él por la curiosidad, para no decir más, se marchó a

ver a su hermano y le preguntó de dónde había sacado aquella fortuna.

El pobre hermano hizo lo posible por guardar su secreto, y respondió que todo era fruto de

–La generosidad del Señor, quien, con su misericordia, ha querido ayudarme.

Rogó a su hermano que se olvidase de todo aquello a cambio de la mitad de lo que había obtenido.

–¡Pues no! ¡Yo no quiero nada tuyo! Lo que quiero es que me digas de dónde lo has sacado, y que después dejes que yo me las arregle.

–Hermano –dijo el pobre hombre–, pues quédate entonces con los tres tercios, o quédate con todo.

–¡Nada de eso!

Estaba decidido, el otro, a enterarse, ver qué hacer y actuar.

–¡Te lo ruego, hermano! Deja las cosas tal y como están, y yo te daré lo que poseo.

–¡No, no y no! –chilló el otro.

–Pues te arrepentirás, hermano.

–Me da igual.

Ante tal testarudez, lo único que pudo hacer el pobre fue decir:

–Bueno, pues ya que insistes, voy a enseñarte el lugar, y luego me iré. Después ya puedes hacer tú lo que te parezca.

El hermano pobre hizo la jugada desesperada de quedar con su hermano para el día siguiente, con la esperanza de que de ese modo se aconsejaría con la almohada, y de

que sus deseos se calmarían un poco. Pero todo fue en vano. Su hermano le respondió:

–*Saqi fi saqek:* nuestras piernas juntas.

¡Pues no hubo más que decir! Juntos salieron al día siguiente, y marcharon a aquel lugar sin cambiar ni una sola palabra entre sí. Cuando estuvieron cerca, el pobre levantó el brazo y con el índice le enseñó una casa. Sin esperar, se dio la meda vuelta y se fue.

El otro, movido por las prisas de abrazar a la fortuna, entró en la casa con el paso seguro, como si fuera la suya. Fue avanzando por el patio y, ¿qué es lo que vio? Pues una fuente de cuscús, con una garrafa de agua y otra con leche, y unos cuantos dátiles que los dueños del lugar solían dejar allí, después de recitar: *que esta leche y estos dátiles le caigan en las rodillas.*

Sin preocuparse por pedir permiso, y sin la menor vacilación, se sentó delante de la *qasaa,* aquel gran plato, y se hartó de aquel exquisito manjar. Cuando ya no pudo comer más, quiso levantarse, pero no se vio capaz; lo intentó una y otra vez, sin éxito. La leche y los dátiles le cayeron en las rodillas.

Fue arrastrándose como pudo, y continuó arrastrándose hasta que llegó al lugar en el que estaban los demás muertos. Allí perdió fuerza y dejó de arrastrarse, pero no perdió la esperanza de ir recuperando el movimiento en sus rodillas y piernas. En vano.

Antes de anochecer ya estaban allí los ogros, los dueños del lugar. Se sentaron todos juntos y se pusieron a cantar:

Orejita, orejita,
alegría del cuscús,
si no estás en el estomaguito,
acércate a mí bailando.

Como no vieron que viniese nadie, tomaron un clavo largo, lo pusieron en el fuego hasta enrojecer y con él se pusieron a pinchar a quienes estaban allí tumbados.

Cuando le pincharon, el hermano sintió la quemadura y movió la pierna.

–¡Ajá! ¡Hijo de perra! –le dijeron los dueños de la casa–. De modo que querías lo que no es tuyo, ni fruto de tu trabajo. Pues ahora vas a ver.

Cenaron, tomaron su té o su café, o vete a ver qué otra bebida. Y cuando la noche estaba ya avanzada y bien oscura, le cortaron la cabeza, la colgaron ante la puerta de la casa y dejaron el cuerpo al lado de los otros.

Su esposa, al ver que no regresaba su marido, marchó adonde su cuñado, por si él sabía algo. El hermano le contó cómo había intentado disuadirlo, y cuántas veces le aconsejó que no fuera hasta allí. Pero él no había querido atender a razones.

La mujer no se creía ni entendía qué era lo que le estaba contando el cuñado. Pero le pidió que fuera a buscarlo. El buen hombre asintió y se marchó. Cuando se acercó a la casa, lo primero que vio fue la cabeza de su hermano. Lleno de dolor, de

pena y de lágrimas, rompió en lamentos y se puso como a cantar mientras decía:

–Oh, Skandar, oh, Skandar,
ya te dije yo que tomaras el cuarto;
oh, Skandar, oh, Skandar,
ya te dije yo que tomaras el tercio;
oh, Skandar, oh, Skandar,
ya te dije yo que repartiéramos;
oh, Skandar, oh, Skandar,
ya te dije yo que te quedaras con todo;
Skandar, hijo de mis padres.

Mientras duró el lamento que cantaba, los ogros sintieron agrado por su voz y por su música, y se pusieron a bailar.

Cuando acabó de llorar su hermano, le ofrecieron una recompensa que él rechazó, y lo único que les pidió fue que le entregaran aquella cabeza que colgaba de la puerta.

Se la entregaron, y él se la llevó a su cuñada, quien rompió en lloros, e hizo que los demás también llorasen:

–Todo por tu culpa –le dijo el hermano–, por no quedarte nunca satisfecha con lo que tienes, y por tu avaricia y tus celos.

Y yo me he ido;
les he dejado,
sin haberlos
jamás mirado.

YUSEF CONVERTIDO EN PÁJARO POR UNA VIEJA

Había, en los viejos tiempos y en las épocas pasadas, un sultán que no tenía hijos.

Se sentía muy preocupado, pensando día y noche en qué sería de su reino si llegaba a morir sin dejar herederos. Un día andaba inmerso en sus negros y tristes pensamientos cuando le anunciaron la presencia de la bien famosa por sus argucias y su maldad, *Asuset essetút*.

La recibió y, como no había nada que a la vieja se le escapase, en seguida comprendió que al monarca había algo que le inquietaba. Antes de exponer la razón por la que estaba allí, se atrevió a preguntar al sultán y le dijo:

–Señor, si no me equivoco, eres presa de alguna preocupación. Y a alguien de tu posición no veo qué cosa podría afligirte.

El sultán se mostró de acuerdo con ella y le explicó la causa de su tristeza.

–Pues si no es nada más que eso, yo le puedo ayudar, señor. Pero con una condición.

Lleno de repentina esperanza, el sultán le preguntó qué condición era aquella, y la vieja le dijo:

–Pues que me entregues a quien primero te nazca.

No reflexionó apenas nada sobre aquello. Pensó más bien que debía de ser alguna bravata de la vieja. Y por eso el sultán consintió y le dijo que aceptaba la condición aquella.

Al día siguiente volvió la vieja y le entregó una manzana.

Le pidió que se la entregase a su mujer y que le advirtiese que solo comiera de ella después de purificarse, de hacer sus abluciones y de rezar prosternándose dos veces. Llevó el hombre la manzana a su mujer, le explicó lo que le había dicho la vieja, y ella cumplió todo aquello a rajatabla.

Pues no era broma; la mujer se quedó embarazada y, al cabo de los nueve meses, llegó el parto.

–¿Qué tenemos, comadrona?

–¡Una muchacha!

Entre lujos y atenciones creció la niña aquella, hasta que tuvo edad de ir a la escuela. Pasó un tiempo y, un día en que volvía a casa después de las clases, la encontró la vieja, se acercó a ella y le dijo:

–Dile a tu padre, chiquita, que me devuelva mi prenda.

A la niña se le olvidó transmitir el recado. De modo que un día la vieja hubo de darle un pellizco en la oreja, con el fin de que no se olvidara. Pero tampoco aquella vez se acordó. Mas sucedió que, cuando la madre le estaba ayudando a bañarse, le tocó la oreja. Como le dolió, la niña dejó escapar un gemido.

–¿Qué es lo que te pasa? – preguntó la madre.

–Pues que me duele por culpa de un pellizco que me ha dado una vieja que me ha encargado que diga a mi padre que le devuelva su prenda. Se me había olvidado.

Cuando llegó el sultán, su esposa le contó la historia, y él respondió que debía decirle a la vieja que se llevase lo que era suyo.

Al día siguiente, a la salida de clase, la muchacha volvió a encontrarse a la vieja, que le esperaba. Se acercó a ella y le preguntó si se había acordado de decirle a su padre lo que le había encargado. La niña dijo que sí.

–¿Y qué es lo que ha dicho?

–Pues que te lleves lo que es tuyo.

La vieja, toda contenta, tomó a la muchacha de la mano y se la llevó consigo a su casa. La vieja la cuidó como si fuera su hija. Le enseñó las labores de casa y más de lo que ella misma sabía, hasta el punto de que la muchacha se convirtió en una señorita inteligente, espabilada y con la que se podía contar.

–Ahora que ya eres una doncella responsable, te voy a dejar este manojo de llaves de todas las habitaciones que puedes abrir, arreglar, o disponer de ellas como te parezca. Pero de una no: hay una que no debes abrir por ningún motivo. No debe ser abierta nunca.

Le señaló cuál era, y se dio media vuelta.

Cada día se iba la vieja a hacer sus labores. Y la muchacha, en casa, barría, lavaba, fregaba, quitaba el polvo y cumplía todo lo que el cuidado de casa exige.

Hasta que llegó el día en que, mientras estaba barriendo, escuchó una especie de gemido. No hizo caso, pero el gemido se repitió, y le pareció que llegaba de la habitación que no debía abrir.

Se acercó y pegó el oído a la puerta. No había duda: de allí venia el gemido, y era ciertamente el de un ser humano. Se quedó perpleja. El ruido venía de detrás de la puerta que no debía abrir; y tenía un tono de sufrimiento.

–¿Qué es lo que hago yo ahora? –se dijo–. ¿Abro? ¿No abro? ¿Abro? Pues abro, y que pase lo que tenga que pasar.

Abrió la puerta y esperó unos segundos, hasta que se acostumbraron sus ojos a la penumbra. Avanzó con sigilo y algo de miedo. Unos pasos adelante vio lo que hubiera preferido no ver: un hombre tumbado en el suelo, con una piedra grande, con una roca más bien, puesta encima y a punto de morir. A su lado, su yegua, también abandonada, sin pienso y sin agua, parecía que agonizaba.

Con dificultad, y también con un poco de ingenio, quitó la roca de encima del joven, le dio a beber, hizo lo mismo con la yegua y se quedó mirándolos.

De pronto se acordó de las instrucciones de la vieja. Corrió a la cocina, tomó algo de comida para el hombre y para su montura, se los entregó y se retiró, cerrando la puerta tal como estaba.

Pasaron unos cuantos días. El joven recuperó una parte de sus fuerzas, y su montura igual. Así que un día en que la muchacha, todavía en ausencia de la vieja, le trajo algo para su sostenimiento, le dijo:

–Tarde o temprano la vieja va a enterarse, así que lo mejor es que nos escapemos cuanto antes. Si es ahora, mejor que mejor.

Sin cruzar una palabra más, tomaron todo aquello que pudieran necesitar para su viaje, y se marcharon.

En el momento justo de cruzar la puerta la vieja entraba y se puso a gritar:

–¡Traidora! ¡Quieres escaparte con él! ¡Pues vais a ver!

Se puso a correr tras ellos. Pero como la vieja era incapaz de alcanzarlos, echó su maldición sobre el joven y le dijo:

– Pájaro te quedarás un año entero.

Tras pronunciar aquellas palabras, entró en la casa y cerró la puerta.

Fue decirlo y convertirse el muchacho en un ave grande y empezar a volar. La muchacha se vio abandonada, sin poder regresar por miedo al castigo de la vieja, y sin tener adonde ir.

Pero el hombre, o el pájaro, se quedó revoloteando por allí. Descendió y le dijo a la muchacha:

–No te quedes por aquí. Sígueme. Yo volaré por el aire y tú me seguirás por abajo, hasta que veas en qué lugar me poso. Ese lugar será mi casa. Llama y diles que llegas de parte mía.

Emprendieron el viaje, cada uno por su senda: ella por abajo y él por arriba. Hasta que el ave se posó sobre el muro de una casa. El ave alzó el vuelo otra vez, y ella llamó a la puerta.

Le abrieron y le preguntaron qué era lo que quería. Y ella dijo que venía de parte de Yusuf.

–¿De Yusuf? –dijeron–. ¿Y dónde está Yusuf? Toda la ciudad está de luto por él. Todo está negro. Nadie se casa ni celebra ningún festejo, y tú ¿vienes diciendo que llegas de su parte?

La pobre muchacha les contó todos los detalles de lo que hasta aquel mismo instante le había sucedido, pero no la creyeron. Le dieron una paliza y la encerraron en una habitación.

Por la noche llegó el pájaro volando y preguntó a la muchacha si sus padres le habían recibido bien. Se puso la pobre a llorar y a quejarse:

–Yusuf, me gritaron; Yusuf, me insultaron; Yusuf, me trataron de mentirosa y de tramposa; Yusuf, estoy cansada, estoy hambrienta, estoy sin poderme cubrir bien.

El pájaro la escuchó, la escuchó y se marchó volando.

Así, noche tras noche, acudía a preguntarle:

–Lisa, ¿cómo te han recibido los míos?

Y ella a contestar llorando y quejándose. Hasta que se cumplió el año. Terminó entonces aquel maldito encantamiento, él recuperó su aspecto normal y pudo regresar a casa.

Sus padres y toda la familia le recibieron con alegría, con albórbolas y cantos. Tras bañarse y quitarse el polvo del camino –como se dice–, y tras descansar y ponerse una vestimenta nueva y limpia, se sentó entre los suyos y miró a su alrededor, sin poder ver a la muchacha.

–¿Y dónde está Lisa? –preguntó.

–¿De qué Lisa hablas?

–¡La muchacha que os envié!

Le contaron qué era lo que había sido de ella. Muy dolido, les hizo muchos reproches y les dijo que

–Es ella la que me ha liberado. A ella le debo la vida. ¿Dónde está?

La sacaron de su mísero encierro, la bañaron, la vistieron y le dieron buenas comidas y la cuidaron hasta que la mujer recuperó su salud, sus fuerzas y hermosura. Él pidió su mano y empezaron los preparativos de la boda.

El regreso de Yusuf, sano y salvo, devolvió a la casa y a toda la ciudad su normalidad, sus sonrisas y sus juegos y entretenimientos. Los habitantes volvieron a pintar sus casas con colores alegres, a orga-

nizar festejos y a participar en las fiestas y en la boda de Yusuf.

Durante siete días y siete noches,
que nadie coma ni beba
más que en casa de Mhamed, el hijo del sultán.

Se casaron, tuvieron hijos y vivieron felices.

Y yo me he ido,
les he dejado,
sin haberlos
jamás mirado.

EN BUSCA DEL PÁJARO ESMERALDA

No hay otro Dios que el Señor, y quien tenga pecados, que solicite clemencia de Dios.

Primer huf, segundo huf, tercer huf. Primer huf: está loco quien niega su linaje si su padre es conocido. Segundo huf: no hay otra oveja que la que tiene lana. Tercer huf: loco está quien se casa con otra y deja a su prima.

Se cuenta de un sultán que solía salir con su visir por la noche, para inspeccionar la ciudad y sus habitantes. Pero cada vez que decidía salir, daba la orden de que se apagasen todas las luces y de que nadie se atreviese a encender ni siquiera una vela.

En una de aquellas noches de inspección, tres muchachas que vivían solas y velaban hasta tarde, trabajando, se quedaron a oscuras. Hasta que una de ellas dijo:

–¿Es que va a ser el sultán el que nos dé de comer, si no hacemos nada? Vamos a encender la luz y a seguir hilando y bordando.

Eso es lo que hicieron, y entre el hilar y las charlas, una dijo:

–Si un día yo me casara con el sultán, le prepararía alguna especie de sopa que él nunca hubiera probado.

–Pues –dijo la otra– si yo me casara con el sultán, le prepararía un *ftat*[7] que iba a chuparse los dedos.

La más joven dijo:

–Pues si yo me casara con él le daría tres hijos, dos muchachos y una muchacha, cuyos cabellos fueran de plata y oro. El pelo de los varones, de plata; y el pelo de la muchacha, de oro.

Resulta que el sultán estaba haciendo su ronda y, atraído por la luz, que era una prueba flagrante de que alguien le desobedecía y no aplicaba sus órdenes, se acercó a la casa para averiguar qué era lo que estaba pasando, y hasta allí le llegó toda la conversación. No supo reaccionar al momento, pero por la mañana llamó a su gobernanta, le dio la dirección de la casa y le dijo de fuese a pedir la mano de la mayor de las muchachas.

Como nadie podía *torcer el bastón en su mano* se cumplió todo conforme a sus deseos. Fue pedida la mano, se hicieron los preparativos y durante la noche del viernes envió el sultán la carroza para llevar la novia al palacio.

Se casaron, y al cabo de dos o tres semanas, él le dijo a su esposa:

–¡Anda! Prepárame la sopa que decías.

–Con mucho gusto –respondió ella.

Y arremangándose los brazos y poniéndose manos a la obra, preparó lo que había prometido sin tomar la precaución de echar la sal. El resultado fue que ninguno de

[7] *Ftat*, guiso de pasta fresca y carne, con una salsa.

los convidados que probó una cucharada no quiso probar una segunda.

El sultán se sintió extrañado. Preguntó al visir qué era lo que pasaba, y él se lo explicó. Tomó una cuchara, probó la comida y sintió que era peor que el agua del mar. El sultán se puso furioso. Se dirigió enfadado a sus aposentos y allí descargó toda su cólera contra la pobre mujer: gritos, insultos, demandas. Y, para acabar, empujones y arrojar a la desgraciada al sótano, con la orden de que no la dejasen salir de allí.

El tiempo, como suele decirse, da al traste con todo, incluso con el enfado y el disgusto del sultán. Cuando todo se le olvidó, llamó a su gobernanta y le hizo el encargo de que pidiese la mano de la segunda hermana de la miserable aquella.

La gobernanta obedeció, cumplió los requisitos que había que cumplir, fue preparada la novia y, en la noche del viernes, la carroza la llevó al palacio en el que se celebró la boda. Y se acostaron ya marido y mujer.

Igual que hizo con respecto a su hermana, el sultán dejó pasar un tiempo antes de pedirle que preparase el *ftat* prometido.

–Pero si no era una promesa –dijo ella–. Era solamente una manera de hablar y de entretenerme durante el trabajo.

–¿Cómo? –Explotó él, enfadadísimo–. ¿Pasar el rato a costa del sultán?

Le trató como le correspondía, y la envió al sótano con su hermana.

Pasó un tiempo y se casó con la tercera hermana. Pero la promesa que había hecho no dependía solo de ella: solo Dios podía hacer que se cumpliera.

Una primera buena señal fue que se quedó embarazada. Lo único que se podía hacer era esperar.

A sus hermanas, que seguían prisioneras y abandonadas en aquel sótano, les iba a visitar aquella mala vieja llamada *Asuset essetút* que, como tenía por costumbre, *encendía el fuego y decía de dónde salía aquel humo.* No dejaba de llenar la cabeza y el corazón de las prisioneras de celos y envidias contra su hermana, quien, como iba a dar hijos al sultán, se iba a convertir en su favorita para siempre. Pero al mismo tiempo se las arreglaba para tranquilizarlas, y para decirles que dejasen todo en sus manos, y que ella sabría cómo actuar.

La tercera hermana, la embarazada, andaba también preocupada; temía que el marido le arrebatase a los niños. Se sinceró con la matrona que se ocupaba de vigilar y seguir su embarazo, ya que era la única persona en quien podía confiar.

La vieja le tranquilizó y le prometió que actuaría del mejor modo posible cuando llegase el momento. Llegó la hora y la mujer rompió aguas, de modo que la comadrona fue convocada de modo urgente. La señora no tardó en llegar. Se presentó con una caja que ni soltaba ni dejaba que nadie la tocara, ya que en ella, dijo, llevaba una serie de co-

sas que no podía dejar en su casa, no fuera a ser que viniesen ladrones o intrusos.

Empezaron los dolores, pero la pobre mujer pensaba más en cómo le estaría yendo a su criatura que en ella misma. La matrona la tranquilizó y le pidió no pensara demasiado en aquello, y que ayudara a que todo saliera bien.

Dio a luz conforme a sus deseos: dos varones y una hembra. Tres bebés realmente hermosos. La comadrona tenía, en su caja, tres perrillos, y cuando sacó a los bebés, los escondió, y ensució a los cachorros con sangre.

Cuando terminó el parto, salió a ver al padre y él, ansioso le preguntó qué criatura había nacido. La vieja bajó la cabeza y dijo:

–No puedo decírselo, señor.

–¿Cómo que no puedes decírmelo? ¿Ha dado a luz o no?

–¡Sí!

–Y entonces, ¿qué?

–Pues que no puedo decírselo.

Que si sí, que si no, cuando vio que el marido estaba ya fuera de sí, bajó la vista y le dijo:

–¡Pues es que son tres perrillos, señor!

–¿Qué? ¡Perrillos! ¡Ahora engendro yo perros! ¿Es que yo soy un perro? Se va a enterar esta maldita.

Se lanzó hacia el lugar en el que estaba su esposa. Las mujeres intentaron apaciguarlo, pero sin resultado alguno. El hombre aquel parecía un animal herido. Entró en la

habitación y desde fuera no se oyeron más que gritos, improperios y lamentos. Salió de allí furioso, y a voz en grito dio orden de que la encerrasen en el sótano, con sus otras malditas hermanas.

Las hermanas la recibieron dando muestras de cariño. Le prepararon un lugar en el que pudiera reposar, la taparon y se quedaron a la espera de lo que el destino les deparara.

La vieja comadrona esperó a que saliera el sultán y, tratando de evitar miradas curiosas, sacó de allí a los tres recién nacidos y se marchó corriendo a su casa.

Como ella no tenía familia, la buena mujer abrazó con amor y cuidado a las tres criaturas. Y de vez en cuando acudía a visitar a la madre y, sin que nadie la escuchara, la tranquilizaba y le daba noticias de sus hijos.

La otra vieja, la mala e intrigante, *Asuset essetút,* no dejaba, ella también, de visitar a las hermanas y de hacerles promesas de ayuda.

Y de ese modo fue transcurriendo el tiempo. Día tras día, noche tras noche, cada uno cargando su destino sobre sus espaldas.

Las tres criaturas iban creciendo a ojos vistas, bajo los cuidados de la comadrona. Ella les puso bajo el estudio y la educación que correspondía a su linaje, y de ese modo consiguió que estuvieran muy bien educados. Por ironías del destino, cuando acabaron sus estudios les fue ofrecido trabajo en el palacio, cerca de su padre, quien, al notar lo serio y responsable de su comportamien-

to, les tomó el mismo cariño que si fueran sus hijos.

Pero los celos y la envidia empujan, y siempre es así, a cometer actos imperdonables. Los funcionarios de la administración, viendo el trato de favor que el sultán daba a aquellos jóvenes, temieron salir perjudicados, y se pusieron a conspirar contra aquellos que tenían por favoritos.

Mientras, en el sótano, las hermanas cautivas, que estaban informadas de las argucias de la comadrona, sentían también temor de que el sultán se entera de la existencia de sus tres hijos, y de que volviera a acoger a la madre en su palacio y en sus brazos. La vieja *Asuset essetút* les tranquilizó y se puso a hacer planes en contra de los hermanos.

Sin pérdida de tiempo, preguntó por la casa de la joven hermana de los dos muchachos del sultán, y allí que se presentó. Llamó a la puerta, le abrió la joven misma, y cuando la vio se puso a decir:

–En nombre de Dios omnipotente, y que la paz sea con su enviado, ¿me podrías dar un vaso de agua, hija mía? Es que estoy cansada y muerta de sed.

–Entre, señora –le dijo la muchacha–, y tómate tu tiempo para descansar.

Entró y, como tenía *una lengua que hilaba la seda,* empezó a decir:

–No solo la damisela es hermosa y buena, sino que la casa también lo es. ¡Qué limpieza, qué orden, qué lujo!

No terminaban sus expresiones de admiración.

–¿Vives sola, hija mía? – preguntó la vieja.

–No –contestó la muchacha–. Vivo con mis hermanos, quienes trabajan en el palacio.

–Qué suerte. Haga Dios que dure vuestra prosperidad y felicidad. Seguro, por lo que veo, que tus hermanos te quieren mucho. Deberían traerte *ettufféh el-li ifúh / wi irud errúh lirrúh,* "las manzanas aromáticas / que devuelven al alma su alma".

Allí le dejó la insinuación de aquel veneno. Le dio las gracias y se despidió. Apenas se fue de allí la vieja, la muchacha empezó a cavilar en lo que le había sugerido, y al cabo del rato aquella idea se le había metido tanto en la cabeza que se sintió triste y se echó a llorar.

Cuando regresaron los hermanos del trabajo, la encontraron en un estado que daba pena.

–¿Qué es lo que te pasa, hermanita? – le preguntaron–. ¿Qué es lo que te tiene triste?

Al principio les dijo que no le pasaba nada. Pero como la conocían y sabían a ciencia cierta que algo le pasaba, insistieron hasta que les dijo qué era lo que deseaba.

–¿Y de dónde vamos a traértelas?

–Pues habrá que encontrarlas.

El hermano mayor la tranquilizó, le pidió que se levantase y le prometió que iría en busca de lo que ella deseaba, costase lo que costase.

Habló con su hermano y, con la decisión ya tomada, pidió permiso para ausentarse del trabajo, hizo todos los preparativos y se puso en marcha con rumbo a lo desconocido.

Anduvo, anduvo, anduvo largas marchas de día y de noche, hasta que una mañana se encontró con un ogro que estaba tumbado *con uno de los labios colchón y el otro sábana,* y le dijo:

–¡Que la paz sea contigo, abuelo!

El ogro le respondió:

–Si no fuera por tu saludo,
No oirían las montañas
Más que el crujido de tus huesos.

–¿Por qué, abuelo?

–Por el hambre y por la sed.

Al instante le dio el joven alguna de sus provisiones al viejo ogro, quien le dijo después de que se las comió:

–Y *¿qué es lo que te trae al país de los ogros y de los espantos?*

–Pues ando en busca de las manzanas aromáticas.

–Pues hijo –le dijo el viejo–, quien te hizo esa petición no quiere que regreses.

–Pues aún así, tengo que encontrar esa fruta.

–Pues lo mejor es que vayas a ver a mi hermano, que es mayor que yo y, según es costumbre decir,

quien me lleva una noche
sabe una argucia más que yo.

Se despidió el viajero de aquel viejo y siguió su camino hasta que encontró al hermano. Le pasó con él como le había pasado con el primero. Al final le envió a donde estaba su hermana, que era la mayor.

–Cuidado –le había dicho el otro–. Cuando llegues, si la ves furiosa, con los pelos al aire, rugiendo, no te acerques. Escóndete. Si no lo haces así, estás perdido. Pero si la ves tranquila, cantando y moliendo, acércate, coge un poco de su molienda y trágatela, da un sorbo a la leche que tendrá delante y dile: "por tu harina y por la leche de tu hijo, te pido una gracia".

El viajero se despidió del ogro y, tras caminar y caminar durante días y noches, llegó hasta donde vivía la mayor de los tres ogros.

Cuando se acercó adonde estaba, la encontró más terrible de lo que le había dicho el hermano. Se escondió y esperó largo rato hasta que la oyó cantar.

Entonces se acercó, conforme a lo que le había aconsejado el hermano. Y ella le dijo:

–Te acompañará mi hijo.

"Un mocosillo de pocos años y escasos centímetros va a ser el que me lleve hasta allí", se dijo el joven, presa de la desesperación.

–Cuando llegues allí –siguió diciendo la mayor de los ogros, llévate el árbol. No ha-

bles, y si alguien te llama, no vuelvas la cabeza. Si no lo haces así, estarás perdido.

Le dio las gracias y siguió al crío aquel hasta el borde de un jardín. Con la mano le hizo una seña para que actuase. Lleno de miedo y de inquietud se metió en el jardín, se acercó al arbusto, lo arrancó y se dio media vuelta.

Apenas dio unos pasos cuando alguien que estaba detrás de él le llamó:

–Escucha: te has equivocado. Ese no es.

Pero, siguiendo el consejo que le habían dado, se resistió a volver la cabeza, o a detenerse siquiera. En vez de eso, apresuró el paso, y acabó casi corriendo.

Satisfecho por haberlo logrado, emprendió el camino de regreso, y no se olvidó de pasarse a dar las gracias a los tres ogros.

Volvió a casa. Su hermana, quien no dejaba de llorar en su ausencia, por temor a haberle mandado a la perdición, en cuanto lo vio se puso a hacer albórbolas, de tan contenta que estaba.

Al cabo de unos días la noticia llegó a oídos de las hermanas celosas, a quienes se lo contó la vieja maligna.

–¿Cómo? ¿Que ha vuelto? Pero si eso no es posible.

La vieja dejó que transcurriera algún tiempo y volvió a las andadas. Igual que la primera vez, llamó a la puerta de la joven, soltó con su venenosa lengua palabras de alabanza y admiración y al final dijo:

–¡Qué pena! A esta casa no le falta más que una cosa.

–¿Qué es lo que le falta? –preguntó la muchacha.

–Pues le falta *el pájaro esmeralda, que canta mientras sus alas le hacen de coro*.

–¿El qué, el qué? – preguntó la muchacha.

–El pájaro esmeralda –le dijo la vieja–. Si tus hermanos de verdad te quieren, debería traértelo como regalo. De ese modo tu casa sería en verdad como un pequeño paraíso.

Una vez soltó el veneno, aquella vieja del demonio se despidió y dejó otra vez a la joven dándole vueltas a aquella propuesta, que encerraba tan mala fe.

No se le iba aquella idea de la cabeza, lo que le puso enferma, triste, llorando sin que hubiera razón aparente.

Los hermanos se dieron cuenta de ello. Le preguntaron la razón o las razones por las que se encontraba en aquel estado, y por fin pudieron sonsacarle cuál era su deseo. Hicieron todo lo posible por disuadirla, pero ella, consentida y cabezota, se resistió tanto que acabó ablandando la resolución de sus hermanos, que siempre tenían presente que, puesto que le faltaba la madre, era a ellos a quienes les tocaba cuidarla.

Aquella vez fue el segundo hermano el que se ofreció a ir en busca del ave esmeralda. Hizo que le preparasen las provisiones y todo lo que fuera necesario para el largo viaje, sin olvidar los regalos para los ogros. Y *que sean pasos benditos*.

Tomó el camino de su hermano, tal y como este le ha aconsejado, e igual que él, pasó por donde estaba el primer ogro, y por donde estaba el segundo, hasta que llegó a donde estaba la hermana. Cuando le explicó por qué estaba allí y qué era lo que buscaba, contestó:

–Has de saber que tendrás que enfrentarte a un gran peligro, y que lo más probable es que no puedas regresar.

–Pues si ese es mi destino –dijo él–, que así sea.

La ogresa vieja hizo que le acompañase su hijo. Él fue su guía, y cuando llegaron al lugar al que iban, el joven se dirigió al pájaro y le dijo:

–¿Eres tú el ave esmeralda?

La respuesta que recibió fue un soplido que le dejó convertido en piedra.

En casa la preocupación por él aumentaba de día en día. La hermana no cesaba de llorar, puesto que el retraso de su hermano *ma ibashirsh biljir*, "no presagiaba nada bueno".

El hermano mayor, preso también de la preocupación, dejó que pasara algún tiempo y luego decidió salir en busca de su hermano.

Hizo los preparativos y, con la experiencia que ya tenía, tomó el camino que llevaba a donde estaban los ogros. Pasó, como había hecho antes, por el lugar en el que estaba el primero. Aquel le envió al segundo, quien a

su vez le mandó a la hermana, que era la única que podía ayudar.

Ella, cuando el viajero terminó la ceremonia del saludo, le dijo:

–Has venido detrás de tu hermano, sin duda.

–Pues así es –le respondió él.

–Te advierto –le dijo la mujer–, que el peligro es grande.

–No me importa –dijo él–. Debo encontrar a mi hermano y lo que él andaba buscando.

Pidió la mujer a su hijo que le acompañase. Y cuando llegaron adonde le indicó el hijo, se puso, sin *aayat balek,* es decir, sin "previo aviso", a gritar y a chillar, diciéndole al pájaro:

–Pero, ¿quién te crees tú que eres? Intentas convertir en piedra a todo el mundo, olvidando que hay fuerzas más poderosas que tú. Ten en cuenta que no eres más que un ave, y que hasta un niño tiene poder sobre ti.

Continuaron sus gritos, metiéndose con el pájaro hasta que lo hizo estallar en carcajadas incontenibles. Cuando cesó su risa, le dijo al joven revoltoso:

–¡Recupera la calma y acércate!

–¿Para qué? ¿Para que me conviertas en piedra? –le respondió el viajero.

–No, no es eso lo que voy a hacer; tú acércate.

Se acercó, y el ave le entregó una tinaja de agua y le dijo:

–Echa un poco de agua sobre aquella piedra. Es tu hermano. Al momento volverá a ser como era. Y haz lo mismo con las otras tres piedras. Luego tómame contigo y nos iremos.

El joven hizo tal y como le había dicho el ave. Y, como por arte de magia, que todo hay que decirlo, vio a su hermano ante él como si saliese de su aposento. Se abrazaron y subieron los dos sobre la espalda del ave, y a volar. Se detuvieron a dar las gracias a los ogros por su ayuda, y siguieron su viaje hasta llegar a casa.

La hermana colmó la casa de muestras de alegría, de gritos de satisfacción, de albórbolas, de risas y sonrisas, y abrazó a sus hermanos hasta que ya no podían más. Al cabo de la desesperación, de la tristeza y las lágrimas, volvió la normalidad y la alegría a la morada de los tres, con los caprichos de la jovencita ya satisfechos.

Los hermanos pudieron descansar de su largo viaje y, dando por terminada su aventura, volvieron a su trabajo. Pero antes hicieron a su hermanita el reproche de que hubiese escuchado y se hubiese creído, con excesiva ingenuidad, todo lo que le había dicho *Asuset essetút*, con su envenenada lengua, que no buscaba más que nuestra pérdida.

Las hermanas celosas que seguían en el sótano y los funcionarios del palacio se enteraron del regreso de quienes creían muertos, y con ellos se reavivaron las envidias y las preocupaciones.

Llegó por allí la vieja, y no se podía creer lo que había sucedido.

–Pero si yo les había enviado a una muerte segura –dijo–; les envié allí para que no volviesen.

–Pues han vuelto –le dijeron–, y con ellos han traído el ave esmeralda.

A los oídos del sultán llegó todo aquello. Pidió que le invitasen a escuchar el canto del pájaro esmeralda. Y, por supuesto, le dijeron que sería siempre bienvenido.

Se hicieron preparativos dignos de un huésped como el sultán: limpieza, adornos, incienso, flores. Todo lo que se merecía un visitante tan ilustre. Fue preparada una cena con unos cuantos platos suculentos y unos dulces exquisitos. Y, acabada la cena, todos los presentes se trasladaron a la sala de estar, donde había alfombras, colchones de gran comodidad, cojines de seda y un asiento especial y elevado para el sultán, más otro al lado para el visir.

Cuando todo estuvo listo, cada uno con su vaso de té en la mano y con los exquisitos pasteles delante, trajeron al ave, y el sultán le dijo:

–¡Anda! ¡Cántanos algo!

–Mi canto no es tan fácil de escuchar –respondió el pájaro–. No cantaré hasta que no traigan a las tres mujeres que están presas en un sótano de un palacio. Junto a ellas habrá que traer a la maliciosa *Asuset essetút* y a la señora *Qmaira,* la comadrona. Cuando estén todas presentes, cantaré con mucho

gusto. Pero a condición de que nadie, absolutamente nadie de los presentes, salga de esta habitación, ni para cumplir con una necesidad física siquiera, hasta que yo termine.

Se hizo como quiso el ave. Trajeron allí a las tres hermanas y a las dos viejas: a la mala y a la buena. Y el sultán volvió a pedir que cantase:

–¡Pero que nadie salga! –insistió el pájaro.

–Nadie saldrá. Anda, empieza.

Se puso el ave a cantar, declarando toda la historia del sultán que una noche salió a hacer su ronda de inspección, tras haber prohibido que encendiese nadie las luces, y que escuchó entonces las promesas que hacían las tres muchachas. Y, luego, cómo se casó con cada una de las tres, de manera sucesiva, más lo que sucedió después, los ataques de celos de las hermanas y las malicias y argucias de la vieja *Asuset essetút*, quien en los momentos anteriores había hecho el gesto de salir, aunque no le fue permitido. Y al final el encuentro cara a cara con el segundo hermano al que había visto tan armado de coraje y de valentía que aquello le convenció de que era hora ya de actuar para acabar con todas aquellas iniquidades. Eso es lo que dijo el ave.

–Desperté al otro hermano y nos vinimos aquí.

Cuando acabó su cuento cantado, se dirigió el pájaro al sultán y le dijo:

–Señor, esos dos hermanos son tus hijos, y esta hermosa doncella es tu hija. Y a tu esposa ya la conoces.

El sultán, sin pronunciar una sola palabra, se levantó.

Le dijo al visir que condujese a todos al palacio, y que mañana sería otro día.

A la mañana siguiente, a primera hora, llegó el cadí, se conformó el tribunal y las sentencias fueron tristes y alegres: a la vieja maliciosa aquello le costó la cabeza; y la comadrona que había cuidado y educado a los hijos del sultán se convirtió en la gobernanta de la sultana, y vivió con ellos en el palacio.

De ese modo quedaron todos felices.

Y yo me he ido,
les he dejado,
sin haberlos
jamás mirado.

EL PESCADOR AFORTUNADO

Érase una vez un pescador. Vivía solo. Cada día se iba al mar, echaba su red y no pescaba más que tres o cuatro peces. Los llevaba a casa y con ellos preparaba la comida y la cena, y daba gracias a Dios.

De ese modo transcurría, día tras día, una vida lenta y monótona, sin que el buen hombre lanzase ni una queja ni un lamento. Por el contrario, no dejaba de dar gracias a Dios por el bien que le otorgaba.

Un día se fue al mar, como era su costumbre. Echó su red y, cuando la sacó, se encontró los peces habituales, pero con un trocito de mármol cuyo aspecto le llamó la atención. Tal y como hacía siempre, sacó el escaso contenido de la red, puso el trocito de mármol junto a una ventana y preparó su cena, la comió y se acostó.

Se levantó al día siguiente a la hora de costumbre, se dirigió al mar y allí pasó su jornada pescando, para regresar con unos pocos peces. Tranquilo, paciente y satisfecho se dirigió a su casa. Pero, cuando llegó, no la encontró. O, mejor dicho, no la reconoció.

En la misma calle y en el mismo solar había una casa que no se parecía en nada a la casi chabola que él poseía. Lo que veía ante sus ojos era una casa nueva, o así lo parecía al menos, bien pintada, con una puerta

grande que tenía dibujos y relieves, dos aldabas que parecían de oro y un umbral hecho de mármol.

Se puso a dar vueltas por la calle, como si buscara algo que se le hubiera perdido. Volvió a ponerse delante de la casa, para observar mejor; se acercó para abrir la puerta o para llamar, pero no se decidía. Hasta que una voz que salía de dentro de casa le dijo:

–¡Entre, pescador!

Empujó la puerta y ¿qué es lo que vio? Pues que el suelo, desde el umbral hasta los dormitorios, estaba cubierto de alfombras de la mejor calidad.

–¡Entre, pescador, no se descalce, entre!

Entra hasta la habitación principal y, ¿qué es lo que ve? Pues a una señora hermosa, vestida con todo lujo, elegancia y buen gusto, adornada con joyas de oro y perlas, sentada en una silla adornada con oro y con otra silla a su lado, pero adornada con plata.

El pescador se quedó pasmado, confuso, sin saber qué hacer. Saludó:

–*Assalamu aaleikum*. (Que la paz sea contigo)

Entonces la mujer le devolvió el saludo:

–*Wa aaleikum assalam*. (y contigo sea la paz)

Le invitó a entrar y dio orden a una muchacha de que preparase el baño para el señor y de que le llevase la indumentaria apropiada para cambiarse. Como si estuviera

sonámbulo, el pescador hizo lo que le indicaban, sin tener la certeza de si estaba soñando o de si se encontraba en otro mundo.

Nuestro hombre se bañó, se puso sus vestidos nuevos y, una vez realizada su oración, dio las gracias al Señor y volvió al lugar en el que estaba la señora. Ella le invitó a sentarse, señalando con la mano la silla que tenía a su lado.

El pescador obedeció sin decir una palabra. Y una vez sentado, le dijo aquella señora que leyera la *fátiha*[8]:

–Ya que soy tu mujer, y solo falta la lectura y tu consentimiento para que se cumplan todos los requisitos.

Leyó la *fátiha* y expresó su consentimiento diciendo:

–Haga Dios que esta mujer sea mi esposa en este mundo y en el más allá.

Se quedaron charlando y tomando el té durante gran parte de la noche, para conocerse. Y luego se acostaron. Por la mañana desayunaron como pareja recién casada y, cuando estaba a punto de salir, le dijo su mujer que no fuera al trabajo, y le entregó un nuevo vestido: *yebba*[9] en seda *secruta*, *chechía*[10] con *cubbita*[11], calcetines finos, zapatos en *vernis*[12].

---

[8] *Fátiha*, primer capítulo del Corán.

[9] *Yebba*, túnica, la *gandoura* en francés que el tunecino se ponía por encima de todo para salir a la calle.

[10] *Chechía*, gorra en lana generalmente roja; es de origen andaluz.

Semejante más a un príncipe que a un pescador, salió a dar un paseo y a entretenerse con algún amigo en el café.

Pero resulta que el sultán de aquella tierra, que solía salir a contemplar y a vigilar como vivían y de qué manera se comportaban sus súbditos, lo vio y se sentó al lado de él; *que si esto, que si lo otro*, pues que le preguntó qué tal iba.

El pescador le respondió:

–Bien, como puedes ver, ¡gracias a Dios!

–¿Y de dónde ha salido todo esto? –le preguntó.

–Pues de la generosidad de Dios –respondió el pescador.

Continuaron su charla como buenos amigos y, a continuación, para pasar el tiempo, se pusieron a jugar al dominó. En una de las partidas apostaron que una oca asada la pagaría el perdedor.

Hicieron el encargo al acompañante del sultán, quien fue a hacer la compra y luego la llevó a la casa del pescador. Los dos habían seguido jugando, pero el sultán había notado la tardanza del enviado. A su regreso con la oca asada, el mensajero estaba maravillado hasta el extremo de que era incapaz de hablar. El sultán le preguntó la razón de

---

[11] *Cubbita*, una especia de cola formada por muchos hilos enrollados de seda negra, fijada en el centro de la chechía; cae detrás del cuello.

[12] *Vernis*, tipo de cuero negro y brillante.

su tardanza, y el pobre se puso nervioso y al final dijo:

–Le pido mil perdones, Señor, pero era más fuerte que yo.

–¿Quién era más fuerte?

–¡La mujer, Señor!

–¿Qué mujer?

–En la casa del pescador en la que prepararon la oca hay una mujer tan bella, tan hermosa, que le *dice a la luna: "sal o deja que salga yo"*. El pescador tiene una mujer, una esposa, no, más bien un ángel. La casa está como no se puede describir: limpia, ordenada; sus muebles, como si fueran de oro; hay alfombras de arriba abajo; todo bonito y hermoso. Pero es la mujer la que destaca por encima de todo. Me he quedado pasmado, con la boca abierta, sin poder apartar mi mirada de aquella criatura.

–Bueno –le dijo el sultán–, pues olvídalo y aprende a no querer poseer lo que no es tuyo.

El sultán mantuvo la apariencia, pero algo se empezó a mover en su interior: "¿Cómo? ¿Un pescador puede tener una mujer así, y yo, que soy el sultán, no?".

Cuando regresó a su palacio llamó a su visir y le dijo:

–Te toca a ti, visir: *encuentra una solución o tu cabeza volará.*

Se puso el visir a pensar y a pensar, y tras volver a pensar, dijo:

–Pídele, señor, que traiga un puchero tan grande que sea suficiente para poder

preparar en él la comida de toda la corte y que luego sobre.

Llamó al pescador, quien llegó a toda prisa, y al que se le comunicó el deseo del sultán. Y, como *la orden de los sultanes exige obediencia,* dijo que eso es lo que haría el pobre pescador, y volvió a casa triste y pensativo.

Su mujer, cuando lo vio, se dio cuenta de que algo no iba bien.

–¿Qué es lo que te pasa? –le preguntó–. ¿Por qué estás tan triste?

–Es que el sultán me ha pedido un puchero tan grande que quepa en él la comida de toda la corte y más todavía.

–Pues no te preocupes –dijo la mujer–; alegra esa cara y descansa, que mañana será otro día.

Cenaron tranquilos, se quedaron charlando y tomando el té hasta que se hizo muy de noche, se acostaron y por la mañana ella le dijo a él:

–Vete ahora adonde pescaste el mármol aquel, y di estas palabras tres veces: "tía *Rahmuna*"; saldrá mi madre; entonces pídele el puchero.

Se vistió y se marchó directamente adonde había obtenido el trocito de mármol. Hizo la llamada tres veces, y a la tercera le salió una señora.

Le preguntó:

–¿Qué es lo que quieres?

–Vengo de parte de su hija, quien le da recuerdos y le pide un puchero – respondió él.

La mujer desapareció un instante y, cuando volvió, le entregó un pucherito tal que, cuando el pescador lo vio, el mundo se oscureció delante de él. Recibió el puchero sin decir una palabra. La tía *Rahmuna* se despidió, pero antes le dijo que habría de llevar algún criado con él.

Llamó a uno de los sirvientes, le entregó el puchero y tomaron el camino de regreso. A medida que andaban, el puchero iba aumentando de tamaño. Cuanto más avanzaban, tanto más crecía el cacharro aquel.

El sirviente solo no podía con él, así que pidieron ayuda, y una vez llegados a la casa pudieron hacerlo pasar por la puerta de puro milagro.

Aquel mismo día lo pusieron a prueba. Guisaron en él la comida de toda la corte y, algo que ni el sultán ni su visir fueron capaces de entender, hubo comida suficiente y de sobra en el puchero.

El sultán, cada vez más dominado por los celos, la envidia y el deseo, llamó al visir y le ordenó que pusiese remedio a aquella situación. El pobre visir se rascó la cabeza, se puso a darle vueltas a todas las argucias que se le pasaron por el pensamiento, y al final le dijo al sultán:

–Pues pídele una alfombra que pueda cubrir todo el suelo del palacio. Vamos a ver si en esta ocasión la encuentra.

Llamó el sultán al pescador y le pidió la alfombra. Prometió el pobre hombre que haría lo que estuviera en su mano, y regresó a casa más triste que la vez anterior, como si cargara el mundo entero a sus espaldas.

Su mujer lo encontró triste y preocupado; se acercó a él y le preguntó qué era lo que le entristecía; le dijo que una vez más el sultán le había pedido lo imposible: quería ahora una alfombra que cubriera el suelo del palacio entero.

–*Dios hará de guía* –le dijo su mujer–; cena ahora tranquilo y mañana ya veremos.

Se levantaron al día siguiente, se asearon, rezaron, desayunaron y, cuando estuvo ya listo, su mujer le pidió que fuera a llamar a su madre y que le dijera que su hija le pedía una alfombra para jugar con su muñeca.

El pescador se dirigió al lugar de siempre, llamó a tía *Rahmuna*, y ella salió. Y él le comunicó lo que su hija le pedía.

Tía *Rahmuna* desapareció y luego volvió a aparecer con una alfombrita de muñecas que el pobre pescador recibió sin demasiada convicción. Se la metió en el bolsillo y se despidió dando las gracias.

Menos mal que estaba con él uno de los criados, porque aquel juguete se puso a crecer y a aumentar de tamaño a cada paso que daba, de modo que al llegar al palacio fueron necesarios varios criados para que se pudiera desplegar. Era aquello lo que deseaba el sultán.

Comieron juntos allí, y el pescador regresó a casa.

Pero el sultán no renunciaba a sus propósitos. Llamó al visir y le hizo entender que no se le pasaba por la mente la idea de renunciar a aquella mujer.

–Ya estás viendo –le dijo a su visir– que lo que has propuesto hasta ahora no ha sido un obstáculo para el pescador. Así que tendrás que encontrar una prueba que sea imposible de superar.

Después de darle muchas vueltas a la cabeza, con el temor de que podría perder la cabeza si volvía a fallar, el visir le dijo al sultán que pidiera un bebé que hablase. Aquello sí que era algo imposible, y jamás podría ser cumplido.

El sultán hizo llamar al pescador y le transmitió la orden que le había sido inspirada por su visir. Al escuchar la solicitud del monarca, el pobre pescador vio llegado su fin. "¿Dónde voy yo a encontrar un bebé como ese?", se preguntaba para sus adentros.

Con cara de entierro regresó a casa y, sin ni siquiera saludar a su mujer, se dirigió a su dormitorio y se dejó caer en la cama, llorando casi con la cara pegada a la almohada.

Su mujer dejó que descansase, y luego se acercó a él y, con cariño y dulzura, le preguntó la razón de tal tristeza. Él le explicó a su buena mujer lo que el sultán le había pedido aquella vez, y ella, con la tranquilidad de siempre, le rogó que no cargara con

aquella pena, que todo tenía solución y se iba a arreglar.

A la mañana siguiente, después del desayuno, le dijo:

–¡Marido querido! ¡Estamos de suerte! Hay un recién nacido por ahí no muy lejos. Ve a ver a mi madre y dile de mi parte que te entregue al bebé que nació anoche.

Llegó el pescador adonde siempre, llamó a la tía *Rahmuna* y, cuando ella salió, le dijo que su hija le rogaba que le diese al bebé que había nacido en la noche antes. Se lo entregó.

Él lo llevó consigo al palacio y, cuando entró el sultán, acompañado por su visir y por los demás de la corte, miró al bebé y le dijo:

–¡Habla, habla ya!

El recién nacido abrió la boca y le dijo:

–¿Qué es lo que quieres que diga? La culpa de todo esto la tiene su envidia. Nada de todo esto ocurriría si no hubiera sido por sus malas mañas. Así que hay que cortar la cabeza del sultán y que el pescador ocupe el puesto.

De ese modo perdió el sultán su trono y su cabeza, y quedó instalado el pescador en su lugar.

Y yo me he ido,
les he dejado,
sin haberlos
jamás mirado.

EN BUSCA DE UNA ESPOSA QUE NO SE TIRE PEDOS

Érase una vez un joven que, mientras paseaba, se encontró un trocito de mármol rojo. Le gustó, se la llevó, y al llegar a su casa le dijo a su madre:

–Mamá, yo quisiera casarme con una muchacha cuyas mejillas fueran rojas como este mármol. Quiero además una que no suelte gases ni cague.

La madre pensó que su hijo estaba bromeando. Pero no. Entonces le dijo ella:

–Pero, ¿cómo podría ser eso, hijo mío?

–Pues así es como tendría que ser –dijo él–. Quiero una que no se tire pedos y que no cague.

–¡Pero hijo! ¡Lo que estás pidiendo es un imposible! Los muertos son los únicos que son como tú dices.

La pobre madre, como fue incapaz de hacer que su hijo cambiase de opinión, salió en busca de la rara y preciosa pieza que exigía aquel muchacho tan consentido. Buscó en su barrio, luego en otro y después en otro, por supuesto que sin éxito.

Cuando volvió a casa le dijo a su hijo que no había encontrado lo que pedía.

–Pues tienes que seguir buscando –le dijo–, y seguro que lo encontrarás.

Como no podía hacer otra cosa, la madre volvió a salir a buscar lo que no existe.

El rumor de aquel raro capricho se extendió por todas partes y llegó al oído de una joven dama, lista e inteligente, que tuvo la idea de que había que dar una lección a aquel individuo tan caprichoso y presumido.

–Ya le enseñaré yo cómo encontrar eso que busca.

Dicho y hecho: se puso manos a la obra y pidió a sus familiares, amigas y vecinas que le avisasen cuando por allí pasara la madre de aquel bicho raro.

Sin perder ni un minuto se fue al retrete de su casa, lo limpió de arriba abajo, lo perfumó con incienso, trajo una alfombra y la extendió allí; y encima puso un colchón y cojines, de modo que aquel lugar parecía más un saloncito de estar que otra cosa.

Cuando le llegó la noticia de que la madre que andaba buscando por todas partes estaba en el barrio, se sentó en su nueva salita de estar, puso su bastidor delante y se puso a bordar.

Llamaron a la puerta. Era la madre de aquel medio loco que preguntaba si había muchachas en aquella casa. Le respondieron de manera afirmativa, de modo que pidió permiso para entrar. Y entró.

Saludos primero e intercambios de cortesía y expresiones de hospitalidad después. Después de aquello, se empezó a charlar en aquel saloncito. La visitante dejó pasar un rato, y entonces dijo que quería hacer sus necesidades.

La muchacha le preguntó:

–Pero, ¿qué es eso? ¿Qué es lo que quieres decir?

La madre le dijo:

–Que quiero ir al retrete.

–¿Al retrete? ¿Y eso qué es?

Dijo la pobre vieja:

–¿Es que tú no orinas?

–¿Qué es orinar?

–¿No sabéis lo que es?

–¡Pues no!

La pobre madre no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Se terminó su té y pidió que le permitiesen echar una mirada a la casa, puesto que le gustaba mucho.

Le fue permitido visitarla de arriba abajo, sin que encontrase rincón que pudiese ser utilizado como *beit erráha*[13]. Fue de un lado a otro por toda la casa, y al final preguntó una vez más:

–¿Y es que no tienen ustedes letrina o lavadero?

–Pues lo sentimos mucho, pero no sabemos de qué habla usted. No tenemos nada de eso; lo sentimos.

Bien satisfecha de haber dado con un pájaro tan raro, la madre corrió a dar la buena nueva a su hijo, que por fin tenía lo que pedía: una mujer como él deseaba, una mujer que no supiera lo que era un retrete y que no hubiera ninguno en su casa.

El hijo sintió gran alegría y rogó a su madre que pidiese la mano de aquella mu-

[13] Habitación o estancia de reposo. Eufemismo delicado de retrete.

chacha cuanto antes. De modo que la madre hizo la petición, dispuso todo lo necesario para los festejos y dio comienzo la boda, que duró varios días.

La noche de la *henna,* mientras estaban pintando las manos y los pies de la novia, ella pidió a su madre una escudilla para poner en práctica una astucia. Le trajeron el vaso, y ella puso dentro toda la comida que le dieron en aquellos días de fiesta, y tomó en cambio platos de habas, de judías, de coliflor que una de sus amigas le preparó.

La noche de la boda encargó a una de sus confidentes que pusiera el vaso debajo de la cama nupcial. Llegó la noche esperada. Con música, cantos y albórbolas condujeron la novia a su dormitorio, y después de instalarla, acompañaron al novio, también con música y cantos, y le introdujeron en la habitación nupcial en la que su novia le esperaba.

Se tomaron el *charbet,* la bebida especial que se intercambian los novios para que su vida sea dulce. Se sentó ella al borde de la cama y empezó a quitarse el velo.

El novio se acercó y, antes de que llegase a sentarse a su lado, ella suelta uno:

–¡Bum!

El novio, extrañado, preguntó:

–¿Qué es eso?

–Es –dijo ella–, *Mesaúd* que quita la capa a su señor.

El novio no dijo nada. Al cabo de un ratito soltó otro:

–¡Bum!

–¿Qué es eso? –preguntó otra vez.

Ella le dijo:

–Es el *Mahbato* que quita a su señor su zapato.

Pasó un rato más, y ella volvió al ataque:

–¡Bum!

–¿Y eso qué es? –preguntó el hombre.

Ella le dijo:

–Eso no es nada: es el cañón de la Heda, que prepara a su señor la almohada.

Hasta aquí llegó la paciencia. Al novio le dio un ataque de furia, se puso a hablar, más bien a gritar y mostrarse fuera de sí, como si estuviera loco. Dijo:

–Esta que no conocía lo que es un retrete ni lo que es un pedo no para de soltar gases.

Con astucia, caricias y halagos la novia le tranquilizó y se pusieron los dos a charlar y a conocerse mejor, hasta que el sueño empezó a pedir sus derechos. Se acostaron ya como marido y mujer.

Cuando el hombre se quedó dormido se levantó la mujer, sacó el vaso con la comida ya podrida y, sin que el durmiente se diera cuenta, se la echó entre sus piernas. A continuación se sentó al borde de la cama y se echó a llorar hasta que el marido escuchó su llanto y levantó la cabeza. A medias despierto, le preguntó a la llorona:

–¿Qué es lo que te pasa ahora? ¿A qué viene esto?

–Pues es que tu madre y tus hermanas me han ofendido y se han burlado de mí.

–¿Por qué? ¿Qué es lo que te han dicho?

–Me han trataron de pedorrera y de esposa del cagadero.

–¿Y qué les has contestado tú?

–Pues les he dicho: si yo soy pedorrera, mi marido es el que lo huele, y si mi marido es cagadero, yo soy la que lo limpio.

En ese momento el marido, que había sentido que tenía manchado su pijama, le dijo:

–Pues si es así, ven y límpiame, y que todo esto se quede entre nosotros.

Se levantó la mujer, limpió todo lo que su marido había creído que eran sus excrementos y guardaron silencio durante algunos días, sin sacar aquel tema de conversación hasta que las cosas fueron poco a poco poniéndose en orden.

Aprovechó la mujer un momento en que su marido estaba de buen humor y comunicativo y le dijo:

–Pero ¿tú estabas en tu sano juicio o estabas loco cuando pediste una mujer que no puede existir? ¿O es que acaso querías un ángel?

Le contó entonces todo lo que había hecho para engañar a su madre, y lo que le había hecho a él.

Se alegró de ello el marido, besó a su mujer y le dijo:

–Que Dios haga que seas mi esposa en esta vida y en el más allá.

Y yo me he ido,
les he dejado
sin haberlos
jamás mirado.

LOS HERMANOS QUE RESULTÓ QUE ERAN PRIMOS Y SE CASARON

Se contaba *en los viejos tiempos y en las pasadas épocas y momentos* acerca de dos hermanos que vivían solos; no tenían parientes ni amigos; con lo único que contaban era con la *cara del Altísimo*.

Su vida transcurría lenta y monótona. Pero sí, trabajaban y estaban en paz. Hasta que un día dijo uno:

–¡Hermano! Creo que ya es la hora de que formemos dos familias.

–Tienes razón –respondió el otro–. ¿Hasta cuándo íbamos a quedarnos solteros?

Pues dicho y hecho. Decidieron pasar de la decisión a la práctica. Pero no tenían idea de por dónde empezar. Había que entrar en contacto con la gente, enterarse de quiénes tenían hijas en edad de casarse, elegir la o las que mejor convinieran y pedir sus manos. Pero todo aquello ellos no sabían ni podían hacerlo.

Se quedaron cavilando hasta que uno dijo:

–Hermano, se me ocurre una idea.

–Dime –respondió el otro–.

–Pienso –dijo el primero–, que la única que nos puede ayudar es esa señora anciana, doña Funa que siempre nos saluda y nos dice algo agradable. Creo que si le explicamos

nuestro proyecto y le pedimos ayuda no nos dejará tirados.

–Estupendo –exclamó el hermano–. Esa es una idea que vale una fortuna. Es lo que más nos conviene hacer para poder llegar adonde nos proponemos.

No perdieron tiempo. Al día siguiente, cuando terminaron su trabajo, volvieron a casa, se quitaron los monos de faena, se bañaron, se pusieron ropa limpia, tomaron las frutas que habían comprado para llevárselas y salieron para hacer una visita a aquella buena señora.

Pero cuando estaban ya en la calle cayeron en la cuenta de que no sabían dónde vivía. A punto estaban de regresar a su morada, cuando uno dijo:

–Como, por suerte, me acuerdo de su nombre, podríamos preguntar.

La pregunta es el guía del perdido, dice el refrán.

Así que uno de los hermanos se acercó a un grupo de muchachos que estaban jugando en una plazuela y preguntó, dirigiéndose al que consideró mayor o más espabilado.

–Perdonadme, jóvenes, si os interrumpo. Ando buscando la casa de doña Funa. ¿Alguno de vosotros la conoce?

El muchacho le respondió:

–¿Y quién no la conoce? Es la mujer más conocida y la más querida del barrio. Toma el primer callejón a la derecha, y la segunda puerta es la suya.

–¿Sabes si estará en casa a estas horas?

–Seguro que sí. Hemos visto que regresaba hace una horita.

El señor repitió las excusas por haberlos molestado, les dio las gracias y regresó adonde estaba su hermano. Se dirigieron los dos a la casa que el muchacho les acaba de indicar, y delante de la puerta se detuvieron, como si no se atreviesen a llamar.

Entonces el mayor de los hermanos agarró la aldaba y llamó. A los pocos instantes abrió la puerta la señora y, antes de que los hermanos terminasen el saludo, les rogó que entrasen.

–Perdónenos –dijo el mayor–, por venir a molestarla. Pero como no tenemos a nadie conocido ni en quien confiar, hemos pensado que la única que nos puede ayudar es usted, Ummi Funa, ya que siempre nos saluda, nos sonríe y nos dice palabras agradables.

–Pues habéis hecho muy bien, hijos míos. En esta vida que dura tan poco no hay nada mejor que portarse bien con los demás y ayudarse mutuamente. ¿Queréis un vaso de té? No tengo otra cosa, ni una galleta para acompañar siquiera.

–Muchas gracias, Ummi Funa –dijeron los dos a la vez–; no queremos causarle ninguna molestia.

Les sirvió el té y les dijo con una sonrisa:

–Pues ahora decidme en qué os puedo servir.

Con gestos y miradas los dos hermanos pretendían que tomase la palabra el otro. Hasta que la anciana dijo:

–Sabréis, seguro, que la primera palabra es siempre para los mayores. Así que aquel de vosotros que haya nacido el primero, que hable.

Animado de ese modo, el mayor le explicó la razón por la que habían ido a molestarla. Se puso la buena mujer bien contenta, les dijo que ya era hora de que hubiesen tomado aquella decisión, que ella siempre que les veía se preguntaba por qué no estaban ya casados, y les prometió que haría todo lo que pudiera para cumplir con sus deseos del modo mejor posible.

–Además –dijo–, mañana mismo daré el primer paso; si todo sale bien, es que Dios os va a cubrir con su misericordia. Conozco, en el barrio de al lado, a dos hermanas, huérfanas y solas ellas también, de las que hasta ahora nadie ha podido decir nada malo.

Los dos hermanos se sintieron satisfechos y esperanzados, entregaron a Ummi Funa algo de dinero para los gastos que se derivasen de su labor, le dieron las gracias y se marcharon contentos de haber dado aquel primer y difícil paso.

La señora no perdió el tiempo. Al día siguiente se levantó tan temprano como de costumbre, se arregló, se echó encima su

sefsari[14] y marchó a la casa de las dos hermanas. Fue tan bienvenida como de costumbre. Ella les explicó la razón de la visita y ellas dejaron la decisión sobre lo que convenía hacer en mano de *Ummi Funa*, a quien consideraban como la madre que ya no tenían.

En unos cuantos días se hicieron los preparativos de la boda y todos se casaron. En el primer mes las mujeres quedaron embarazadas.

Tal y como se suele decir: *primer mes, segundo mes, tercer mes, y el noveno rota está su espalda*; nuestras hermanas dieron a luz.

Una tuvo un hijo y la otra una hija. Pasaron los años en paz y tranquilidad. Los hijos crecieron estudiando, hasta que un día se sintió el mayor de los hermanos un poco cansado, lo que le hizo pensar en la muerte y en el futuro de los hijos. Se reunió con su hermano y las esposas y les dijo:

–Sabéis que no dura eternamente más que Dios el omnipotente; esta vida no dura para nadie y la muerte *káina witkún,* "ha sido y será". Personalmente, empiezo a sentir el peso de los años y quisiera exponeros aquello en que pienso. Tenemos dos hijos y, gracias a Dios, nos han salido como él quiere y ordena. Creo que es nuestra obligación pensar en su porvenir antes de que nos marchemos a la otra vida. Para lograr eso, me parece que sería una garantía más si unimos

[14] *Sefsari*, pieza de tela blanca, de seda o de lana fina, que las mujeres se ponen en ocasiones encima para salir de casa.

a nuestros hijos en matrimonio, y de ese modo podremos morir tranquilos con respecto a ellos.

Los padres y las madres encontraron que la idea era conveniente y la aprobaron sin discusión. Y, sin dejar que se perdiese más tiempo, llamaron al cadí y a los testigos. En un ambiente familiar se escribió el *Sadaq*, el contrato de matrimonio, y lo guardaron en el fondo de un baúl que tenían reservado para meter en él lo que dejaran a sus hijos para el futuro.

Vaya tiempo y venga tiempo, y uno de los dos hermanos se marchó al más allá. *Tiempo va y otro viene*, y murió el otro hermano, mientras que los hijos iban creciendo y estudiando del modo natural. *Vaya tiempo y venga tiempo*, enfermó una de las madres y no tardó en entregar su alma al creador. Luego se fue la otra también, y el muchacho y la muchacha se quedaron solos.

El joven, consciente de su responsabilidad, se buscó ocupación, y de ese modo empezó a trabajar por la mañana y a estudiar por la tarde. Su prima abandonó los estudios y se consagró a cuidar de la casa y de lo que exigía.

Corrieron los días, las semanas y los meses sin que por su vida asomaran los problemas. Hasta que un día el muchacho se sintió algo enfermo y con un poco de fiebre. No fue ni al trabajo ni a la escuela, y se quedó en cama. Varios días estuvo ausente, de

modo que compañeros y maestro acabaron echándole de menos.

El maestro preguntó por él, pero nadie tenía noticias suyas. Encargó a uno de sus compañeros que fuese a ver lo que le pasaba, y eso es lo que hizo.

Llegó adonde estaba su amigo, le dijo que andaban todos preocupados, empezando por el maestro, y que

–Es él el que me envía para saber de ti.

El muchacho le explicó que no tenía nada grave, que todo era un malestar pasajero que estaba empezando ya a desaparecer. Le dio las gracias, a él y a todos, y se quedaron charlando. Mientras el amigo se tomó un café que le sirvió la hermana ¿o prima? Cuando la vio, el chaval se quedó boquiabierto, casi sin aliento, por lo guapa que era.

A la vuelta a la escuela, informó a todos de que el compañero estaba bien y de que no tardaría en venir. Sobre la marcha les habló de su hermana, de lo hermosa y buena que era, de que tenía una belleza nunca vista, que era era, como se suele decir, *gamret arbatásh*, es decir, como la luna llena.

Al oír aquello, al maestro le entró curiosidad y deseo, y se dijo para sus adentros: "este alumno tiene una joya y yo no lo sabía. ¿Quién mejor que yo a merece? Tengo que ser yo su poseedor".

La idea y el deseo iban creciendo en su interior, y tomó la decisión de hablar con el estudiante en cuanto volviera. A los dos o tres días se reintegró el muchacho al trabajo

y a los estudios, y la vida volvió a ser como era antes. Pero el maestro no dejaba de rumiar la idea que le estaba quemando las entrañas.

Hizo un aparte con el alumno y le dijo:

–Me parece que tienes una hermana guapa y con muchas cualidades.

–Sí –respondió el joven.

–Si te pido su mano, ¿consentirás?

–Por mi parte es tuya. No creo que yo pudiera encontrar ningún marido mejor para ella. Pero tengo que preguntarle a ella, y ver qué es lo que dice.

–Pues pregúntale, y cuanto antes mejor.

–De acuerdo –dijo el joven.

De vuelta a casa, reveló a la hermana el deseo del maestro y le pidió su opinión. Ella dijo que no sabía nada acerca de los hombres, y que lo que el hermano creyera conveniente ella lo aceptaba de todo corazón.

Al día siguiente le preguntó el maestro si su hermana había aceptado ser su mujer, y él respondió que sí:

–Cuando pasen unos cuantos días hablaremos del cómo y del cuándo.

De vuelta a casa después de descansar y comer, le dijo a su hermana que, puesto que dentro de poco habría de trasladarse a su nuevo hogar, era hora de abrir el baúl que contenía aquello que les habían dejado sus padres, para separar lo que ella debería llevar consigo.

Abrieron el baúl y empezaron a sacar el contenido: las cosas de mujeres eran para ella, y las de hombres para él; hasta que, debajo de todo, en el fondo, encontraron un sobre sellado. Intrigados, lo abrieron, y el muchacho se puso a leer. Mientras leía su cara fue cambiando de expresión; su mano empezó a temblar, y la muchacha, que le observaba, no dejaba de preguntarse por qué sería. El joven, contento y sonriendo le dijo:

–Tú no eres mi hermana; no somos hermanos.

–¿Qué? –dijo ella–. ¿Cómo que no somos hermanos?

–Toma, lee.

La muchacha leyó y dijo:

–Si esto es un *sadaq*[15]. ¡Somos primos; estamos casados!

Se abrazaron llenos de contento, porque de ese modo no tendrían que separarse, y empezaron a hacer planes sobre qué pasos habría que dar para poder celebrar la boda. Al día siguiente, muy temprano, él se fue de compras; invitó a uno o dos de sus compañeros de trabajo, y volvió a casa para bañarse y cambiarse. Ella arregló mientras la casa y se arregló ella misma, preparó té, café, dulces y refrescos, e invitó a las pocas vecinas que tenían.

Por la tarde llegaron los invitados, quienes fueron recibidos como era debido. El joven mostró el contrato de matrimonio a sus amigos, y empezó la fiesta para aque-

[15] *Sadaq*, contrato de matrimonio.

llos pocos invitados. Cuando se puso el sol y empezó a oscurecer, los huéspedes se despidieron deseando toda la felicidad a los novios, y estos cenaron y se acostaron juntos, ya como marido y mujer.

Pero las noticias vuelan más rápido que el viento, y aquella llegó hasta los oídos del maestro que tenía sus esperanzas puestas en casarse con la muchacha.

–¿Cómo? –dijo rabioso–. ¿Qué se casó con su hermana? Pero esto es el fin del mundo. Pues va a ver cómo las gasto yo.

Al momento se fue a todo correr al tribunal, mantuvo una entrevista con el cadí y le informó del incesto de su alumno.

El juez, aunque no se creía mucho de lo que le había contado, pensó que sería conveniente aclarar el asunto y envió al aguacil a pedir al presunto pecador que se presentase ante él cuanto antes. Informado de ello, el recién casado entró rápidamente en sospechas de la razón de aquella convocatoria, así que tomó consigo el contrato y se presentó ante el juez. Este le dijo:

–Me han informado, hijo mío, de que te has casado con tu hermana. ¿Es cierto eso?

El joven, a quien vamos a llamar Ahmed, le dijo al cadí:

–¡Señor! Si es costumbre casarse con la hermana, entonces así hice. Pero usted, yo y todo el mundo sabemos que eso es algo que

es impensable, y no soy yo quien comete un pecado tal.

Le entregó el *sadáq* mientras decía:

–Lea usted esto y después que *Dios nos dé un guía*.

Cogió el juez el papel de la mano del joven, lo leyó atentamente y dijo:

–Este es un contrato de matrimonio que cumple todos los requisitos. Y además el juez que lo firmó ha sido mi maestro; que en paz descanse; así que, hijo, regresa con tu prima y esposa, y que Dios os bendiga y os dé buena y honesta descendencia.

El joven regresó tranquilo a su casa y el juez echó una buena bronca al maestro demandante, y cerró el caso y la sesión.

Solo que *el ser humano no está hecho del mismo barro que los ángeles*, y la perfección nunca ha sido atributo suyo. El maestro humillado y puesto en ridículo ante el juez y ante los presentes al juicio juró que se vengaría. Sin perder un instante se puso manos a la obra –mala, por supuesto– y escribió una carta, en nombre de su alumno, a una mujer que vivía lejos, en oriente, y que era conocida por su hermosura y por sus poderes, y le expresó los nobles sentimientos y el amor que sentía por ella.

De aquello nadie supo nada hasta que un día el joven marido salió de casa y vio que allí le estaba esperando, o que hacía como que le esperaba, un *chuchán* –un hombre de raza negra– que tenía el gesto pensativo y preocupado.

Se acercó a él y le dijo:

–*Chuchán*, oh, *chuchán*, caro es tu precio,
pero si tú estás en venta, yo soy comprador.

El negro contestó y dijo:

–Señor, mi señor, yo soy su servidor
y hago todo lo que sea para servirle.

–*Chuchán*, oh, *chuchán*, como perlas son tus palabras;
dime tu título y tu abolengo o, si no, eres hombre muerto.

–Mi credencial, señor, es que soy el paje de Alia,
y Alia en oriente tiene su morada; y si no me cree,
aquí tiene su saludo y su deseo.

–*Chuchán*, oh, *chuchán*, vales caro;
si te vendes, yo soy comprador.

–Señor, mi señor, soy su siervo;
hago todo si le puedo servir.

–Tus palabras, oh, *chuchán*, son valiosas;
si no quieres morir, dime tu linaje.

–Mis credenciales tengo, señor:
soy paje de Alia y servidor;
en oriente tiene Alia su morada,

aquí tiene su zalema y anhelo.

Le entregó una carta, respuesta a la supuesta suya, que había sido enviada en realidad por el maestro; y en ella le manifestaba su amor y su pasión, y le decía que le estaba esperando. Algo del poder oculto de aquella dama estaba en la carta y en sus letras, de modo que el joven perdió algo de su voluntad y, sin pensar en lo que hacía, le pidió al negro que esperase un momento, y volvió a casa para decirle a su mujer:

–Leila, oh, Leila, prima mía,
cuenta las noches y suma los días,
que voy a seguir mi destino
y en penas o alegrías voy a nadar.

Su mujer le contestó y dijo:

–Señor, mi señor, primo mío,
jamás se puede reprochar
a quien bebe del amor su néctar.

Ella le preparó a toda prisa algunas provisiones y cosas necesarias para el viaje y se despidieron.

El hombre salió, y con el enviado, montó y se puso en camino, sin saber qué era lo que le esperaba. Largo viaje hicieron, hasta que, cerca de un pozo, se pararon y el negro le dijo:

–Aquí debemos esperar; hemos llegado.

Desmontaron, dieron de beber a sus monturas, las ataron a un árbol y entonces se ocuparon de sí mismos.

Ahmed hizo sus abluciones, rezó y se tumbó en la sombra.

Al cabo de un rato se acercó una doncella, bien formada, hermosa y sonriente. Se dirigió al pozo para sacar agua y al ver al joven se quedó pasmada y dejó que se cayera el cubo dentro del pozo. Volvió a toda prisa a la casa y casi gritando dijo:

–Señora, mi cubo en el pozo cayó
cuando un noble jinete
en mis encantos se fijó.

Su ama sonrió y le contestó:

–Doncella, oh, doncella,
muy ingenua damisela,
aquel joven a mí vino,
de tu señora esta prendado.
Corre a llamarle pronto,
a mí que venga sin tardar.

La doncella corrió a ver de nuevo al joven forastero, le transmitió el mensaje de su señora y se quedó esperando. Este se preparó enseguida, la siguió al palacio y dijo:

Mi saludo a la jaima
y a quien vive en ella;
mis saludos a aquella

que a las aves pastorea;
mis saludos a aquella
que es en todo la más bella;
temo terminar mi vida
sin gozar de su ternura.

La señora le respondió diciendo:

–Que la paz sea contigo,
caballero del mensaje;
dime cuál es tu linaje,
si quieres que me tranquilice.

–De nombre me llamo Ahmed;
muy nobles son mis raíces;
nueve meses mi anhelo
hacia ti me trasportaba.
Otra muy noble señora
sin querer la he dejado,
y, como ella, estoy quemado
en las llamas del amor.

–Sube y quítate el turbante;
vamos a hablar de veras;
daré mi brazo a tu cabeza
hasta la aurora y más.

Pasaron juntos buenos momentos, sin que nada estorbara su felicidad, hasta que el joven marido, pasados los primeros momentos, empezó a sentir nostalgia y remordimientos y se hundió en tristezas y cavilaciones.

A su compañera y anfitriona no se le pasó por alto el estado de ánimo en que estaba sumido él; le preguntó si echaba de menos a su mujer.

–Por supuesto que sí –dijo él.

–Vete entonces a buscarla.

Sin mayores discusiones decidió ir en búsqueda de su mujer, y rápidamente se hicieron los preparativos para el viaje.

Llegó el día y el momento de la despedida. Se quitó la señora un collar de perlas del cuello, se lo dio al viajero y le dijo que sería como si ella misma le acompañara. Se abrazaron y se marchó.

Yejli blad wi yammar blad, ma yammarha kan el adhim el chawad: despuebla país y puebla país, aunque no lo puebla más que el magnífico generoso. Hasta que llegó cerca de una fuente.

Allí desmontó, dejó que descansase y bebiese su yegua, hizo él lo mismo, y después de rezar se echó y sacó el collar para oler el aroma de aquella que le había quitado el sueño y la razón.

Estaba acercando la joya a su nariz cuando un pájaro, tan grande o más que un águila, se acercó volando y se remontó por los aires con el collar en el pico.

Aturdido por el susto, la sorpresa y el dolor, el hombre se quedó a punto de las lágrimas, triste y dolorido, sin saber qué hacer.

El *chuchán*, sorprendido también, no había quitado los ojos de encima del pájaro. Y, cosa curiosa, advirtió que no se alejaba,

sino que se quedaba revoloteando y trinando como si les estuviera llamando.

El paje llamó la atención del joven y este observó lo que no podía creer. El pájaro le estaba invitando a ir detrás de él.

–¡Quiere que lo sigamos, *chuchán*! Pon las sillas, recoge todo y vamos a ver qué es lo que quiere este ave tan ladrona y tan curiosa.

Montaron y emprendieron la marcha siguiendo el vuelo del ave, que dejó de lanzar sus trinos. Esperanza, curiosidad, temor y dudas, todos dieron fuerza y ánimo a los dos viajeros, que no descartaron que se tratara de una nueva aventura.

Anduvieron, anduvieron, anduvieron por debajo del vuelo del ave, sin rumbo ni orientación. El paje, más experto en aquellas sendas que el amo, dijo:

–Señor, este no es el camino de su tierra. ¿Qué hacemos?

–Nosotros nada –dijo él–. Sigamos a este extraño guía, y que Dios disponga lo que haya de ser.

Anduvieron un día y una noche más, y en el día siguiente, poco antes de que se pusiera el sol, vieron que se acercaban a un palmeral.

El pájaro les guió hacia allá, y, cuando alcanzaron el oasis, les llevó tras su vuelo hasta un estanque, se posó sobre una palmera y se puso a trinar.

Los dos que le seguían entendieron que deseaba detenerse allí. Obedecieron, des-

montaron y se dispusieron a disfrutar del agua, de la sombra y del frescor que les sentó como un bálsamo, con lo cansados que estaban.

Cuando acabaron de refrescarse, hicieron las oraciones y se sentaron para quitarse el hambre. Dijo entonces el joven al paje:

–¡*Chuchán*! ¿Oyes voces de mujeres, como yo, o es un golpe de sol que me hace divagar?

–No, señor, ni sol ni luna: son voces de mujeres. Además parece que el ave está con ellas, porque, si es que he oído bien, a una he escuchado decir que un pájaro ha echado un collar sobre ella.

–¿Qué? –dijo el joven, dando un salto de su sitio como si le hubiera tocado el demonio–. El ave sigue llamándome.

Acompañado del *chuchán* dieron un rodeo en torno al charco y no lejos vieron una jaima ante la que había dos mujeres. El hombre sintió, al verlas, como si alguien le hubiese dado un golpe; casi pierde el sentido y el equilibro.

El paje lo sostuvo, y le preguntó con voz preocupada:

–¡Señor, Señor! ¿Qué es lo que pasa?

Y el otro dijo, respirando fuerte:

–¡Si es ella! ¡Mi esposa! ¡Mi prima!

–¿Y qué esperamos, señor? A ellas.

Se dirigieron hacia la jaima y, desde detrás de una palmera, él levantó la voz y dijo:

–Leila ya Leila, prima mía,
cuenta las noches y suma los días,
jamás se puede reprochar
a quien bebe del amor su néctar.

La mujer reconoció la voz, giró la cabeza buscando y, cuando lo vio, intentó echar a correr, pero le temblaron las piernas y a punto estuvo de caer.

Pero él sí que corrió, y se echaron uno en los brazos del otro, respirando, llorando, sonriendo, como locos de alegría y felicidad.

El ave, encaramada en lo alto de la palmera cercana, contempló toda la escena desde su elevado trono, soltó un trino y *ferr, ferr,* se alejó volando.

Descansaron en aquel feliz lugar unos días y luego decidieron ir a donde estaba Alia. Los cuatro, guiados aquella vez por el *chuchán*, no tardaron en llegar a su destino, en la que les esperaba otra sorpresa.

La Señora les aguardaba con todos los honores y con el mayor cariño. Con la casa acomodada para los nuevos vecinos.

Al poco tiempo se casó *el chuchán* con la gobernanta de Leila, y juntos vivieron alegres y felices.

Hasta que una noche, mientras velaban contando cuentos y proponiendo acertijos, oyeron que el perro ladraba como si estuviera llorando. Salió el paje a ver y volvió con cara triste y los ojos llorosos, y con voz agitada dijo:

–¡Es el pájaro! El pájaro está muerto.

–Ha cumplido su misión –dijo Alia–. Mañana lo enterraremos y levantaremos un mausoleo encima de su tumba. De modo que será el mausoleo del enviado del amor.

LA VENGANZA DE LA MUJER DESPRECIADA

Érase una vez un comerciante. Tenía una hija a la que quería mucho. La puso a estudiar, y la muchacha recibía muy buenas calificaciones gracias a su inteligencia, constancia e interés.

Una noche se despertó y, cuando vio la luz de la luna llena, pensó que era ya de día. Se levantó, se aseó, tomó algo de desayuno, agarró su mochila y, adelante: ¡al cole!

La calle estaba tranquila, no como estaba siempre. Llegó a la escuela: todo estaba cerrado y no había nadie. Empezaba a preguntarse qué era lo que estaría pasando cuando giró sobre sí misma y vio a un hombre.

Él se acercó a ella y le preguntó si había visto algo. La jovencita dijo que no y, ¡pam!, recibió una bofetada que la tiró al suelo.

Debió de sufrir un desmayo y, cuando abrió los ojos, se encontró rodeada de insectos, reptiles y bichos de todo tipo, especie y género. Hizo acopio de valor y echó a correr en dirección a unos árboles. Trepó a uno y allí se quedó.

Permaneció allí por largo tiempo, expuesta al viento, a la lluvia, al calor, al frío, a todas las incomodidades y excesos del clima. Como nadie resiste al hambre ni a la sed, la

muchacha se acostumbró a comer hierbas y plantas, como si fuera una oveja.

Resultó que el sultán del país tenía un hijo al que mimaba cuanto podía, y más aún de lo que podía. Para que se divirtiera le había dejado una casa de campo en la que nada faltaba.

Un día salió el jovencito a cazar y se encontró con aquella muchacha extraña pero atractiva; animal no era, pero tampoco era humana, por el aspecto que tenía. El principito tenía todo preparado ya para el disparo, pero cuando se fijó en el aspecto que ella tenía, no supo cómo llamarla. Decidió averiguar primero de qué se trataba. Se retiró, se sentó al borde de un camino y se puso a pensar.

Pasó un hombre, lo reconoció y le preguntó:

–¿Qué es lo que puede preocupar al hijo del sultán hasta este punto?

–El que haya curiosidades y criaturas asombrosas –respondió el joven.

Y le contó y describió qué era lo que había visto. El señor, que era mayor que el príncipe por supuesto, y, como se suele decir, *quien me lleva una noche, tiene una astucia más que yo,* le dijo:

–No hay de qué preocuparse. Todo tiene solución y explicación. Haz que preparen un buen plato de cuscús, por ejemplo, y ponlo a la vista de aquella criatura, con un botijo de agua. Y quédate observando por allí, sin ser visto. Si es un animal, despreciará

la comida. Pero si es un ser humano se sentará a comer y beberá levantando el botijo.

Al joven le satisfizo la idea. Se hizo preparar la comida y siguió punto a punto el consejo del señor aquel. Se escondió después de dejar la comida y el agua muy a la vista y se puso a esperar. Varios animales pasaron por allí sin hacer caso de la comida.

Pero cuando ella la vio se acercó, la miró atentamente y se sentó. Comió y bebió como lo haría una persona normal. Comió hasta hartarse y de ese modo se quitó el hambre tan grande que llevaba.

Cuando terminó dio un fuerte suspiro de satisfacción y quizás de nostalgia. El joven que la había estado observando se acercó con sigilo y, antes de que ella pudiera reaccionar, le echó su capa por encima y la llevó al palacio.

La entregó al personal de servicio para que se ocupasen de ella. La bañaron, le lavaron el pelo y la peinaron, le dieron ropa limpia y la guardaron como si fuera una de ellas. El tiempo puede con todo, y a la muchacha con los cuidados, la buena comida y la tranquilidad la dejaron como nueva.

El joven hijo del sultán no volvió pensar en ella, y la olvidó por completo después de que la entregara a la gobernanta o *dada,* como suele ser llamada. Hasta que un día el señorito se acercó adonde suele reunirse el personal de casa y vio que entre las muchachas había una joven dama guapa y hermosa, de estatura del tipo de *gad essirwil* –con

figura como la de un pino–, ojos negros, grandes, dulces, pelo negro y largo hasta la cintura, boca sonriente, con labios carnosos y dientes como perlas. Aquel espectáculo le dejó pasmado.

Se acercó a la *dada* y le preguntó:

–¿Quién es esta joven, que yo nunca había visto?

–¿Cómo que no, hijo? ¡Si es la muchacha que trajiste del campo hace poco!

Pidió que la llamaran. La muchacha se presentó, saludó y se quedó de pie delante de él. La miró y vio a una dama hermosa, de estatura del tipo de *gad essirwil* –con figura como la de un pino–, ojos negros, grandes, dulces, pelo negro y largo hasta la cintura, boca sonriente, con labios carnosos y dientes como perlas. Todo lo cual hacía que se perdiera más de un corazón. Aquel espectáculo le dejó pasmado.

Se quedó mirándola, mejor dicho, admirándola y, sin decir nada, se retiró. La *dada*, quien siguió sus movimientos con atención, le saludó con una sonrisa cómplice que decía mucho, y pidió a la muchacha que volviese a sus tareas.

No le fallaba la intuición a la gobernanta. La muchacha había dejado impresionado al joven heredero, quien desde aquel mismo instante no se la pudo quitar de la mente, y lo más seguro es que de su corazón tampoco.

Dejó pasar unos pocos días y le pidió su mano. Leyeron la *fátiha* y se casaron.

La muchacha, esposa ya, vivía como una reina sin fue nada le faltase, al lado de la *dada* que respondía a todos sus deseos y peticiones.

La felicidad duró hasta que el sultán envió a decir a su hijo que los preparativos de la boda estaban acabados y que había que celebrarla. El hijo abandonó a quien le consideraba su amor, se marchó y se casó con otra.

La infeliz se quedó sola, en espera de quien ya no volvería. Esperó, lloró, pensó en quien no pensaba en ella, dejó de comer o casi, durmió poco, perdió peso, perdió hermosura y al final perdió fuerzas y cayó enferma.

Acostada en la cama pasó los largos días y noches interminables, llorando su mala fortuna. La *dada*, buena y afectuosa para con ella, hacía lo que podía para consolarla y animarla, pero sin éxito. La mujer estaba cada día peor y empezó a tener fiebre, sudores, temblores, todos ellos síntomas del final.

El marido que se había casado con otra, una vez concluyeron los festejos y ceremonias, vino a su casa de campo tan alegre y tan inconsciente como él era, como si no hubiera pasado nada. La gobernanta le puso al día y le informó de todo lo que había pasado con la pobre víctima de su insensatez. Le explicó que su mujer agonizaba, que se moría de pena, y que algo tenía que hacer por ella.

–Tienes toda la razón, *dada* querida –le respondió con un tono burlesco.

Y con paso rápido se dirigió a la habitación en la que la pobre muchacha luchaba contra sus penas. Entró, se dirigió directamente hacia la cama, tiró de la sábana que cubría a la enferma e, inclinándose, le escupió en la cara y le dijo:

–Esto por *gastar tu vida por hombres bien nacidos*.

La tapó y salió de allí sin más.

Su gesto y sus palabras obraron como si fueran una vacuna de efectos milagrosos. La mujer volvió en sí, repasó su vida y su conducta, recordó el poco tiempo que había pasado con aquel ingrato y se aprendió bien la lección.

–¿Iba a morir por él –se decía–, cuando aquel señor me ha escupido en la cara?

Con su voz todavía débil llamó a la gobernanta:

–¡*Dada*, *Dada*!

–¿Sí? –respondió la buena mujer, y llegó corriendo.

Le contó lo que acababa de pasar y le pidió que hiciera matar un gallo y que preparase un buen caldo y se lo trajese.

Se tomó el caldo, y durante los días siguientes no hizo más que tomar comidas que la nutriesen y fortaleciesen, de modo que en un corto plazo de tiempo recuperó la salud y la fuerza, y recuperó su hermosura y su encanto.

Cuando se sintió en forma encargó vender cosas de la casa y comprar trajes, monturas, fusiles y todo lo que fuese necesario para salir de viaje. Se hicieron todos los preparativos que ella había ordenado.

Llegó el día programado, se vistieron, ella y su muchacha, cogieron sus fusiles, montaron sobre sus caballos y *oh, señor, contigo contamos.*

Se pusieron en marcha. Viaje duro y cansado. Pero la voluntad vence y puede con todo. Preguntó a la muchacha si conocía el camino que llevaba al lugar en el que vivía el aprovechado marido, y la muchacha le dijo que sí.

Tomaron el rumbo indicado por la muchacha y, en efecto, marcharon por el buen camino. Llegaron a la ciudad, alquilaron una habitación en una fonda, dejaron sus caballos en el establo y descansaron hasta la mañana siguiente.

Después de prepararse, salieron a descubrir la ciudad y a ver qué era lo que se podía hacer. Al cabo de algunas idas y vueltas encontraron un café cuyo aspecto delataba su calidad y su alto nivel.

Entró y lo primero que llamó su atención fue un señor que parecía ser de elevada dignidad, al que la gente hablaba con respeto y veneración. Preguntó al camarero y le dijo que era el mismo sultán, quién solía hacer salidas para tomar contacto directo con sus súbditos. "Mejor imposible", se dijo ella pa-

ra sus adentros. Cambió de sitio y se sentó al lado del monarca.

Cuando vio que no había nadie con él, le saludó con una larga reverencia y le pidió permiso para hablar.

–Por supuesto –respondió él–, estoy aquí para eso.

Se acercó un poco más y le dijo al sultán:

–¡Señor! Yo soy un forastero que viene de muy lejos. Mi trabajo me obliga a viajar con gran frecuencia, y me duele dejar a mi mujer sola. Cuando lo hago queda expuesta a peligros que usted no ignora. He pensado que el sultán, como padre de sus súbditos que es, me proporcionaría una casita en la que dejar a mi mujer en seguridad, sin preocuparme por ella cuando viajo, sabiendo que queda vigilada y protegida por la guardia del sultán.

–¿Por qué no? –respondió el buen gobernante–. Tengo una casa a propósito para eso.

Llamó a su secretario, que estaba sentado allí cerca, y le dijo que quedase con el señor y que le llevase a visitar la casa tal, y que, si era de su agrado, le entregase las llaves.

–Muchas gracias, señor –le dijo ella toda contenta–; veo que su fama se justifica por sus hechos; gracias de nuevo y, si me lo permite, le dejo con sus asuntos.

Se retiró, quedó con el secretario para más tarde y volvió a reunirse con su fiel acompañante.

Tal y como habían acordado, llegó el secretario, le acompañó a visitar la casa, que estaba casi pegada al palacio del sultán, le gustó, se pusieron de acuerdo, recibió las llaves y, cuando el secretario se marchó, dio rienda suelta a su satisfacción y alegría, y si no se puso a cantar y a gritar fue solo por discreción. Su plan estaba ya en marcha; nada iba a frenarla hasta que lo viese cumplido.

Regresó adonde estaba la muchacha, recogieron sus cosas, hicieron las compras necesarias para la nueva casa, y marcharon a instalarse en la nueva morada. Cuando terminaron de limpiar y arreglar la casa, nuestra heroína se bañó, se arregló, se perfumó, se puso un vestido de lo más bonito, que hacía destacar aún más su figura y su hermosura, y salió al balcón.

Todas las tardes hacía lo mismo, hasta que un día el hijo del sultán, mientras salía del palacio, levantó la vista y contempló aquello que rompe los corazones. Una mujer, qué digo, un ángel sentado en el balcón, que, como suele decirse, *dice a la luna sal o deja que salga yo.*

Hechizado por aquella hermosura, el hijo del sultán volvió a casa y preguntó a su madre qué era lo que sabía acerca de aquella nueva vecina. Le explicó la madre lo que había dicho y había hecho su padre: que la joven dama estaba prácticamente bajo su

protección, puesto que el marido estaba siempre de viaje.

El hijo escuchó con atención e interés lo que le decía la madre, y le pidió que enviase a la vecina un medio cordero y una tela, y que le dijese que era un regalo de bienvenida de parte suya. Mimado como siempre estuvo tanto por la madre como por el padre, al señorito no se le negó nada: sus deseos eran siempre cumplidos. De manera que la madre dio órdenes de que preparasen el cordero, eligió un buen corte de tela para un vestido, llamó a una sirvienta para que llevase el regalo y salió a presentarse y a entregarlo. La joven la recibió con cortesía y amabilidad, expresó su agradecimiento al sultán por haberles conseguido el alojamiento y la invitó a una bebida y unos pasteles.

La madre hizo que le fuese entregado el regalo y le dijo que era de parte de su hijo. Ella, con aire de superioridad y de desprecio hacia lo que le era entregado, dijo:

–¿Qué? ¿Que esto es para mí? Pues esa tela voy a pedir que la utilicen para cortinas para el baño, y la carne se la voy a dar a los gatos. Dígale a su hijo, señora, que agradezco su buena intención, pero que sepa que a mí me dan o me ofrecen *carne de gacela*; yo no como esta carne ni me pongo esta tela; yo me visto con seda india.

Al cabo de un momento la madre se levantó y se despidió. Ella le acompañó hasta la puerta, agradeció su visita y le rogó que fuese a menudo a hacerle compañía.

En casa, la madre repitió palabra por palabra a su hijo lo que la hermosa vecina le había dicho. Creído y testarudo, el hijo pidió un collar de perlas y rogó a su madre que se lo ofreciera de su parte. La madre obedeció y fue a visitar a la joven para hacerle entrega del collar.

–¿Qué? ¿Qué me ponga yo esto? Yo no me pongo más que perlas *mekías*; ven, acércate, muchacha, y tira esto al sótano.

La madre, una vez en casa, llamó al caprichoso de su hijo y le dijo:

–¡Hijo mío! Ni las perlas siquiera le han satisfecho ni gustado; se las ha entregado a su ayudante para que las tire.

El presuntuoso y frívolo de su hijo no abrió la boca; lo que le estaba contando su madre le cayó como si le estuvieran dando navajazos en el pecho. Bajó la cabeza y se dejó poseer por la rabia, por la tristeza de la derrota, por la desilusión de sueños que se van, sin saber ni poder reaccionar ni encontrar una solución a aquello.

Entró en su habitación, se puso a dar gritos a su mujer y a cualquiera que hiciera el intento de consolarlo, pidió que le dejaran solo y se entregó a los peores y más sombríos pensamientos.

Le trajeron la comida: la rechazó; la cena ni la tocó; y así llegó a perder todas sus fuerzas y a no poder ni moverse. Día tras día su estado fue agravándose; con la salud declinando, perdió el apetito, sufrió insomnios y acabó tumbado en cama, casi moribundo.

Su estado causó la preocupación de toda la familia, y de la madre más que de nadie. Ella se pasaba el día llorando, implorando a Dios y a los santos, echando incienso en su habitación y en su cama con el fin de espantar todos los males. Pero nada resultaba efectivo.

Le preguntaba qué era lo que le pasaba, qué era lo que quería, y él decía que le trajesen a aquella mujer.

–Pero hijo, ¿tú estás loco? ¿Cómo se te ocurre pedir a una mujer que está casada, y que es esposa de nuestro vecino?

–Pues nada –decía él–. Yo la quiero y tenéis que traérmela.

Ya lo teníamos dicho: la madre con su corazón no conoce la razón. La inquietud que sentía por su mimado, frívolo y caprichoso hijo hizo que la pobre se dirigiera a la casa vecina y, recibida como siempre con amabilidad y respeto, contó a la joven dama lo que le sucedía a su hijo, sin esconder su verdadera preocupación e inquietud. Al final le pidió que fuera en su compañía, a hacerle una visita.

–¿Cómo? –dijo la joven, enfadada–. Yo soy una hija de buena familia, honrada y honesta, esposa de un señor respetable y considerado. ¿Cómo se atreve usted a pedirme tal cosa?

La pobre madre hubiera preferido que *se la tragase la tierra* antes que vivir aquel momento. Pero el amor maternal no se detiene ante nada y se atreve a todo. Recibió la

madre el enfado y las duras reconvenciones de la joven con paciencia y continuó rogando, suplicando que aceptase ir con ella y dejar que su hijo la viese nada más.

Ante tanto dolor y tanta humillación el corazón de la joven se ablandó, se conmovió y le dijo a la madre:

–¡Señora! Por respeto a usted y a su marido el sultán, viendo como veo ese dolor que a mí me gustaría quitarles, acepto visitar a su hijo; pero con una condición.

–¿Y cuál es? –dijo la madre, casi *volando de alegría*–. Diga qué es lo que quiere, que se cumplirá para que venga.

La otra mujer le explicó que la única condición que pondría sería la de quedarse a solas con el enfermo: que nadie entrase con ella.

–De acuerdo –respondió la madre–, y que Dios compense tu generosidad y ternura.

La madre se marchó contenta y agradecida, y convinieron que, cuando oscureciera, se presentaría la joven dama para visitar al moribundo.

Se puso el sol y la oscuridad empezó a invadirlo todo cuando la joven llamó a su muchacha para que la acompañase, y las dos marcharon al palacio vecino. Fue recibida por la madre y por todo el personal, que estaba curioso e intrigado. La condujeron a la habitación en la que se encontraba aquel ser tan mimado, y entró en ella.

Se dirigió hacia la cama, tiró de la sabana y al ver su cara, ¡*tuff*!, le escupió en plena cara y le dijo:

–*Te dejas morir por las hijas de los hombres bien nacidos para burlarte de ellas*.

El enfermo abrió sus ojos, agrandados por la sorpresa, y le dijo:

–Pero, ¿eres tú?

–Sí, soy yo –le contestó.

Y se marchó. Regresó a su casa, pidió a la gobernanta que recogiese todo lo que iban a llevarse, se pusieron trajes de hombres, montaron sobre sus caballos y emprendieron el viaje.

De vuelta a su país, vendió las perlas y se compró una casa.

Y me he ido,
les he dejado
sin haberlos
jamás mirado.

EL VENDEDOR DE SAL

Cuentan que había una hija de un sultán –*no hay sultán más que Dios*– que estaba sentada en el balcón de su palacio, tomando el aire y apreciando el panorama, cuando un ave, una paloma que voló hasta allí, se posó al borde de la terraza, cerca de la princesa, la cual se puso contenta con aquella agradable compañía.

Pensó que el ave tendría hambre; así que llamó a su dama de compañía, que en aquellos tiempos solía ser mujer de raza negra, por las muchas cualidades que tenía, entre ellas las de la fidelidad y la confianza que podía depositar en ella. Cuando llegó la *dada*, pues así se solía llamar a este personaje, le pidió que trajese algo de comer y de beber para la pobre ave.

La *dada* trajo trigo, luego cebada, algo de arroz; pero el pájaro rechazaba todo lo que le daban. Intrigada la señorita, notó que el ave fijaba la mirada en su anillo. Se echó a reír a carcajadas y le dijo al pájaro:

–¿Qué? ¿Quieres mi anillo?

El ave siguió con la mirada fija en la joya.

–La quieres, ¿verdad? Pues aquí la tienes.

Se quitó el anillo y, antes de que se diese cuenta, el pájaro atrapó el anillo y ¨*ferrrr*¨,

a volar. Se marchó volando con el anillo de la señorita.

La chica no creía lo que veían sus ojos; con la boca abierta siguió el vuelo del pájaro que se llevaba el anillo en el pico, sin entender nada.

Por la noche, mientras estaba acostada en su cama, acordándose e intentando entender qué era lo que le había sucedido, oyó el frufrú de alas y, más extrañada todavía, vio que la misma ave se posaba en el alféizar de su ventana.

La chica se levantó, abrió la ventana, y el pájaro, sin pedir permiso, entró y se dirigió a un rincón. En un abrir y cerrar de ojos se quitó la piel y las plumas y se convirtió en un hombre joven, guapo y de aspecto noble y educado.

La chica, asustada al principio, recobró su tranquilidad y, poco a poco, entablaron los dos tal conversación que parecía que fueran viejos amigos. Por aquí, por allá, la charla se alargaba y la pareja de desvelados salió y se dirigió, charlando, adonde había un parque. Debajo de los árboles siguieron desvelados, hablando como buenos amigos, hasta que los venció el sueño y en un banco se quedaron dormidos.

Al poco rato el joven se despertó, y sin despertar a la chica, volvió a ponerse su piel o disfraz, y otra vez, *ferrr*, se fue volando. La chica se quedó sola, dormida en un parque que no le era conocido. Cuando se despertó, no encontró a su acompañante; miró a dere-

cha, a izquierda, por todas partes, sin encontrar rastro del amigo de aquella noche. Perpleja y asustada, se quedó llorando sin saber qué hacer ni adónde ir.

Armándose de coraje y paciencia, se puso a andar sin rumbo fijo; a andar, andar, andar hasta que llegó a una ciudad. Cansada, llena de miedo, deambuló por las calles hasta que tropezó con un vendedor de sal. Se armó de valentía y se acercó al señor aquel.

–Buenos días, señor –dijo ella.

–Muy buenas, señorita, a su servicio.

Animada por la sonrisa del hombre le dijo:

–¿Sabrá usted decirme dónde está la casa del sultán?

–No podías haber caído en mejor compañía, señorita –le dijo el hombre–. Me dirijo justo hacia allí para llevarles la sal. Yo soy el vendedor de sal, ¿sabe usted?

Confiada en su suerte y contenta por la actitud de aquel hombre, le pidió que le dejase ir con él y le siguió.

Por el camino intercambiaron preguntas y respuestas. Se informó la chica acerca del sultán y de su corte, acerca de la ciudad y de su gente, y ella terminó proponiendo al vendedor de sal que dejara que ella tomase su lugar y función:

–Le doy mi ropa –dijo ella–, me pongo la suya y me encargo yo de llevar la sal a casa del sultán.

El vendedor de sal no puso ninguna objeción. Intercambiaron su aspecto y su

función, le dio la sal, le señaló la dirección y se fue.

La chica vendedora de sal llamó, como si no fuera la primera vez, a la puerta, entró, y antes de que llegase a la cocina posó su mirada sobre un joven que estaba allí. ¿Quién era? Pues ni más ni menos que su compañero de una noche. La reconoció, como ella a él, y le preguntó:

–Vendedor de sal, vendedor de sal,
¿has visto acaso una mujer
que es señora entre las hermosas?

Y ella contestó:

Sí, la vi tambalear
con su ajorca de oro;
deploraba su desgracia
y la noche del amor
que se ha ido sin saludos
ni mensaje que invocar.

Dicho esto se fue, dejando al joven perplejo. Él se quedó allí sin saber si estaba soñando o si aquello había sido verdad. Y, por mucho que intentase olvidar, la imagen del vendedor de sal ocupaba su mirada, su imaginación y sus pensamientos.

Como la familia estaba con los preparativos de su boda, aumentaron los trajines y el vaivén, mientras él, obsesionado, detenía a las unas y a los otros para preguntarles si

habían visto al vendedor de sal, o dónde estaba el vendedor de sal. Pero no recibía respuesta satisfactoria.

Esto aumentaba su fiebre tanto que llegó a preocupar a los suyos, quienes empezaron a preguntarle:

–Pero, ¿qué es lo que te pasa con el vendedor de sal? ¿De dónde viene ese interés por el vendedor de sal?

Sin hacer caso de nadie, siguió preguntando por el vendedor de sal. Llegó su madre para intentar que volviese en sí, pero sus consejos y preguntas no hicieron más que hacer crecer la pasión y la obsesión de su hijo, el cual no paraba de preguntar:

–Vendedor de sal, vendedor de sal,
¿has visto acaso una mujer
que es señora entre las hermosas?

Los preparativos de la boda avanzaban y su pérdida de razón también, a medida que se acercaba la *lilet eddujla*, la noche de bodas.

Como remate de las ceremonias llevaron a la novia al dormitorio nupcial y la dispusieron para recibir a su novio. Prepararon al novio igual que se prepara a un sonámbulo y lo llevaron, con música, cantos y albórbolas a su dormitorio; lo pusieron al lado de su novia y cerraron la puerta.

El vendedor de sal, es decir, la chica, seguía todos aquellos acontecimientos sin saber de qué manera actuar. Su amor la hacía enloquecer, no dejaba de llorar, siguiendo todos los acontecimientos de la

boda mezclada con las demás invitadas, hasta que llegó el momento de la consumación –el momento fatídico–, y cerraron la puerta del dormitorio nupcial.

Cuando cerraron la puerta de la habitación detrás del novio, la pobre perdió toda esperanza y, dolorida, corrió a la cocina, tomó un cuchillo y, como si estuviera loca, se lo clavó en el pecho. La primera de las mujeres que entró en la cocina la vio empapada en su sangre y soltó tal grito que retumbó en toda la casa, en la cual los cantos fueron sustituidos por los gritos, y las preguntas acerca de cómo se llamaba el vendedor de sal por encima de lo demás.

Llegó el nombre aquel al oído del novio. Abrió la puerta, preguntó por el vendedor de sal y, siguiendo el ruido y las lamentaciones, llegó hasta la cocina. Allí vio a su amor de una noche empapado en su sangre. Se inclinó sobre su cuerpo y sacó el cuchillo de su pecho y lo clavó en el suyo, de modo que quedó muerto al lado de su vendedor de sal.

Su novia, viuda antes de tiempo, regresó a casa de sus padres.

Y me he ido,
les he dejado
sin haberlos
jamás mirado.

EL JUEZ DE LOS PEDOS

Se contaba en los viejos tiempos y en las pasadas épocas y momentos acerca de una señora de avanzada edad, a la que mientras caminaba por la calle se le escapó un pedo.

Avergonzada, se puso a mirar a derecha e izquierda; miró en todas las direcciones con la cara enrojecida y con expresión de susto, en la creencia de que todos los paseantes la estaban mirando y se burlaban de ella. Confusa y avergonzada, se puso a pensar en qué habría de hacer para quitarse de encima aquella vergüenza. ¿Qué hacer, Dios mío? ¡Qué vergüenza!

Tras pensárselo muy bien, decidió que la única solución era elevar una queja al cadí, o sea, al juez, y.

Dicho y hecho: se puso en marcha y a cada uno que encontraba le preguntaba si sabía en qué lugar estaba la casa del juez de los pedos. Uno la tomó a broma; otro se rió de ella; el tercero pensó que estaba chocha, y a todo esto la pobre señora no encontraba ninguna respuesta satisfactoria.

Aun así, siguió andando y preguntando hasta que llegó ante una casa cuya puerta le llamó la atención. Casa limpia como recién pintada, puerta grande, decorada con aldabas en forma de mano que brillaban como si fueran de oro.

Se detuvo delante y se dijo: "no me extrañaría que esta fuera la casa del cadí". Miró a su alrededor, no vio a nadie a quien preguntar y decidió llamar: "top, top, top". Al cabo de un momento le abrió la puerta una gata. "Qué bonita gatita esta que me abre la puerta, qué guapa". Le acarició la cabeza y la espalda: "qué pelo tan suave que tiene". Y, sin ahorrarse ninguna palabra bonita y dulce, marchó detrás de la gata aquella.

Subió la escalera siguiendo sus pasos y así llegó a una grande y espaciosa habitación, tan bien arreglada que no había nada que en ella faltase, y con unos cuantos gatitos encima de las alfombras y los colchones. La señora, al verlos, se puso a dar muestras de estar encandilada y dirigió las mejores palabras y elogios a aquellos animalitos: que qué guapos, qué cariñosos, qué dulces, qué buenos compañeros que eran, y más y más.

Se sentó y preguntó a los animalitos que dónde estaba su señora. "En su habitación", le dijeron, y uno corrió a decirle que una visitante quería verla.

–Hacedla entrar, dijo la señora de los gatos.

Condujeron a la viejecita al aposento de la dueña de la casa y allí vio a una gata grande y bonita, sentada sobre un banco rico y cómodo. Se puso a pronunciar excusas y a pedirle perdón por la molestia:

–No sabía que estaba usted durmiendo, le ruego que me perdone.

La gata la tranquilizó y le preguntó qué era lo que quería. La vieja, con la cabeza agachada y los ojos mirando al suelo dijo:

–¡Hija mía! La verdad es que, cuando iba andando por la calle, se me escapó un pedo y sentí vergüenza. ¿Cómo voy a poder presentarme ante la gente después de una cosa así? Lo mejor que puedo hacer, he pensado, es ir al juez de los pedos y poner una demanda.

–Tranquila –le respondió la gata–, que ahora viene y se pondrá manos a la obra con ese asunto.

La vieja le dio las gracias, pidió excusas otra vez y le pidió que volviera a acostarse:

–Siento haberla despertado. Vuelva usted a dormir, que yo estaré aquí esperando.

Al poco rato llegó el juez. Un gato impresionante que, apenas apareció por allí, hizo que todo el personal se pusiera en movimiento. Este iba poniendo la mesa, aquel otro los cubiertos, la otra traía el agua, esa otra los platos, mientras la viejecita contemplaba boquiabierta toda aquella actividad. Hasta que la cocinera se presentó con la comida lista y el juez acabó de despachar su almuerzo.

Se levantó él entonces y se dirigió adonde esperaba la visitante. Intercambiaron saludos y el cadí le preguntó:

–¿Qué es lo que quieres?

–Darle las gracias, señor –dijo ella–, por recibirme y escucharme; que Dios le guarde.

–Dime qué es lo que pasa, señora –preguntó el juez.

–Pues es que iba yo andando por una calle muy concurrida cuando se me escapó un pedo; sentí mucha vergüenza y se me ocurrió poner una demanda.

El juez se quedó pensando un ratito. Luego le preguntó:

–¿Y quién es el acusado?

–El *bum* –dijo ella.

Entonces llamó el juez al *bum* y le preguntó:

–¿Por qué razón atacaste a la señora y la pusiste en vergüenza?

El acusado bajó la cabeza y no dijo nada. El cadí pronunció su sentencia, que fue un duro castigo, y le advirtió de no volviera a ponerla en vergüenza en medio de la gente si no quería afrontar más castigos. Luego se dirigió a la señora y le dijo:

–*Ummi el kebira*[16]. Esté usted tranquila, que ya no volverá a molestarla. Y ahora vuelva a su casa y haga al atardecer sus abluciones, rece y espere. A continuación llamará alguien a su puerta y le entregará una bolsita que no debe abrir sino cuando esté sola.

–De acuerdo –dijo ella–, haré lo que usted mande. Y muchas gracias. Que el Señor Dios le bendiga y le dé salud y felicidad.

Se despidió y tomó la dirección de su morada.

---

[16] *Mi gran madre*, fórmula de respeto y cortesía para con las ancianas.

Al ocaso, cuando el muecín dijo *Al-lahu Akbar*, la mujer se dirigió al pozo de casa, sacó un cubo de agua, hizo sus abluciones y cumplió su oración.

Luego se sentó encima de la piel de cordero que le servía de alfombra, cogió su rosario y se quedó a hacer elogios y alabanzas a Dios. Al poco rato llamaron a su puerta; se levantó, fue a abrir, y en la puerta alguien le entregó una bolsita, tal y como le había dicho el juez, y se marchó. Después de irse el mensajero cerró su puerta, volvió a su habitación, se sentó encima de su piel de cordero y abrió la bolsa.

¿Y qué es lo que vio? *Aquello que yo deseo que el Señor os dé, y que nos dé su eterna generosidad*: la bolsa estaba llena de monedas de oro. Al no estar acostumbrada a tener tanta riqueza la pobre señora, en vez de ponerse a contar las monedas y a guardarlas, pensó en medirlas como si fuesen trigo o cebada. Para hacerlo fue a la casa de su hermana a pedir una medida. Esta le dijo burlándose:

–¿Qué es lo que vas a medir? ¿Las cosechas de la finca? Si no tienes ni para cenar una noche, ¿a qué viene esto de pedir la medida?

La viejecita, sin parar mientes en la burla de su hermana, le dijo que había conseguido un poco de sémola, y que quería medirla para saber cómo repartirla en varias cantidades.

La hermana bien sabía lo ingenua que era nuestra viejecita, pero no se fiaba de

aquello y se empeñó en saber más, si es que había algo más que saber. Por ello untó con miel una esquina del fondo de la medida y se la entregó.

Cogió la otra la medida, sin sospecha de nada, dio las gracias a su hermana, le prometió devolverle el recipiente y se dirigió a su casita. De vuelta al hogar, se quitó su velo, lo dobló, lo puso en el armario y se sentó a medir su tesoro.

Al día siguiente, antes de irse de compras, pasó por casa de su hermana para devolverle la medida, sin darse cuenta de que una moneda se había quedado pegada en el fondo.

Lo primero que hizo la hermana fue mirar el fondo de su medida, y allí encontró la moneda de oro. Y, como si el demonio hubiera entrado en ella, se puso a gritar, a chillar, a preguntar, furiosa como si tuviera fuego en el estómago.

–¡Vaya hermana esta! –dijo–. Se hace pasar por pobre y necesitada mientras cuenta su riqueza por medidas. Ni nosotros apenas andamos midiendo el dinero, y ella mira como está.

Trastornada, furiosa, con la espuma por la boca, los ojos rojos como fuego, movida por el celo y la envidia, cogió a su hermana por el cuello y le exigió que le dijera dónde y cómo había conseguido tanto oro.

La pobre vieja no creía lo que veían sus ojos. Intentó tener paciencia y dulces pala-

bras para que su hermana se calmase y tranquilizase:

–Déjalo ya, hermanita: te doy la mitad, te lo doy todo, si eso basta para que te tranquilices y para que lo olvides.

La hermana, con cara de bruja y voz de demonio, no quiso atender a ninguna razón.

–Yo lo que quiero es saber dónde has conseguido todo esto.

Como no le quedaba otro remedio, la viejecita consintió en compartir su secreto, y le contó a la hermana furiosa todo lo que le había sucedido.

–Pues ahora mismo me llevas adonde están esos gatos –le dijo la hermana.

Quiso la vieja disuadirla, prometiendo otra vez que le daría lo que deseara de entre lo que ella tenía, pero sin resultado alguno.

–Quiero ser yo misma la que vaya a ver esa casa y esos gatos.

Aceptó la pobre mostrarla el lugar y, juntas, se marcharon hacia allá. Cuando llegaron cerca de la casa, le dijo la vieja a su hermana:

–Ya estamos cerca: te enseño la puerta y te dejo.

Y eso fue lo que hizo. En la calle en la que estaba la casa levantó la vieja el brazo y con el índice le señaló la puerta, y se marchó.

Llamó la hermana a la puerta. Le abrió una gata. Al verla la mujer gritó:

–¡Dios mío, pero qué atrevimiento! Una gata que abre las puertas. Esto es el fin del mundo.

Entró y siguió a la gata sin dejar de lamentarse ni de sacarle peros a todo. En el primer piso, al ver cómo los gatos trabajaban, elevó el tono de sus críticas, quejas y protestas.

–¡Lo que hay que ver! ¡Los gatos llevando la labor de la casa! ¡Lo que nos faltaba! No sé cómo va a acabar esto. Bueno –dijo a gritos–, llévenme ahora a ver a la señora de esto.

Entró un gato en la habitación y le dijo a su señora que una mujer deseaba verla.

–Que entre –respondió ella.

Cuando ella entró y vio lo cómoda y señorial que estaba la gata, no ocultó su extrañeza y, sin poner freno a su lengua, dijo:

–¡Una gata encima de un banco, y en ese plan tan cómodo! ¡Vivir para ver! Un lujo y una comodidad para una gata que ni yo los tengo. Y encima está durmiendo. Pues levántate, que tengo una cosa que decirte.

La gata se levantó y la mujer le dijo:

–Es que me he tirado un pedo y vengo a poner una demanda ante el juez.

La gata le preguntó si algún otro gato le había oído, pero ella no supo contestar más que con su silencio.

En aquel momento llegó el gato juez. Todo el mundo se puso en marcha: fueron puestos la mesa, los cubiertos, los platos, el agua y todo lo que hiciera falta. La mujer

observaba, aquella vez en silencio por miedo a estropearlo todo.

Despachó el juez tranquilamente su almuerzo, y cuando acabó fue a sentarse en el banco que había al lado de la señora. Entonces preguntó a la visitante:

–Señora, dígame qué es lo que le ha sucedido.

–Pues que solté un pedo –dijo ella– y me dio vergüenza. Y por eso se me ocurrió poner una demanda ante el juez.

Este le preguntó:

–¿Y cuál es el pedo que tuviste? ¿*Far*, o *fis*, o *bum*, o *miu*?

–Pues todos –respondió la mujer–: *far*, *fis*, *bum* y *miu*.

El juez llamó a los cuatro y les preguntó por qué y cuándo anduvieron con la señora aquella. Todos dijeron que eso no había pasado y juraron que nunca se habían acercado a ella. Ninguno había estado con ella.

Entonces se puso el juez a cavilar durante un ratito. Luego le dijo a la mujer:

–Mire, señora, voy a castigar a estos atrevidos. Y usted vuelva a su casa. Y antes de que anochezca llegará alguien para verla y le dejará una bolsa. Cójala, pero no la abra hasta el momento en que se encuentre sola.

La mujer se marchó tan contenta. Volvió a todo correr a su casa y se puso a esperar. Cuando se puso el sol, antes de que oscureciese del todo, llamaron a su puerta y

cuando la abrió un mensajero le entregó una bolsa.

Cerró la puerta, volvió a su habitación y abrió la bolsa. Pero en vez del oro que esperaba salieron de ella víboras, serpientes y escorpiones que la picaron y mordieron hasta que le quitaron la vida.

EL CUMPLIMIENTO DE UN SUEÑO

[1. LA PETICIÓN DE MANO]

Se contaba, en el tiempo viejo y en las pasadas época y ocasión, que había una mujer que se había quedado viuda. Su marido había muerto sin dejarle ningún medio para poder sustentarse y sobrevivir. Pero al menos le dejó un hijo.

Para criarlo y educarlo la pobre madre tuvo que trabajar duro, en particular en casas extrañas, como criada para todas las labores. Gracias a su trabajo y a sus esfuerzos, pudo sacar adelante a su hijo y darle una buena y elevada educación y formación. Como los hijos crecen con rapidez, él se fue haciendo adulto y se puso a trabajar.

Una noche soñó que se casaba con la hija del cadí. Por la mañana, antes de irse al trabajo, le dijo a su madre:

–Mamá, quiero que vayas a pedir la mano de la hija del cadí para mí.

–¿Estarás de broma, hijo?

–No madre, hablo en serio.

La madre no le hizo caso. La diferencia de clase que había entre los dos jóvenes no permitía pensar siquiera en el asunto.

El hijo volvió a tener el mismo sueño y volvió a pedir a su madre que solicitara la mano que anhelaba. La madre volvió a mirar

para otro lado, hasta que vio que su hijo perdía el apetito, perdía el sueño, perdía peso y parecía estar a punto de caer enfermo.

Asustada y preocupada, la pobre madre no tuvo más remedio que buscar la satisfacción de su hijo. Un día se levantó bien temprano, como era su costumbre, pero, en vez de salir a trabajar, se limpió, se arregló como pudo, se vistió la mejor ropa que tenía, se puso su *safsari* encima y se fue a la casa del cadí.

Llamó, le abrió la puerta una muchacha y le dijo que deseaba tener un encuentro con la señora. La muchacha entró y volvió, para acompañarla a donde estaba su señora.

Ella la recibió con las debidas educación y amabilidad, y le preguntó qué quería. La madre fue directamente al asunto y respondió con la fórmula clásica y tradicional que se emplea en tales casos:

–*Vengo a pedir la mano de una hija de gran abolengo y de buen linaje para mi hijo*.

La esposa del cadí se fijó de nuevo en el aspecto y en la indumentaria de aquella pobre madre, y lo primero que pensó fue que aquella mujer no estaba en sus cabales. Sintió pena y pidió a una de sus muchachas que le entregase una limosna.

Dolorida y humillada, la madre volvió a su casa para dar cuenta de todo a su hijo.

–Me ha tomado por mendiga, hijo, hasta el punto de que me ha dado una limosna. ¿Te das cuenta de dónde has hecho que me meta? ¡Qué deshonor!

El hijo hizo como si no se enterara de nada, y le pidió a su madre que fuera a ver al mismísimo cadí. La madre se negó en redondo, y le dijo que fuera él, si era eso lo que quería.

–Pues sí que voy a ir, madre.

Se presentó en el juzgado, esperó a que terminasen las audiencias y, cuando llegó su turno, un funcionario le introdujo ante el juez. El cual era todo un señor, de buena estirpe, culto y sabio, y recibió al joven con todo respeto y amabilidad. Le invitó a sentarse y, con una sonrisa de bondad y buena disposición le dijo:

–¡Dime, hijo! ¿Qué es lo que te trae por aquí?

El joven, sin vacilación ni rodeo, le dijo la famosa fórmula de petición de mano:

–*Vengo a pedir la mano de una hija de gran abolengo y de noble linaje.*

El sabio célebre, el gran cadí del país, recibió las palabras del joven como si le arrojaran piedras ardientes. Su primer impulso fue el de llamar a su servidor y pedirle que apartase a aquel insolente de su vista. Pero no: conservó la calma y le preguntó al joven:

–Dime antes, *y no es por desprecio*, ¿quién es tu padre?

–Fulanito, el hijo de fulano –respondió él.

–¿Y por qué no ha venido él, o por qué no te ha acompañado al menos?

–No puede. Está muerto.

–Que Dios –dijo el cadí– le reciba en su misericordia.

Y guardó un largo silencio mientras buscaba en su memoria a algún amigo o conocido, a alguien que perteneciese a alguna familia grande y que llevase el nombre que le había sido dado; pero no encontró a nadie con aquel nombre. Volvió a preguntarle al joven:

–¿Y qué es lo que hacía tu padre?

–Trabajaba en casas ajenas –dijo el joven.

El sabio e indulgente cadí se hizo cargo de la situación y, para no mostrar desprecio por el joven, le sonrió y le dijo:

–¡Mira, jovencito! No tengo nada en contra de tu aspiración. Te entregaré la mano de mi hija, si ella consiente, claro está. Pero con una condición.

Casi saltando de felicidad le dijo el joven al juez:

–Sea lo que sea, dígame, señoría, su condición, y yo la cumpliré.

El cadí, en cuanto apreció su entusiasmo, le dijo:

–Es algo fácil, apenas nada. Lo único que debes encontrar y contarme es la historia de aquel que vende las nueces a cambio de bofetadas.

–Hecho –dijo el joven–. Yo le traeré esa historia.

Dio las gracias al juez, le saludó con la reverencia debida y se retiró.

Fue corriendo a su casa, se abrazó a su madre, le dio un beso en la cabeza y le dijo:

–Ya está, mamá: el cadí me entrega a su hija.

–¿Que te entrega a su hija? Seguro que se está burlando de ti.

–¡Que no, madre! Me ha dicho que no tiene nada en contra de mí. Lo único que quiere es que le lleve la historia de quien vende las nueces a cambio de bofetadas.

–¿Que qué? ¿Vender las nueces a cambio de bofetadas? ¿Y tú haces caso de eso, hijo? ¿No ves que su señoría te está quitando de en medio de una manera fina y educada?

La una con la razón y el corazón, y el otro con la obstinación y la fuerza del deseo, discutieron con intensidad y largueza sin ponerse de acuerdo.

Pero como la voluntad, por no decir el corazón de la madre, al contrario de lo que suele suceder con el padre, acaba por ceder, la discusión les llevó al cumplimiento de lo que el hijo deseaba. Que no fue otra cosa sino hacer los preparativos para un largo viaje, sin rumbo ni destino, en busca de aquel extraño vendedor y del encuentro de su historia.

A su pesar, con lágrimas y suspiros, la madre hizo los preparativos de todo.

Se despidieron con tristeza y esperanza por un lado, y con desesperación por el otro.

[2. EL VIAJE DEL VENDEDOR DE NUECES]

El joven se puso en camino. Alguna vez solo, otra vez acompañado, una tercera siguiendo una caravana, a pie o montado en cada ocasión, *despuebla un país y puebla otro, y no les puebla más que el Dios grande y generoso.*

Cada vez que se detiene en algún pueblo no hace más que preguntar por alguien que venda nueces y cobre bofetadas.

Llegó a una gran ciudad, vamos a decir que a Alejandría.

La recorrió de arriba abajo, sin que nadie le diese el más mínimo hilo al que agarrarse.

Abandonó aquella ciudad y retomó el camino.

Sin tregua ni descanso, afrontando lo desapacible del tiempo y las dificultades del camino llegó, como decimos, a Bagdad.

Igual que en todos los demás sitios, se puso a dar vueltas, recorrió las calles y los barrios haciendo preguntas.

Hasta que un señor anciano que le había escuchado preguntar por aquel extraño personaje le hizo una seña con la mano de que le llamaba.

Se acercó al anciano, le saludó, y este le dijo:

–Hijo, pareces forastero y cansado.

–Mucho, *sidi el hach*[17].

[17] *Sidi el hach*, "mi señor". Fórmula común de respeto y consideración. Etimológicamente es "mi señor peregrino", porque presupone que el interlocutor es una

–Si no me equivoco –dijo el señor–, andas preguntando por ahí por el vendedor de nueces.

–¡Pues sí!

–Entonces alégrate, que estás cerca. Vete al barrio tal, pregunta por la calle cual, y cerca del zoco le encontrarás todas las mañanas.

Al joven no le faltaron más que alas para volar de alegría.

Estampó un beso en la frente del anciano, le besó la mano y se fue.

Por la mañana, como no tenía otra cosa que hacer, salió en busca del barrio, luego de la calle y finalmente del zoco.

¡Alabado sea Dios! Allí estaba el tan buscado vendedor.

Se situó a una discreta distancia y se queda observando.

Uno, dos, tres clientes compraron cada uno lo que deseaba. Y vio que el vendedor, en vez de extender la mano para cobrar, acercaba la cara y, ¡pam!: una, dos o más bofetadas, conforme a la cantidad comprada.

Seguro que aquel era su hombre. Nuestro joven se acercó y saludó. El vendedor le devolvió el saludo y le preguntó cuánto quería.

–Un kilo –le dijo.

Se lo pesó y se lo entregó. Y vio que el joven se echaba la mano al bolsillo.

–¿Qué es lo que haces, joven?

---

persona de bien, que ha hecho o va a hacer la peregrinación a La Meca.

–¿Qué es lo que voy a hacer? Pues sacar el dinero para pagarte.

–Guárdate ese dinero –le dijo–, que no lo necesito. Una bofetada. O, si no, deja mis nueces y márchate.

Por favor, sí, no, de aquí, de allá, nada…

El joven, muy a su pesar, levantó la mano y le dio una bofetada.

–Gracias –le dijo el vendedor–. Vete con Dios.

Volvió al día siguiente y contempló el mismo espectáculo.

Se acercó, saludó y, cuando le fue preguntado cuánto quería, repuso:

–No voy a comprar nada, señor. He llegado hasta aquí desde muy lejos, y todo lo que te pido es que me cuentes tu historia y por qué haces lo que haces.

El hombre se negó al principio. Le pidió que le dejase en paz, porque su historia no tenía interés para nadie, y le dijo que se fuera por ahí, a buscar alguna otra cosa que hacer.

El joven insistió, rogó y le dijo que había venido de otro país solo por eso.

Hasta que se ablandó el señor y le dijo:

–De acuerdo. Pues te contaré mi historia. Pero solo a cambio de la historia del herrero que, cuando da un golpe, se retira a la parte de atrás de la herrería y, cuando da dos golpes, se coloca en el fondo de la herrería.

–¿Y dónde voy a encontrar yo algo tan extraño?

–Ah –le respondió el vendedor–, ese es tu problema. Del mismo modo que me has encontrado a mí, encontrarás al misterioso herrero.

La alegría del joven se convirtió en tristeza, y su esperanza en desilusión. Y el pobre se vio errando otra vez por la tierra de Dios

Dejó allí al señor y a sus nueces y se puso a preguntar por el herrero. Recorrió aquel barrio, y aquel otro y aquel otro. Fue de calle en calle, de plazas a plazuelas, y llegó a los suburbios de la ciudad sin que nadie supiera darle el más mínimo hilo al que agarrarse.

Cansado, se sentó a tomar un té y a descansar del mucho andar.

Se fijó en él uno de los que hacen de los cafés sus hogares, uno de esos que lo ven todo y lo cuentan todo. Se acercó y se sentó a su lado.

Sin decir cuidado, le dijo:

–Te veo triste y pensativo. ¿Será por nostalgia? ¿Porque no eres de este país?

El joven caviloso, sin que le importasen las maneras del intruso, le saludó educadamente y le contó su problema.

El otro, sin pensárselo dos veces, le dijo:

–Lo que tienes que hacer es cambiar de ciudad. Aquí seguro que no vas a encontrarlo. ¿Por qué no pruebas suerte en Basora?

Como se sentía dispuesto a todo, el joven le sacó a su interlocutor informaciones y

detalles acerca del camino y de la ciudad de Basora, se despidió de él y se aventuró por esos caminos de Dios.

[3. El vendedor de nueces]

Solo, acompañado, a pie, cabalgando, de día, de noche y con poco descanso, llegó a la ciudad.

Conforme era la costumbre de aquellos tiempos, lo primero que hizo fue ir al *hammam*.

Un buen baño de vapor, con el debido masaje seguido por un tranquilo sueñecito, le dejaron como nuevo.

Salió del *hammam* limpio y ligero: *si soplas sobre él, vuela.*

Se sintió animado. Y sin romper con las costumbres ni con la tradición ni con el saber hacer de los ancianos, buscó un peluquero, porque donde hay alguno siempre es posible completar el aseo. Y en ese lugar es donde hace los primeros contactos sociales cualquier forastero.

Se dio alguna vuelta por allí y preguntó. Y le dijeron dónde había una peluquería. Y de las buenas, le dijeron.

La encontró y, desde fuera, obtuvo una buena impresión.

Entró y saludó. Los presentes le devolvieron el saludo. Y el dueño le dio la bienvenida con la navaja en la mano y le ofreció un asiento.

Se sentó para esperar su turno, que sería el cuarto, o el quinto contando con el cliente que tenía todavía la cabeza inclinada delante del barbero.

En unos minutos empezaron las preguntas y las respuestas, hasta que se entabló una especie de tertulia entre los presentes.

Se enteraron, al final, de cuál era el pez tan raro andaba buscando.

Uno de los presentes le dijo:

–La única persona que es posible que sepa algo es *hacha Ruqaya*, mi señora *Ruqaya*, una anciana que vende especias y cosas de ese tipo delante del mercado. Allí la encontrarás cada mañana. Así que esta noche considérate mi invitado, y *essabah rabah,* "mañana será otro día".

Antes de que pudiera darle las gracias, otro señor protestó y le dijo al que se le había adelantado que era él quien quería invitar al visitante. Y se pusieron los dos a discutir acerca de quién tenía más derecho a invitar al nuevo amigo.

Intervino el barbero y les dijo:

–No gastéis vuestra saliva. Que le invite cada día uno. ¿No es así, *sidi el hach*?, dirigiéndose al tercer cliente, que era un señor de edad ya avanzada.

Este, sonriente, le respondió:

–¡Tú déjales que hablen! Saben bien que, por la edad, tengo yo más derecho. Por lo tanto, joven amigo, eres bienvenido. Y vosotros también, cuando acabéis vuestro tira y afloja.

No había más que decir. Eran la edad y la sabiduría las que hablaban, y no quedaba más que asentir.

Al día siguiente se levantó el joven viajero muy pronto y se dirigió derecho al mercado. Se perdió entre la multitud, fue fijándose en cada mujer que tuviera aspecto de vendedora y no dejó de preguntar.

Un señor de buen aspecto y amable le tomó de la mano, le llevó ante una señora y le dijo:

–Aquí la tienes. Ella es *hacha Ruqaya*.

Y se marchó.

La señora tenía una cara hermosa a pesar de los años que reflejaban sus arrugas y de su pelo en el que dominaba el blanco.

Estaba sentada delante de una larga tabla cubierta de pequeños sacos, macetas, frascos y montoncitos de productos multicolores: negro, blanco, ocre, amarillo, naranja, gris, verde, rosa, y un largo etcétera.

El joven le saludó y ella le devolvió el saludo. Y se arrancó a alabar y a explicar los efectos excelentes que tenían sus productos.

El joven le dijo que estaba allí solo con el fin de pedirle un favor.

–¡Dime, hijo, dime! ¿Cómo puedo ayudarte?

–Diciéndome dónde puedo encontrar al herrero que, cuando da un golpe, se retira a la parte de atrás de la herrería.

–Con mucho gusto –respondió ella–. Pregunta por el zoco de los herreros y por la

calle del puchero. Donde empieza ese lugar está lo que buscas. No tiene pérdida.

Se inclinó el joven, besó la cabeza de la señora, le dejó un poco de dinero que ella rechazó y se despidió dándole las gracias.

Llegó allí con facilidad, y encontró la herrería.

Se detuvo a alguna distancia del local y vio al herrero que se acercaba a su yunque, cogía algo del fuego con las tenazas y con el martillo, le daba uno, dos golpes, y allí lo dejaba para retirarse hasta el fondo de su herrería.

"Es él", se dijo nuestro joven. Y se acercó.

–¡Buenos días!

–¡Muy buenos días! –respondió el herrero–. ¿Qué es lo que puedo hacer por usted, joven? Perdone.

Y se retiró al otro lado de la forja.

–¿Qué era lo que me decía?

–Pues es que me gustaría…

–Un momento, por favor.

Y se retiró otra vez hasta el fondo de su local.

Así estuvo todo el rato, de modo que con mucha dificultad pudo el joven decirle lo que deseaba.

–¿Mi historia? ¿Y para qué?

–Es que…

Le dejó con la palabra colgada de los labios. Y otra vez se retiró al fondo.

Cuando por fin le explicó el joven el qué y el por qué, dijo que sí. Pero también le dijo:

–Pues de acuerdo. Voy a contarte mi historia. Pero cuando me cuentes tú la historia del que rompe los diamantes y tira su polvo al viento.

–¿Y dónde voy a encontrar yo un prodigio como ese?

–Ese ya no es asunto mío. Igual que me has encontrado tú a mí, lo encontrarás a él.

El joven se despidió con educación y se hundió en la decepción y la desesperanza.

Anduvo triste, con la cabeza gacha y la mirada fija en el suelo. Le asaltó la idea de regresar a su país y de que la hija del cadí y de todos los jueces del mundo se fuese al diablo.

Luego volvió a entrar un poco de razón y a recapacitar. Recuperó el sentido común y se dijo: "¿Regresar? ¿Con las manos vacías? ¿Y para qué tanto esfuerzo y tanto tiempo perdido? ¿Abandonar a mitad del camino? Eso es señal de debilidad, de falta de voluntad y de firmeza, de resignación y de rendición. Esas no son las cualidades de un hombre. ¡No! Eso no es lo mío. Hay que seguir adelante mientras haya camino, y si no lo hay, se hace".

[4. EL DUEÑO DE LOS DIAMANTES]

El camino de los diamantes llevaba hasta la India, país de cosas extrañas y de sorpresas.

Dejó Basora aquel mismo día y se puso en marcha.

De nuevo caminando solo, en la estela de caravanas que le permitían cabalgar en alguna ocasión. De ese modo llegó a la India.

En una de sus ciudades entró en un mercado, y lo primero que vio fue un *dalel* o subastador con un diamante de un tamaño nunca visto entre los dedos, que gritaba en voz alta:

–¿Quién da más? Es un diamante incomparable.

Nuestro joven se acercó y escuchó que un hombre decía a su compañero:

–¿Y qué sentido tiene participar en esta subasta, si el loco ese seguro que no va a venderlo, sino a romperlo?

La subasta siguió su curso mientras dos que querían comprar insistían en aumentar sus ofertas:

–Mil. Cinco mil. Diez mil.

–A la de una, a la de dos, a la de tres. Adjudicado.

El ganador se acercó y le dijo al subastador:

–Vamos al alamín[18] a registrar la operación.

[18] *Alamín*, persona experta en juzgar y arbitrar en su especialidad.

–No, señor –respondió el subastador–. Vamos primero a ver al dueño.

–De acuerdo –dijo el otro–. Pues vamos.

Se dirigieron al domicilio del dueño del diamante, seguidos a alguna distancia por el joven.

Llegaron frente a una casa. Qué digo: un palacete de ensueño, *que Dios nos dé y os dé de su generosidad.*

Paredes en mármol de colores, puerta enorme de madera noble con relieves impresionantes, aldabas de oro macizo. Cosas que, según se dice por ahí, *te robaban la vista.*

El subastador llamó a la puerta y le abrió una criada.

–Llámenos a su señor –le dijo.

La criada se retiró y al poco rato salió el señor.

El subastador le presentó al comprador y le informó del precio.

Sin darles ninguna respuesta, el dueño de los diamantes dio una voz:

–¡*Morchana*!

Vino la criada a toda prisa.

Le dijo:

–Trae el almirez.

La muchacha se retiró y volvió con un almirez que era también de oro.

El señor tomó el diamante, lo puso en el almirez y, con toda su fuerza y con una rabia tal que parecía que le hervían las entrañas, dio un golpe con la mano del mortero

que dejó aquella piedra tan preciosa reducida a polvo.

Lo derramó por el suelo mientras decía, casi a gritos:

–*Para la tierra, mejor que para los hijos de perra.*

Los asistentes asistieron a la escena en un silencio sepulcral.

El señor se disculpó, se despidieron los dos hombres y el joven, cuando salió de su asombro, se acercó al señor en el momento en que se disponía a entrar en su casa y le saludó para que se quedara allí.

Él le devolvió el saludo y le dijo:

–¿Qué es lo que deseas?

–*Ser huésped del misericordioso* –respondió el joven.

–No eres de este país ¿verdad?

–No. Vengo de muy lejos.

–Entra, eres bienvenido. *La invitación del profeta* y mucho más, si quieres.

El joven farfulló una especie de agradecimiento y entró detrás de su famosa y preciosa presa.

Lo que vio en el interior le dejó absorto, con los ojos como platos y la boca abierta, preguntándose si estaba soñando o si acababa de entrar en un paraíso que nadie había visto: mármoles de todos los colores, oro y plata en los adornos de puertas y ventanas, alfombras finas y preciosas de arriba abajo, muebles de madera noble como nunca se habían visto, flores, pájaros, peces de colores en acuarios de ensueño, una alberca

y fuentes por los rincones. Y todo de un gusto superior.

El anfitrión, al ver a su huésped allí plantado, completamente pasmado, sonrió y le sacó del ensimismamiento diciéndole que Morchana iba a enseñarle el apartamento en que podría bañarse, cambiarse de ropa y descansar hasta la cena.

Como un sonámbulo fue detrás de la muchacha hasta el lugar en el que viviría por unos días.

Si lo que había visto abajo le había dejado fascinado, su apartamento le dejó hipnotizado.

Se bañó, se afeitó, se aseó. Y en una cama que tenía colchón de plumas y forro de seda, y sábanas de las más suaves, se echó el sueñecito que le hacía falta y que jamás había conciliado en un lugar tan cómodo como aquel.

Cuando le despertó la criada Morchana, le fue entregado un traje nuevo de calidad suprema y del mejor corte.

A cenar bajó pareciéndose a un príncipe.

Su anfitrión le recibió con amabilidad, y se sentaron a charlar y a conocerse hasta que fue la hora de la cena.

Un servidor les invitó a pasar al comedor.

Se sentaron delante de una *sofra,* una mesa muy bien dispuesta, que estaba llena de *lo que para ti deseo y no te lo hago anhelar.*

Cenaron sin dejar la conversación, y se lavaron las manos y se las perfumaron con azahar. Luego se desplazaron hasta la sala de estar para tomar el té y los pasteles.

El anfitrión se daba cuenta de que el joven aquel deseaba decir algo pero no se atrevía.

Le sonrió amablemente y le preguntó:

–Todavía no me has dicho qué es lo que te ha traído hasta aquí. Comerciante no eres.

El joven respondió con algo de rubor:

–Vengo de muy lejos. He empleado largo tiempo y he pasado por muchas aventuras y peligros solo por conocer su historia. Le quedaría muy agradecido si me contara la razón de por qué se comporta de ese modo tan extraño.

–¿De verdad quieres escuchar mi historia? Veo que estás impaciente por oírla.

–Pues la verdad es que sí –responde el joven.

–Pues, entonces, escucha:

[5. La historia del señor de los diamantes]

Mi padre era el *shahbandar*[19] de los comerciantes.

Era el dueño de una de las mejores fortunas del país. Hijo único y huérfano de

[19] *Shahbandar*, palabra de origen persa que designa al presidente de los comerciantes.

madre, consagró a mí toda su atención, cariño y saber hacer.

Me dio la mejor educación y formación al lado de los más ilustres maestros y sabios del país. Bebí de todas las ciencias menos de una: del saber a quién frecuentar. No tenía más amigos que unos pocos compañeros de estudios. Y, como se dice, de casa al colegio y del colegio a casa.

Murió mi padre cuando estaba yo en la flor de la edad, como se suele decir, dejándome una fortuna incalculable: comercios, inmuebles, fincas, talleres y fábricas. Para realizar todas estas actividades dejó personal bien formado, con experiencia y de confianza. De modo que no se precisaba de otra cosa sino de que yo cogiera las riendas e hiciera uso de mi herencia.

Pero *el dulce atrae a las moscas,* dicen las ancianas sabias, y yo era un dulce que disponía de enormes riquezas, de modo que me salieron amigos de todas partes.

Primero uno, que luego me presentó a otro, y así hasta que formamos una banda que no dejaba la juerga ni de día y de noche, aquí, allá y más lejos.

Como yo era un ingenuo, sin experiencia ni saber vivir, me dejé llevar por los que, en mi inocencia, creía que eran amigos verdaderos, cuando no eran, en la realidad, sino lobos hambrientos que se estaban aprovechando de una presa fácil y dócil.

Tan dócil que no hacía más que seguir adelante y pagar: comidas, cenas, cumplea-

ños, regalos, fiestas, viajes. Todo lo pagaba yo: hasta sus trajes y peluqueros. Jamás se echó ninguno de ellos la mano al bolsillo ni sacó la cartera.

Solo que, como dice el refrán, de tanto *sacar sin devolver, hasta las montañas terminan por caer.*

Se me acabo la liquidez. Empecé a vender propiedades: este piso, aquella tienda, el otro negocio, y el otro y el otro. Luego un inmueble tras otro, y una finca tras otra, hasta que no me quedó más que la casa.

Y tampoco ella quedó a salvo del todo: vende esta alfombra, aquel mueble, vende esto, vende aquello, vende más y más, hasta que la casa se quedó con el techo y con el suelo. No quedó ni un colchón sobre el que dormir.

Todo esto pasó sin que yo dijera ni una palabra a los amigos.

Un día estábamos sentados tomando algo en un café. Pero, a la hora de pagar, les dije:

–Que pague alguno de vosotros, que hoy no tengo.

Cuán grande fue mi sorpresa y cuán dolorosa mi pena cuando percibí señales y guiños, y sonrisas que querían ser amistosas y no eran más que hipócritas y maliciosas.

Quedamos, como de costumbre, para los días siguientes. Pero nadie apareció: un día, dos, tres, nada. Se esfumaron.

Mientras, yo me encontraba en un callejón sin salida. Si como hoy, no como mañana.

Pensé que mis amigos me sacarían del apuro. Pedí un préstamo a uno, pero me dijo que él no era un banco. El segundo me dijo que la limosna no está para dársela a cualquiera.

–Ahora es limosna –le dije–. Y las cenas y las comidas, los regalos y los viajes, ese traje mismo que llevas, todo lo que yo te he pagado, ¿eran limosna también?

Me dejó con la palabra en la boca y se retiró.

Para mí, *la calle se quedó sin escapatoria para el fugitivo,* según la expresión popular. No me quedó más que vender la casa y que Dios hiciera lo que quisiera.

La puse en venta. Curiosos e interesados entraban y salían durante todo el día.

Una tarde, muy cerca de casa, me encontré con un amigo de mi padre: un señor de edad avanzada, respetuoso, que me era conocido desde mi más tierna infancia.

Me acerqué, le saludé con un beso en su mano, y él me preguntó:

–¿Qué es lo que te pasa, hijo? Veo que la gente entra y sale de tu casa.

–Es que la he puesto en venta, señor.

Cuando me escuchó decir aquello, el buen anciano me miró como si hubiese pronunciado una blasfemia o como si hablara un idioma extraño que él no entendiera.

Un buen rato se quedó en silencio, para al final decir:

–Vivir para ver. ¿Vendes la casa en la que naciste y creciste, y donde antes lo hicieron tu padre y tu abuelo y muchos de tu estirpe? ¿Vendes la casa que lleva el aroma de tu familia y de tu linaje? ¿Vendes tu casa, que es la tumba de la vida? Y luego, ¿dónde piensas recostar tu cabeza? ¿En un cementerio o debajo de un puente como un vagabundo cualquiera? Tu padre era uno de los mejores. Pero tienen razón aquellos que dicen: *tras el fuego quedan las cenizas*.

Sin despedirse se alejó musitando:

–*No hay poder ni fuerza sino los de Dios*.

En aquel momento quise que me tragara la tierra.

Volví a entrar en casa, con la desesperación de no tener más que una sola idea en la cabeza: no valía la pena vivir. Más valía morir. ¡Sí, sí, amigo! ¡No me mires así! Me preparé para el suicidio.

Preparé la cuerda, hice el nudo, traje la escalera, anudé la cuerda en el gancho de una lámpara que ya estaba vendida, fui estrechando el nudo en torno al cuello y con un pie empujé la escalera y ¡bumm!

En lugar de quedar colgado, acabé en el suelo con una parte del techo encima de mí, medio enterrado en el montón de pequeñas piedras que cayeron y que seguían cayendo del techo.

Cuando me repuse del miedo, la sorpresa y el golpe, me puse a examinar algunas

de las piedrecitas y, alabado sea Dios: eran piedras preciosas.

El montoncito en que había quedado medio enterrado era de diamantes de los más buenos y de lo más puros.

Me quedé pasmado, inmóvil, estupefacto. No sabía si gritar, si llorar o si reír.

Pasada la primera sorpresa y recuperados los sentidos, me levanté y tomé la escalera, y me subí en ella. Pero no para colgarme aquella vez, sino para averiguar qué era lo que pasaba en aquel techo.

Se trataba de un falso o segundo techo, que formaba el suelo de dos habitaciones: una estaba llena con aquellas piedrecitas, y la segunda de monedas de oro, en cantidades tales como no podré gastar ni agotar aunque viviera diez vidas.

Sin pérdida de tiempo me puse a transformar la casa en esto que ves. Volvieron los sinvergüenzas a visitarme. Les expulsé de aquí. Y desde entonces tomo cada día un diamante, lo saco cada mañana a subasta y luego lo reduzco a polvo y se lo doy a la tierra, antes que dárselo a los hijos de perra.

Concluyeron su velada como viejos amigos y, antes de que se acostaran, entregó al joven dos *saas*[20] de aquellas monedas de oro y le dijo:

–Llévate esto para que tu familia política no te haga desprecio.

---

[20] *Saas*, medida para granos, equivalente a dos kilos y medio aproximadamente.

A la mañana siguiente desayunaron juntos. Luego pidió el joven a su anfitrión que enviase con él a uno de sus criados, puesto que quería hacer algunas compras. Y se dirigieron al zoco.

Primero compró un joven criado para que fuera su ayudante, más dos monturas de buena raza, con provisiones y regalos. Y todo ello sin pagar nada, porque cada vez que compraba algo y llegaba la hora de pegar le decían:

–Está pagado.

–Pero, ¿por quién?

–¿Por quién va a ser sino por tu anfitrión, que lo hace por medio de ese criado al que todos conocemos muy bien y que, con solo un movimiento de negación con la cabeza, nos está diciendo: "pagará mi señor".

Cumplidos los tres días que eran los acostumbrados, se despidió de su generoso anfitrión y tomó el camino de vuelta a Basora.

[6. La historia del herrero]

El viaje de vuelta resultó más cómodo y más rápido que el de la ida. Lo que hizo antes en un mes lo hizo después en unos días.

No había ya necesidad de marchar a pie, sino de cabalgar sobre el lomo de un caballo de raza, con un criado y sin pasar ni hambre ni sed.

Llegó a la ciudad famosa.

Buscó un alojamiento, se quitó el polvo del camino, descansó y salió para encontrarse con el herrero.

Lo encontró haciendo lo mismo que hacía antes: dando un golpe y echando a correr al fondo de la herrería.

Desde la puerta saludó al herrero. Él le devolvió el saludo y se retiró al fondo del local. Cuando volvió le dijo:

–¿Puedo hacer algo por usted?

–Sí. Contarme su historia.

–Ah, sí, ya me acuerdo. Pero ya sabes cuál era la condición.

–¡Pues sí! Y vengo a contarte mi cuento.

–Pues entonces adelante.

Se sentaron en una especie de despacho que había al fondo de la fragua y le contó la historia del que molía el diamante para tirarlo luego al suelo.

–Ahora te toca a ti –le dijo el joven cuando remató la historia.

–¡Pues ahora mismo! Escucha y que no se te escape ningún detalle.

–Soy todo oídos.

El herrero soltó un gran suspiro y le dijo:

–Pues yo era un buen profesional. Aprendí el oficio de mi padre y fui también el alamín de los herreros de la ciudad.

Un día me hallaba trabajando cuando vi una paloma que se posaba en esta ventana. Una paloma que no se parecía a ninguna otra. De una mezcla de colores como nunca

se había visto: oro, plata, verde, rosa, no lo sabría decir. Solo sé que era algo que *arrebata las miradas*.

Me acerqué, la cogí y, en un abrir y cerrar de ojos, en un santiamén, estaba yo al otro lado de esa ventana, llevado sobre esa paloma por los aires de Dios.

Cerré los ojos y pensé que estaba soñando. Hasta que sentí que me depositaban sobre el suelo.

Abrí los ojos y me vi delante de la puerta de las murallas de una ciudad. Empecé a tocarme los brazos, a darme golpecitos con el fin de despertarme y de poder salir del sueño. Pero no era ningún sueño.

De pronto se abrió la gran puerta de la ciudad y, como si hubiera una fiesta o una manifestación, contemplé a una multitud que iba corriendo a derecha e izquierda, intercambiando órdenes y avisos. Estaba yo con la boca abierta y la cabeza absorta cuando me vi rodeado por unos cuantos uniformados que me llevaron casi a rastras y me pusieron sobre una carroza que iba tirada por cuatro caballos, con una banda de músicos por delante y guardias a los lados y detrás.

Me llevaron por el interior de la ciudad hasta un palacio, en medio de las aclamaciones de la gente.

En el palacio me bañaron, me vistieron como si fuera un príncipe y me hicieron sentar en uno de los dos sillones que había en una sala de ceremonias que estaba llena de

nobles y ciudadanos que, cuando me vieron, se pusieron en pie y no volvieron a tomar asiento hasta que me senté yo.

Al cabo de un rato entró el visir acompañado por el cadí y por dos notarios. A un gesto del visir, los funcionarios abrieron una puerta, condujeron hasta allí a una dama hermosa, elegante, atractiva, de aquellas *que dicen a la luna sal o deja que salga yo.*

La hicieron sentar en el sillón que estaba a mi lado.

Entonces el visir pronunció un breve discurso e invitó al cadí, quien, junto con los dos notarios, procedió al ceremonial de la boda.

¿De quién? Pues de mí con la dama que tenía al lado. Y todo terminó con un "viva el sultán". Y daba la impresión de que el sultán era yo.

Acompañaron después a la novia a su aposento, para dejar paso a un breve acto protocolario. Y después me llevaron al lado de mi esposa.

Cuando cerraron la puerta, cumplí con mi rezo de dos prosternaciones. Me senté después al lado de aquella hermosa mujer y le pregunté:

–¿Es que en esta broma anda metida toda la gente de aquí, o qué es lo que pasa?

–No se trata de ninguna broma, señor. Es la tradición de aquí que, para evitar complicaciones peores, cuando muere el sultán se cierra la ciudad y al primero que llegue se

le proclama sultán y le casan con la viuda del desaparecido, si la hay.

–¿Y tú?

–Yo soy tu prometida.

De modo que el sueño era real y verdadero.

En cuestión de días, por no decir de horas, me encontré convertido en un sultán de verdad y sin una sombra de duda. Con visir, corte y poderes, casado con una de las más hermosas mujeres que pudiera haber. No me quedaba más que cumplir y disfrutar.

Eso es lo que hice mientras la vida seguía su curso.

Mi mujer se quedó embarazada y dio a luz un varón.

Yo estaba en el colmo de la felicidad.

La sultana se quedó embarazada una segunda vez y nos dio una hija. La tercera vez otro varón, como si fuera para que se cumpliese ese refrán famoso que estipula que *la mejor descendencia: dos varones y una hembra.*

Pocas personas en este mundo habrán conocido una felicidad como la mía. Pero nada dura, y *la eternidad es solo de Dios.* Aquí abajo nada es duradero.

Salí un día de caza. Cuando cruzaba una finca me encontré con una muchacha cuya hermosura sería capaz de quitar la razón a cualquiera. Pregunté quién era, y me dijeron que era la hija del visir. En la primera ocasión que tuve le pregunté si era su hija. Me dijo que sí. Y, sin más, le pedí la mano.

El visir me dijo que era un honor para él ser mi suegro. Entonces, sin pérdida de tiempo, llamamos al cadí para que fijase el día en que se formalizaría todo y para leer la *fátiha*.

La noticia *voló más rápida que el rayo.*

Cuando subí a nuestro aposento encontré a mi mujer con una actitud diferente de la acostumbrada.

Le pregunté si le pasaba algo y me contestó con una pregunta:

–¿Has pedido la mano de la hija del visir?

Dije:

–Sí.

–Eres un sinvergüenza –me dijo–. Con todo el bien, el lujo y el amor que has recibido, ¿era preciso que hicieras lo que estás haciendo?

–No estoy haciendo nada malo –contesté yo–. La ley me permite tener otra esposa, y lo que recibí no era ningún favor de nadie. Era vuestra costumbre y vuestra tradición, que por casualidad o por fortuna recayó sobre mí como hubiera podido recaer sobre cualquier otro.

Sin decir atención ni cuidado levantó la mano y me dio una bofetada que me hizo *ver las estrellas al mediodía*.

¿A mí, el sultán, con todos mis poderes, mis fuerzas y mis leyes me abofetea una mujer? ¡Yo le corto la cabeza, le hago que reciba latigazos, la envío a la cárcel, la hago colgar en la plaza pública!

Pensando en qué era lo que convendría hacer, me acerqué a la ventana y vi que la paloma, con sus colores encantadores, se posaba sobre la baranda.

Extendí el brazo para cogerla, y al hacerlo me encontré volando sobre aquel ave que, cuando cumplió su viaje, me arrojó aquí, en mi fragua, como si nada hubiera ocurrido.

Así fue cómo perdí mi mujer, mis hijos, mi familia, mi poder, mi alegría, mi prosperidad. Desde entonces, no hago más que volver adonde está la ventana, por si la paloma regresara.

El joven, que escuchaba la historia con suma atención, se quedó largo rato en silencio. Luego habló como si fuera un sabio anciano.

Dijo:

–No sé si debo decirte qué es lo que pienso. Pero lo voy a hacer, con la esperanza que me hagas caso.

No hay duda de que todo lo que has pasado, visto y disfrutado ha sido algo extraño y maravilloso como es el prodigio de la vida.

Pero algo así sucede solo una vez, porque la suerte, la fortuna, todo lo que perseguimos en esta vida efímera, se nos presenta en una ocasión tan solo: temprano, tarde, claro, oscuro, fácil o difícil, hay que saber atraparla, conservarla, compartirla si hace falta. Pero nunca dejarla escapar por pereza, negligencia, avidez o frivolidad.

Tú has tenido tu parte, tu suerte, tu ocasión. Pero no supiste conservarlas. Puedes estar seguro de que la paloma nunca volverá. Lo mejor sería que cerraras aquella ventana para siempre y que volvieras a tu oficio y actividad. Y que te acuerdes de lo que dijeron nuestros antepasados: *se acaba el dinero de los abuelos, pero perdura la labor de las manos.*

Dicho esto, se levantó, dio las gracias al herrero y partió en dirección a Bagdad.

Volvió a su alojamiento, pidió a su criado que hiciera los preparativos para el viaje y, cuando todo estuvo listo, subieron a sus cabalgaduras y tomaron su camino.

[7. La historia de las nueces]

Buenas monturas y buen tiempo llegan a su destino antes de lo previsto.

Buscaron un alojamiento que fue mucho más cómodo que el de la ida y se instalaron en él. Después de haber quitado el polvo del camino y de haber descansado, dejó que el criado se ocupase de la limpieza y preparase la comida, y salió a visitar al vendedor de nueces por bofetadas.

Se dirigió al lugar en el que estaba la otra vez y le encontró vendiendo sus nueces como siempre.

Se saludaron:

–*Assalámu aaleikum, wa aaleikum assalám: "que la paz sea con vosotros, y con vosotros sea la paz".*

Y el vendedor le pregunto qué era lo que quería.

El joven viajero le dijo:

–¿Es que no me reconoces? No deseo comprarte nada. Yo soy aquel que lo que quería era escuchar tu historia.

–¡Ah! Ya, ya, ya. Ahora me acuerdo de ti. Te pedí que me trajeses la historia del herrero que cuando daba un golpe se retiraba al fondo de su fragua.

–Pues sí, señor. Y aquí vengo a contarte esa historia.

–¿De verdad?

–Como lo oyes.

–Pues entonces vamos a tomar un té o un café y me la cuentas.

Recogió todo y propuso que fueran a un café. Pero el joven le invitó a acompañarle hasta su fonda, dado que allí podrían hablar con más comodidad.

–De acuerdo –dijo el buen hombre.

Y se dirigieron al alojamiento en que el criado estaba aplicado a la labor de preparar la comida.

Comieron juntos y, después de comer, se recostaron cómodamente y el joven le contó toda la historia del herrero.

Cuando acabó le dijo a su huésped:

–Es tu turno. Cuéntame por qué haces lo que haces.

–Pues escucha con atención, joven amigo.

Yo soy el hijo del famoso comerciante Fulano. Murió mi padre y nos dejó, a mi

hermano y a mí una gran fortuna que partimos en dos: una parte para cada uno.

Resulta que yo carecía de experiencia y de preparación para afrontar las vicisitudes y maldades de la vida.

En seguida me rodearon *los hijos del pecado, los que no duermen ni dejan dormir*. Me enseñaron todas las madrigueras y los cubiles en los que uno entra y de los que no sabe salir.

Días y noches arrastrado por los que llamaba amigos, con la cartera abierta y la mano también. Todo corría por mi cuenta. Solo que, *sacar sin devolver, hasta las montañas acaban por caer*.

Empezó a faltarme liquidez y me puse a vender: una tienda, un inmueble, esto, aquello, los muebles. Hasta que toqué fondo.

Cuando me quedé desplumado, los amigos volaron lejos, sin dejar el menor rastro. Y me encontré pobre, sin ningún medio y con hambre: no pude comer durante días y días.

Pensé que el único que podía salvarme o ayudarme era mi hermano. Aquello era lo más lógico y lo más natural.

Un día llamé a su puerta, me preguntó qué era lo que quería y le expliqué mi situación, y le pedí ayuda para volver a empezar.

Se apartó de mí y me dijo:

–No vuelvas por aquí si no quieres que te rompa la cara. Dispusiste de una fortuna y

no supiste administrarla. Ahora busca tú la solución.

¿Qué hacer? No conocía ningún trabajo ni oficio. La única solución que me quedaba era irme al bosque a cortar leña para venderla. Busqué la herramienta necesaria y me fui al bosque más cercano.

Cuando empecé a dar los primeros golpes salió, no sé de dónde, un negro alto y fuerte como una puerta y me dijo:

–Estás haciendo mucho ruido y molestando a mi señor, que está durmiendo.

Le dije que yo tenía que trabajar para poder vivir y me dijo:

–¡Pues toma!

Y me dio una corneta y me dijo:

–Con esta puedes trabajar.

Le hice caso. Volví a casa. Me llevé la corneta a la boca y, al primer soplo que di, empezaron las piezas y las monedas de oro a manar como el agua.

Más soplo y más caen las monedas, hasta que formaron un montecito que alcanzaría a llenar un saco de arroz o de harina.

Al día siguiente me llevé una bolsa llena, y llamé a alarifes, albañiles, pintores, carpinteros. Y en pocos días convertí mi casa en un palacete.

Compré muebles, alfombras, cuadros: lo necesario y lo que era menos necesario.

Una vez acabada la casa, entré en el mundo de los negocios, compré tiendas, comercios, inmuebles, y me introduje poco a

poco en el círculo de los más ricos y famosos del país.

Se enteró mi hermano y, como si no hubiera pasado nada, vino a verme para preguntarme de dónde me venía a mí todo aquello.

Le dije que me tuve que arreglar como pude y que me había ido bien. No se quedó satisfecho e insistió en saber cómo y dónde había conseguido lo que tenía. No me dejó en paz, y siguió insistiendo hasta que no tuve más remedio que contarle que todo era gracias a la corneta.

No me creyó, y no me soltó hasta que fuera testigo, con sus propios ojos, de una demostración. Tenían razón los que dijeron: *si el hermano ayudara a su hermano, nadie lloraría a su padre.*

No sé cómo lo hizo, pero mi propio hermano se las arregló para robarme la corneta.

La pérdida de la corneta me llevó, quise o no quise, a la quiebra.

Empecé a vender cosas para poder vivir, a vender y vender hasta que volví a quedarme sin nada, con las manos y el estómago vacíos.

Me vi forzado a trabajar, y en consecuencia, regresé al bosque a cortar leña.

Fue dar los primeros golpes y salirme el negro de nuevo, enfadado porque molestaba a su señor con aquel ruido.

–Pero es que yo tengo que trabajar –le dije.

–Pero, ¿no te he dado ya una corneta? –me respondió.

–Sí, pero me la robaron –le dije yo.

–Pues entonces llévate esta manguera –me dijo– y desaparece de aquí.

Cogí la manguera y desaparecí.

Una vez en casa la colgué de la pared, como él me había dicho, y, ¿qué es lo que veo? Un torrente de nueces que empezó a caer y acabó llenando la habitación. ¡Nueces y más nueces!

Llené sacos con aquel producto, los llevé al mercado, los vendí. Y así hice una y otra vez.

Empecé a exportar nueces a varios países y me convertí, sin querer, en comerciante de esos frutos secos.

La manguera no dejaba de echar nueces. Así que cuando mi negocio estuvo ya muy asentado y todo iba para adelante, volví a las andadas y a caer en el mismo error.

Y decidí castigarme o hacerme castigar, por no saber guardar ningún secreto y por fiarme de quienes no son dignos de confianza.

De modo que seguí vendiendo nueces, pero a cambio de bofetadas, no de dinero. Las bofetadas que me merecía, puesto que no merecía otra cosa que no fueran bofetadas.

Dijo estas palabras con tanto sentimiento y tristeza que emocionaron a su joven oyente y le sumieron en pensamientos silenciosos.

Este venció al final su emoción, y balbuceó algunas palabras de consuelo y ánimo que el hombre recibió como sello de sincera amistad.

Antes de que se despidieran, pidió al criado que se pasase por allí y se llevase un saco de las mejores nueces para la marcha.

Les deseó un buen viaje de regreso y se marchó.

[8. EL REGRESO]

Misión cumplida. No había razón para quedarse por más tiempo allí. Era hora de regresar a su país.

El tiempo de hacer los preparativos y de comprar los regalos fue lo que tardó en ponerse en marcha, acompañado por su criado, al que cada día apreciaba más.

El viaje de regreso resultó más corto y más cómodo que el viaje de ida.

A su madre, que no cesaba de llorar en silencio, puesto que había perdido la esperanza de volver a ver a su hijo al cabo de tanto tiempo, le faltó poco para que se cayera muerta de sorpresa y alegría, en cuanto oyó que la inconfundible voz de su hijo le decía:

–¡Mamá! Ya puedes empezar a preparar la masa de los pasteles, que me caso con la hija del cadí.

Abrazos, besos, lágrimas de emoción y alegría. La madre y el hijo pasaron el día y la noche hablando, escuchando, preguntando,

contándoselo todo, con el fin de compensar una ausencia que había durado tantos y tan largos meses.

A la mañana siguiente, bien temprano, llamó a alarifes, albañiles, carpinteros, herreros, pintores, que con buen oficio, gusto y rapidez dejaron la casa hecha un palacete digno de un emir.

Trajo muebles de los mejores, alfombras de las más finas y todo lo que precisaba tener una casa que fuera de familia inmejorable.

Compró un rico y variado vestuario para su madre. Y cuando todo estuvo acabado y bien preparado, se dirigió al juzgado y, sin avisar, se plantó ante el juez y arrojó un montoncito de monedas de oro sobre el escritorio.

El juez, sorprendido y maravillado, le dijo:

–Pero, ¿esto qué es?

–Esto es el adelanto de la historia que me puso usted como condición para otorgarme la mano de su hija. Y lo que ahora voy a hacer es contarle la historia.

–No, no, no hace falta –le dijo el juez–. Esto –señalando el oro– lo cuenta todo. Yo consiento en entregarte la mano de mi hija si ella no dice lo contrario.

Llamó al funcionario para que fuera a buscarle dos notarios y otros altos funcionarios del juzgado, con el fin de leer la *fátiha* y de poder formalizar el contrato de boda, o sea, el *sadaq*.

Dos funcionarios fueron a la casa del cadí y trajeron a su hija.

Una vez llegó, pudo empezar la ceremonia, y el notario se dirigió a la novia y le preguntó si aceptaba casarse con el joven que estaba allí presente, tal y como le había prometido su padre.

Dijo que aceptaba, y también aceptó el joven cuando le preguntaron. Se firmó el *assadáq*.

Terminó aquel acto familiar con refrescos y pasteles que el juez había enviado a buscar.

Pocos días después se celebró la boda por todo lo alto. Y con aquello terminó de cumplirse el sueño de aquel joven.

Madre, hijo y nuera dieron inicio a una larga existencia, tranquila y feliz.

Y yo me he ido,
les he dejado
sin haberlos
jamás mirado.

Dos epílogos

"ERA CAPAZ DE PONER EL UNIVERSO EN MOVIMIENTO APENAS CON DOS PALABRAS..."

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Las páginas de este libro que ella nunca llegó a ver son uno más de los regalos que Zohra Ali Elkefía, Lela Ula, la señora Ula, hizo a la humanidad. Si su vida fue un don para su familia y para quienes tuvieron el privilegio de su trato, sus palabras, aun vertidas en libros que no son capaces de reflejar el timbre de su voz ni sus gestos ni el entorno en que vivió son un obsequio que se proyecta mucho más allá, y hacia toda suerte de gentes. Puesto que en ellos ha quedado recogida y traducida, al alcance de quien sienta curiosidad o amor por los cuentos tradicionales y por la literatura en general, una de las voces más delicadas y memoriosas de las que existe noticia en los anales del mundo.

Es asombroso que una mujer de voz sutil y salud quebradiza, nacida y muerta en la ciudad tunecina de Sfax en los años 1925

y 2015 respectivamente, asumiese con tan alta conciencia de su arte el compromiso de oponerse a la sentencia, casi siempre cierta, que hizo suya Jorge Luis Borges: la de que "nuestra mente es porosa para el olvido". Conmueve que Lela Ula sola, con toda su fragilidad a cuestas, fuese capaz de arrancar alguna victoria en la desigual lucha contra el tiempo, a la que casi todo el mundo sucumbe de manera irremisible. Aquí está una entrega más de sus cuentos, testigos de que, cuando se vive la pasión de tender puentes de palabras entre el pasado y el porvenir, no todo tiene que acabar irremediablemente en la sombra. Si unas cuantas palabras con poder para encantar se salvan, algo quedará siempre entre los que sigamos y sigan por aquí.

El combate personal de Lela Ula contra el olvido no hubiera podido anotarse ningún triunfo si por el camino no se hubiese sumado a esa empresa Mohamed Abdelkefi, periodista, escritor, traductor, humanista tunecino nacido en 1928, quien, desde que conoció a Lela Ula en los años en que ambos eran casi niños, tuvo la inteligencia de percibir el valor y el carisma de los cuentos que aquella menuda mujer narraba deliciosamente al sinnúmero de personas que acudían a su casa para deleitarse con su voz, que se expresaba en árabe, pero transmitía emociones e intrigas fascinantes –si se acierta en su traducción, como aquí se ha acertado– en cualquier lengua. A Mohamed

Abdelkefi no le importó esperar pacientemente, entre fatigas y exilios de toda especie, hasta que, ya en la década de 1970, se las arregló para poner una grabadora y unas cuantas cintas de casete frente a aquella extraordinaria persona y aquella voz cuyo timbre no había dejado de repiquetear en su memoria desde décadas antes.

Receptáculos hoy, esas grabaciones, de uno de los tesoros del arte de la palabra más singulares de los que ha logrado retener la memoria literaria de la humanidad. No estoy del todo seguro, aunque tampoco creo que me equivoque en mucho, de lo que voy a poner por escrito, puesto que no soy un especialista en narrativa tradicional en árabe: la colección de cuentos tradicionales de Lela Ula es la mejor o una de las mejores de las que han sido atestiguadas entre mujeres que se expresan en esa lengua. Sí creo poder afirmar con mayor legitimidad, porque el panorama internacional lo conozco algo mejor, que la colección de cuentos de Lela Ula es una de las más extensas, valiosas, fascinantes de todas las que han sido registradas en el mundo.

Hasta en este año, 2018, en que se cumple su nonagésimo aniversario, Mohamed Abdelkefi sigue empeñado en transcribir, traducir al español –que es su segunda lengua–, editar, salvar del olvido los cuentos de su amiga Lela Ula y otras joyas que sin su intervención se habrían perdido para siempre de la tradición oral tunecina.

La rebeldía de Mohamed frente al tiempo tampoco ha sido completamente en vano, y algún triunfo ha logrado arrancar, él también, al gran enemigo de los hombres. Solo por la proeza, nada fácil, de haber preservado los relatos de Lela Ula, la humanidad queda en deuda también con él.

Las docenas y docenas de cuentos, muchos de ellos extensísimos y complejísimos, de estilo gozoso y arquitectura inexorable, que gustaba de transmitir Lela Ula a sus familiares, allegados y visitantes, y que un día quedaron felizmente prendados en la grabadora de Mohamed Abdelkefi son, para siempre ya, un monumento a todo lo bueno que es posible acoger en la imaginación y en la voluntad. No son solo un canto a la literatura oral y a la literatura en general, y una expresión monumental de la tradición oral tunecina y de la tradición oral árabe, y un hito, en definitiva, del patrimonio cultural de la humanidad. Son, además de eso, una celebración de la vida entendida como concierto de palabras que animan al concierto de las personas, una invitación a percibir que todas las voces están por alguna razón misteriosa y profunda comunicadas entre sí, y una incitación a nunca abandonar el compromiso personal de la superación y de la rebeldía frente a los caprichos de la injusticia.

El día en que por primera vez leí, por poner un ejemplo, la hermosa traducción que Mohamed ha hecho del cuento narrado

por Lela Ula que lleva el título de *Los tres hermanos y la tira de piel*, sentí yo también la sorpresa del rumor de las palabras compartidas y la emoción del llamamiento a no claudicar ante la adversidad o el atropello. Los lectores de este libro podrán comprobar, en cuanto lean las palabras que se suceden en tal cuento, que son esos justamente los valores que se empeña transmitir.

El relato de *Los tres hermanos y la tira de piel* nos habla de un matrimonio de campesinos ricos y egoístas que tratan del modo más abusivo –arrancándoles la piel y causándoles incluso la muerte– a los pobres ingenuos a quienes dan empleo; por fortuna, esos mismos malvados reciben al final un castigo ejemplar, a manos del hermano tercero y menor de quienes habían sido ya sus víctimas. Una historia primero de iniquidades, luego de justicieros castigos, y al final de triunfo de la inteligencia y de la ética. Lástima que tantos de los abusos que perpetran hoy muchos poderosos contra muchos débiles se queden sin respuestas tan ejemplares como la que da como receta este cuento.

El caso es que cuando por primera vez leí el cuento de Lela Ula que había sido traducido al español por Mohamed Abdelkefi, mis recuerdos retrocedieron hasta hace casi veintinueve años, y no pude menos que recordar la voz –nunca olvidada por mí– de la anciana María Francisca Bernal Notario, quien había nacido en 1906 en el pueblo de Villavieja de Yeltes, en la provincia de Sala-

manca, y cuyos cantos y cuentos quedaron también encerrados en una grabación en cinta de casete que yo tuve la suerte de hacer en la residencia de ancianos en la que ella vivía, en Miajadas (Cáceres), el 19 de agosto de 1989. En aquel lugar me contó la gentilísima Francisca un cuento que era asombrosamente parecido al que Lela Ula había trasladado a Mohamed. Aunque en honor a la verdad –y eso lo podrá comprobar el lector que lea uno a continuación del otro– hay que decir que el relato tunecino es muy superior en extensión, en calidad, en fantasía al español.

No dejaré de transcribir aquí, en cualquier caso, la versión salmantina:

> Eran dos hermanos. Que eran dos hermanos y eran muy pobres, y se ponían a servir. Y había un día de… destinado para irse como a un mercao, que iban a comprar. Iba… El que necesitaba un criao, iba a comprarlo. Y los criaos se ponían allí como a venderse.
>
> Y iba y le dice:
>
> –Bueno, vengo en busca de amo.
>
> Y dice:
>
> –Pues ya le tienes aquí. ¿Cuánto quieres ganar?
>
> –Pues quiero veinte duros y la manutención.
>
> –Pues veinte duros y la manutención. Pero mira: con una condición. Que si tú te vas antes de cumplir, vas…
>
> –¿Hasta cuándo?

–Hasta San Pedro. Si tú te vas antes de San Pedro, te saco una correa del espinazo y no te doy los veinte duros. Y si yo te mando antes de San Pedro, me la sacas tú a mí y te doy los veinte duros.

Bueno, pues al siguiente… Al primer día que fue:

–Amo, ¿dónde voy?

–Pues vete a hacer un corral pa las ovejas. Poner para que no se salgan las ovejas.

Fue y [el amo] no le metió merienda. Cuando [el criado] se puso a merendar:

–Uy, si esto… Yo con esto no puedo. No puedo vivir, no puedo pasar.

Se fue muerto de hambre.

Fue al siguiente día:

–¿Dónde voy hoy, amo?

Dice:

–Pues hoy vete a podar los árboles de la alameda.

–Pues yo no puedo subir ahí, no puedo subir ahí.

Bueno, pues al siguiente día:

–¿Dónde vas? A arar.

[El criado] muerto de hambre. Y [el amo] no le metió merienda. Y no le metió merienda. Y muerto de hambre, y muerto de hambre, y muerto de hambre que se tuvo que ir pa casa sin los veinte duros y le sacó la correa del espinazo.

Tenía un hermano muy listo, y él era muy torpe.

–¿Qué te ha pasao?

–Pues que me ha pasao esto.

Se lo contó. Le dice:

–Pues mira, ahora voy yo. Vamos a ver qué me pasa a mí, qué me pasa a mí.

Fue el mismo amo.

–Aquí busco un criao.

–Pues ya me tiene usted aquí.

–¿Cuánto?

–Cuarenta duros y la manutención.

Los veinte de su hermano y los veinte suyos.

Dice:

–Bueno, ¿dónde voy hoy?

–A hacer cañizas, ponerle pa las ovejas, que tal y cual.

Le hizo lo que al otro, no le metió de comer.

Cogió, mató una oveja, empezó a asar carne y comió pero a lo lindo.

Al siguiente día…

Ah, y aquel le dijo:

–¿Y hasta cuándo cumple?

–Hasta que cante el cuco. Cuando cante el cuco, ya te vas a casa. Pero mira, con esta condición: que si te vas antes de que cante el cuco, te saco la correa del espinazo y no te pago.

Le hizo como al otro.

–Y si te mando yo, me la sacas tú a mí y te pago doble.

–Pues, bueno, pues.

–¿Dónde voy hoy?

–A arar.

Sin merienda. Casi nada de comida.

Cogió [el criado] y mató a un buey, y empezó a asar carne. Le mató el buey.

Al siguiente día vuelve otra vez:

–¿Dónde voy hoy?

–Ay, este hombre, este ya no es como el otro. Este tenemos que… ¿Qué hacemos? ¿Cómo me saca la correa del espinazo a mí y le doy los cuarenta duros? ¿Y cómo lo echamos? ¿Y cómo no lo echamos?

Le dice [el esposo a la esposa]:

–Mira, vas a… Mañana lo mando a podar los árboles de la alameda, que son muy altos, a ver si se cae y se mata.

Cogió y fue y dice:

–¿Dónde voy hoy, amo?

–A podar los árboles de la alameda.

Los cortó por abajo. No se cayó.

Ya va a casa y dice:

–Por Dios, este hombre, pero ¿cómo me has hecho eso? Me cortó los árboles, me mató la oveja, me mató el buey.

–Mira, tenemos que hacer una cosa. Como está hasta que cante el cuco, mañana vamos de caza los dos, y te subes en un árbol y haces "cucú, cucú". Y que se coja y se vaya. Le pago y se va. Porque si no, nos deja sin vacas y sin nada.

Cogió y va: la mujer se subió en el árbol. Y dice [el criado]:

–¿Dónde vamos hoy?

–De caza.

Dice: se sube la mujer y empieza:

–Cucú, cucú.

–Escucha. Canta el cuco.

–No. No es tiempo de cucos.

Le dice, porque él era muy listo.

–No es tiempo de cucos.

–Sí, hombre, escucha, veras.

–Cucú, cucú.

Dice:

–No es tiempo de cucos. Y además eso no es cuco: es cuca. ¡Ave que vuela, a la cazuela!

Pum. Tiró pa matar al cuco y la mató a la mujer.

Dice [el esposo]:

–Me ha matao a la mujer. Me ha matao el buey. Me ha matao la oveja. Me ha cortao los árboles.

Todo lo que el otro le hizo. Cogió y le dio la paga doble. Fue pa casa y le dice a su hermano:

–Mira, la paga tuya y la mía. A ti te mató de hambre. Yo le he matao a la mujer. Le he cortao los árboles.

Ese es un cuento de antes. Pero claro, no tiene importancia. No tiene gracia.

Los folcloristas conocemos de sobra este tipo de cuento. Sabemos, por ejemplo, que tiene el número 1000 y la etiqueta de *Contest Not to Become Angry* (*El concurso de no enfadarse*) en el catálogo internacional de cuentos (2004) de Antti Aarne, Stith Thompson y Hans Jörg-Uther. Y que sus versiones y paralelos han sido documentados, según informa tal catálogo, en tradiciones tan dispersas como las de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Livonia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Islandia, Escocia, Irlanda, España (con versiones también en euskera y en catalán), Portugal, Países Bajos (Holanda, Frisia, Flandes, Valonia), Alemania, Austria, en el entorno cultural ladino, Italia, Córcega, Malta, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Eslovenia, Rumanía, Bulgaria, Grecia, Serbia, Polonia, Rusia, Bielorrusia, Ucrania, Turquía, entre varios grupos de judíos, gitanos, chuvasios, tártaros, mordvinos, siberianos, tayikos, calmucos, y también en Mongolia, Siria, Líbano, Irak, varios lugares del

Golfo Pérsico, Arabia Saudí, Omán, Catar, Paquistán, India, Birmania, Sri Lanka, China, Indonesia, en el Canadá anglófono, entre los pueblos originarios de Norteamérica, en Estados Unidos, República Dominicana, Indias Occidentales, Cabo Verde, Brasil, Chile, Argentina, Egipto, Líbano, Argelia y Sudán.

Viene a sumarse ahora a ese elenco tan enorme, y a ocupar un lugar de privilegio en él la versión tunecina recordada por Lela Ula. Prima más o menos cercana o lejana de todas las demás, y pariente de hermosura que difícilmente puede encontrar parangón. No he podido acceder, ni mucho menos, a todos los relatos que tienen las procedencias que acabo de enumerar ateniéndome al catálogo de Aarne-Thompson-Uther. Pero, sin ánimo de entrar en inoportunas comparaciones, solo diré que la de Lela Ula es, sencillamente, de un esplendor que supera el de todas cuantas conozco, y que debe ser muy difícil de igualar.

En el repertorio de Lela Ula cabían mucho más los cuentos de tipo maravilloso, con misteriosas peripecias que primero iban parsimoniosamente abriéndose, y que luego tardaban muchos episodios en cerrarse, que los de crítica y sátira social. Se dará cuenta de eso enseguida el lector de este libro, que se tropezará con relatos que aguantan perfectamente la comparación con los más enrevesados y también con los más sutiles de *Las mil y una noches*. Pero el de *Los tres hermanos y la tira de piel* es, acaso por la singu-

laridad de pertenecer a la categoría segunda –la de los cuentos de crítica social–, uno de mis favoritos. Me trae, claro, ecos de relatos que he escuchado y grabado en mi lengua y en mi país, pero también me parece muy oportuna esa reivindicación tan vigorosa y tan ingeniosa que hace de la justicia, la compasión y la rebeldía. En el centro de la discreción y de la fragilidad de Lela Ula había sensibilidad y determinación para la defensa de esos valores.

En el discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura que pronunció el día 7 de diciembre de 1998 el gran escritor portugués José Saramago hubo palabras de recuerdo y homenaje a "el hombre más sabio que he conocido en toda mi vida", el que despertó en él, en las noches que se les iban a los dos enredados en los cuentos, la pasión del narrar:

> Mientras el sueño llegaba, la noche se poblaba con las historias y los sucesos que mi abuelo iba contando: leyendas, apariciones, asombros, episodios singulares, muertes antiguas, escaramuzas de palo y piedra, palabras de antepasados, un incansable rumor de memorias que me mantenía despierto, el mismo que suavemente me acunaba. Nunca supe si él se callaba cuando descubría que me había dormido o si seguía hablando para no dejar a medias la respuesta a la pregunta que invariablemente le hacía en las pausas más demoradas que él, calculadamente, le introducía en el relato: "¿Y después?". Tal vez repitiese las historias para sí mismo, quizá para

> no olvidarlas, quizá para enriquecerlas con peripecias nuevas.

Hermoso homenaje, este pronunciado ante los poderosos y los ilustrados del mundo por quien estaba siendo coronado como el escritor más laureado, a la voz oral inmemorial –aquella en que se encierra el secreto del origen y la esencia de las palabras– del pueblo llano, de la gente humilde que gusta narrar, con candidez y generosidad heredadas, por el solo placer de dejar sumidos en el encantamiento a los niños y a quienes, mientras dura el prodigio, se vuelven como ellos.

"Era capaz de poner el universo en movimiento apenas con dos palabras...", añadió Saramago pensando en su abuelo y definiendo una virtud que ha adornado a no tantos artistas de la voz –a los mejores tan solo– de los que han corrido por el mundo.

Cuando el lector despierte del trance y cierre las páginas de este libro, se sentirá convencido de que esas palabras podrían haber sido dichas también de Lela Ula.

LOS PARALELOS PLURICULTURALES DE LOS CUENTOS DE LELA ULA[21]

Óscar Abenójar
Universidad Politécnica de Pekín (BIT)

Han transcurrido ya ocho años desde que vieron la luz los *Cuentos populares tunecinos narrados por Lela Ula*[22], volumen en el cual mi querido y muy admirado amigo Mohamed Abdelkefi ofrecía a los lectores hispanohablantes la primera antología de tradición oral tunecina publicada en español. Este volumen es la segunda entrega de la colección, y lo primero que quiero hacer es dar las gracias a su autor por habernos dado la oportunidad de deleitarnos una vez más con los cuentos de la narradora de Sfax.

Pero en las páginas que siguen no voy a poner de relieve la belleza ni las excelencias de los relatos que contiene esta obra. Mi intención es, más bien, destacar por qué son

[21] Agradezco los consejos y las observaciones de José Manuel Pedrosa.

[22] Mohamed Abdelkefi, *Cuentos populares tunecinos narrados por Lela Ula*, Madrid: Miraguano, 2010.

importantes para el conocimiento de la tradición oral del norte de África. Y debo aclarar, antes de empezar, que la mayoría de las narraciones de este libro se encuentra también en otras partes del mundo, muchas veces, por cierto, en lugares muy alejados del Magreb. Las versiones de otros países pueden diferir acaso en algunos detalles, pero, por regla general, la trama, los personajes y los motivos folclóricos suelen ser perfectamente reconocibles en todas las versiones.

Por supuesto, esto no sucede únicamente con los relatos de Lela Ula; casi todos los cuentos tradicionales se hallan desperdigados en multitud de variantes por numerosas culturas de los cinco continentes. De hecho, durante el último siglo uno de los esfuerzos más intensos de los folcloristas ha sido el de recopilar todas las versiones posibles y clasificarlas después en unos centenares de *tipos* de cuentos. La primera propuesta de clasificación con estas características –de apenas sesenta y una páginas– fue la obra del finlandés Antti Aarne, *Verzeichnis der Märchentypen*[23], y vio la luz en 1910. En años posteriores han sido publicadas otras ediciones de aquel índice, cada vez más pulidas, más detalladas y completas. La

[23] Antti Aarne, *Verzeichnis der Märchentypen: mit Hülfe von Fachgenossen ausgearbeitet*, Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 1910. La obra fue traducida al inglés en 1928 por el folclorista americano Stith Thompson con el título *The Types of the Folk-Tale. A Classification and Bibliography. Antti Aarne's Verzeicknis der Marckentypen translated and enlarged*, Helsinki: FF Communications-Academia Scientiarum Fennica, 1928.

más reciente de ellas, *The Types of International Folktales*, data de 2004 y fue realizada por el folclorista alemán Hans-Jörg Uther[24].

Esa última edición de Uther –aún lejos de ser exhaustiva y definitiva– abarca un buen número de cuentos de todo el mundo; entre los cuales podemos detectar la mayoría de los relatos de Lela Ula que han sido aquí publicados. En la siguiente tabla pueden apreciarse las concordancias entre los cuentos tunecinos de esta antología y sus correspondientes tipos internacionales:

TÍTULOS	**TIPOS CUENTÍSTICOS**[25]
Comprar pena a cambio de harina	Combina *El santo injurioso y la doncella en la caja* (ATU 896) y *Crescencia* (ATU 712)
Las deudas del muerto	*La voz de la tumba* (ATU 1654)
Los tres hermanos y la tira de piel	*El concurso de no enfadarse* (ATU 1000)
Skandar el avaricioso, su hermano generoso y el tesoro de los ogros	*Los cuarenta ladrones* (ATU 954)
La vieja intrigante que convirtió a Yusef en pájaro	*El esposo desencantado: las tareas de la bruja* (ATU 425B)

[24] Hans-Jörg Uther, *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography, based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*, Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2004.

[25] Yo mismo he traducido los títulos y las citas de *The Types of International Folktales* que aparecen en este estudio.

La búsqueda del pájaro esmeralda	*Los tres hijos dorados* (ATU 707)
El pescador afortunado	*El pescador y su esposa* (ATU 555)
En busca de una esposa que no se tire pedos	*La muchacha pedorra* (ATU 1453****)
La venganza de la mujer despreciada	*La novia abandonada* (ATU 884)
El vendedor de sal	Similar a *El esposo desencantado: las tareas de la bruja* (ATU 425B). El inicio es como el de *El pájaro le roba la joya a la muchacha* (ATU 425F)
La historia del señor de los diamantes	*El tesoro debajo del clavo* (ATU 910D)
La historia del herrero	Tiene muchas analogías con cuatro tipos: *El esposo desencantado: las tareas de la bruja* (ATU 425B), *El esposo desaparecido* (ATU 425D), *El príncipe hechizado es desencantado* (ATU 444*) y *El príncipe en forma de pájaro* (ATU 432)
La historia de las nueces	*El tesoro debajo del clavo* (ATU 910D)

Cuando analizamos esta tabla, llama la atención la ausencia de dos narraciones de las que atesora este volumen: *Hárez hereda, Hárez hereda y Hárez no hereda* y *Los hermanos que resultó que eran primos y se casaron*. La razón

de que no aparezcan en la lista anterior es que estos cuentos todavía no han sido catalogados en los índices internacionales, por lo que creo que pueden ser consideradas rarezas etnográficas muy excepcionales. Pero esta antología contiene, asimismo, otras joyas de gran valor; entre las cuales destacan dos cuentos de los que se desconocían versiones magrebíes[26] y otros cinco, que son los únicos testimonios de esos tipos que han podido ser localizados en todo el continente africano[27].

No cabe duda de que un estudio comparativo exhaustivo entre los documentos de Túnez y sus paralelos en otras regiones del planeta nos permitiría apreciar mejor las particularidades de las versiones de Zohra Ali Elkefía. No obstante, un trabajo de tal envergadura llenaría un libro entero (si no varios) y el espacio del que aquí dispongo es muy limitado. Como, de todos modos, no quiero renunciar a poner de relieve las analogías de estas versiones tunecinas con otras más antiguas y remotas, en las siguientes páginas aportaré algunos paralelos de *El cumplimiento de un sueño*, último texto de esta antología, amén del más extenso y complejo de toda la colección.

---

[26] Se trata de *Las deudas del muerto* (ATU 1532) y *El vendedor de sal* (ATU 425B y ATU 425F).

[27] *La vieja intrigante que convirtió a Yusef en pájaro* (ATU 425B), *La búsqueda del pájaro esmeralda* (ATU 707), *El pescador afortunado* (ATU 555), *En busca de una esposa que no se tire pedos* (ATU 1453****) y *El cumplimiento de un sueño* (que contiene dos versiones diferentes del ATU 910D).

La trama arranca con un muchacho humilde y huérfano de padre que le ruega a su madre que vaya a pedir la mano de la hija del cadí. Cuando la mujer se presenta en palacio, el cadí la toma por loca y la envía de vuelta a su casa. Pero el enamorado no se da por vencido y decide probar suerte él mismo. Así que se entrevista con el juez, y este le promete que le entregará a su hija, pero solo a condición de que le traiga la historia del que cambia nueces por bofetadas.

El joven parte en busca del vendedor de nueces. Después de mucho viajar y viajar llega hasta Bagdad, donde encuentra al extraño personaje que vende nueces y compra bofetadas. El muchacho le pide que le cuente su historia, y el vendedor acepta; pero a cambio de que le cuente a su vez la de un excéntrico herrero que, cuando da un golpe, se retira hasta la parte trasera de la herrería.

Se despide del vendedor, vuelve a emprender el camino y llega hasta Basora. Tras varias peripecias, logra dar con el herrero, quien accede a contarle su historia, pero le pide a cambio que le cuente la del que rompe los diamantes y echa el polvo al viento.

De nuevo el joven se pone en camino. Andando y andando llega hasta la India, donde encuentra al hombre rico que tritura los diamantes. Se acerca a él y le pide que le cuente lo que le ha sucedido. Este le relata lo siguiente: al morir su padre, heredó una gran fortuna. Pero en aquella época él era todavía muy inexperto, y muchos interesa-

dos se aprovecharon de su dinero; de modo que, al final, terminó dilapidando toda la herencia. Cuando llegó el día en que ya no le quedaba nada de nada, todos los que él creía que eran sus amigos se esfumaron y lo dejaron solo y arruinado.

En aquel momento lo único que se le pasó por la cabeza fue acabar con su vida. Así que fue a buscar una soga, se la pasó por el cuello y se subió a una escalera. Luego ató la cuerda al gancho de una lámpara y se dejó caer. Con el peso, el techo se vino abajo, y entonces empezaron a llover sobre él muchas piedras preciosas, diamantes y monedas de oro. Al ver que había vuelto a ser rico, los hipócritas volvieron a acercarse a él. Y desde aquel día, para vengarse de ellos, cada mañana lleva un diamante a una subasta, y justo cuando consigue un buen postor, dice que no quiere venderlo; lo mete en el mortero y lo tritura a la vista de todos.

El viajero se despide del hombre rico y emprende el camino de regreso. En Basora le cuenta la historia al herrero, y este le relata lo siguiente: un día apareció una paloma en su ventana. La atrapó, pero en aquel momento el ave echó a volar con él agarrado a las patas. Volando y volando, llegó hasta otra ciudad, donde, sin saber muy bien cómo, acabó casado con la hija del cadí.

Un buen día, en aquella ciudad, el herrero vio a la hija del visir, se enamoró de ella y se dirigió a palacio a pedir su mano. Pero, cuando su esposa se enteró de lo su-

cedido, se enfadó terriblemente. Al cabo de un tiempo la misma paloma volvió a aparecer en la ventana. El herrero la agarró de las patas, y el pájaro echó a volar; y no paró de volar hasta llevarlo de regreso a la herrería[28].

Una vez que consigue la historia, el joven pone rumbo a Bagdad, y allí se la transmite al que cambia nueces por bofetadas. Este le relata la suya: él era hijo de un comerciante rico, y al morir su padre, su hermano y él heredaron una gran fortuna. Fue entonces cuando empezaron a surgir los falsos amigos. Él se puso a gastar y a malgastar todo lo que tenía en lujos y fiestas, hasta que acabó sumido en la miseria.

Luego se fue al bosque y se puso a talar unos troncos, con la intención de venderlos en el mercado. Al momento apareció un extraño individuo, quien le entregó una corneta. Él se la llevó a los labios y nada más dar el primer soplido, empezaron a caer monedas de oro por el otro extremo. Así fue como recuperó su fortuna; y como culminó el aprendizaje de la lección: en vez de despilfarrarla, la invirtió en negocios.

Sin embargo, un día su hermano le robó la corneta, y él volvió a quedarse arruina-

[28] La historia del herrero coincide con la trama de varios tipos en los que un ser sobrenatural llega volando hasta el lugar donde encuentra una princesa y se casa con ella. Un día la esposa rompe un tabú, y su marido regresa, volando otra vez, al lugar de partida. Algunos de estos tipos son *El hijo de la bruja* (ATU 425B), *El esposo desaparecido* (ATU 425D), *El príncipe en forma de pájaro* (ATU 432) o *El príncipe hechizado es desencantado* (ATU 444*).

do. Regresó al bosque y se puso a cortar leña. Al poco volvió a aparecer el extraño, y aquella vez le entregó una manguera de la que salían nueces. Él se dedicó a vender las nueces en el mercado, y como le fue muy bien el negocio, terminó amasando una gran fortuna. Pero, una vez más, volvió a confiar en los falsos amigos y terminó perdiéndolo todo. Desde aquel día, como escarmiento, cambia las nueces por bofetadas[29].

En cuanto conoce, por fin, la historia que le había pedido el cadí, el viajero pone rumbo hacia su aldea. Una vez allí se dirige al palacio, le cuenta la historia al cadí y consigue casarse con la muchacha.

Como acabamos de ver, la narración del derrochador que dilapida la herencia paterna asoma en dos pasajes diferentes de la narración de Lela Ula: en *La historia del señor de los diamantes* y en *La historia de las nueces*. Se trata, en realidad, de dos versiones de un mismo tipo, conocido como *El tesoro debajo del clavo*, del cual se conocen numerosos paralelos de varias zonas del planeta. En *The Types of International Folktales* aparece catalogado como ATU 910D y de él se ofrece el siguiente resumen:

> Antes de morir, un viejo mercader le advierte a su hijo, que es un derrochador, de que si un día despilfarra toda su fortuna, aca-

[29] Este relato coincide, por cierto, con el argumento del tipo *Dinero y fortuna* (ATU 945A).

bará ahorcándose de cierto clavo (de una viga o de un gancho)[30].

Cuando su padre muere, el muchacho malgasta toda la herencia con sus amigos hasta que no le queda nada de nada. Entonces se desespera e intenta ahorcarse, pero entonces el clavo cede, el techo se viene abajo y se cae un tesoro que el padre había escondido allí. Desde ese día el joven empieza a ir por la vía recta (o paga sus deudas).

El índice remite a versiones finlandesas, estonias, letonas, lituanas, laponas, noruegas, islandesas, irlandesas, galesas, inglesas, españolas, portuguesas, holandesas, frisonas, alemanas, italianas, eslovacas, bosnias, búlgaras, griegas, polacas, rusas, turcas, judías, chechenas de Ingusetia, kurdas, yakutas, georgianas, sirias, palestinas, jordanas, saudíes, iraníes, indias, japonesas, mexicanas y ecuatorianas. Como vemos, el índice de cuentos no hace mención alguna a otras ver-

[30] La trama del padre que advierte a su hijo acerca de las falsas amistades asoma también en el tipo *El medio amigo*, del cual se han documentado algunas versiones magrebíes. Véase, por ejemplo, Óscar Abenójar, Fatima Zohra Menas y Ouahiba Immoune, *La princesa cautiva y el pájaro del viento: mitos y cuentos del norte de Argelia*, Madrid: Verbum, 2015, pp. 187-190; y Óscar Abenójar y Messaouda Khirennas, *Las granadas de oro y otros cuentos tradicionales del Mzab (Argelia)*, Cádiz: Q-Book, 2015, pp. 163-165. Se conoce, asimismo, una versión sefardí incluida en el [*Séfer*] *Sipuré noraot* ([*Libro de*] *Cuentos temerosos*) publicado en Salónica hacia 1885. Puede leerse una magnífica traducción de esta versión sefardí en Elena Romero, *Dos colecciones de cuentos sefardíes de carácter mágico: Sipuré noraot y Sipuré pelaot*, Madrid: CSIC, 2009, pp. 118-147.

siones magrebíes, ni siquiera a otras versiones africanas.

No obstante, estos dos testimonios tunecinos no se encuentran aislados en el Magreb. En 2017 yo mismo grabé una versión a un informante originario del vilayato de Sétif, en pleno altiplano del Atlas argelino. El cuento, que me fue relatado en la variedad del árabe hablada en Argelia septentrional, decía así:

> Había una vez un sultán conocido por ser muy bondadoso. Era muy generoso y comprensivo con sus súbditos. Todos los días decenas de aldeanos acudían al castillo para pedirle lo que necesitaran, y el rey siempre les daba lo que le pedían.
>
> Un buen día el sultán llamó a su hijo y le dijo:
>
> –Yo moriré pronto, y entonces tú serás sultán. Cuando gobiernes, no olvides nunca dar a la gente todo lo que te pida.
>
> Al cabo de un tiempo el sultán se puso enfermo; tanto que ni siquiera podía moverse de la cama. Sabía que le había llegado su hora. Durante toda su vida le había ocultado al príncipe que había un tesoro escondido en el castillo.
>
> En fin, que un día murió el sultán, y el príncipe ocupó el lugar de su padre. Siguió el consejo de repartir bienes entre los súbditos y continuó gobernando como lo había hecho su padre.
>
> Así que en el pueblo no cambió nada de nada. Los habitantes iban al castillo, le pedían al nuevo sultán lo que necesitaran, y este se lo daba siempre sin poner ninguna pega.

Pero un buen día se dio cuenta de que ya no quedaba nada de nada en el castillo. Les había dado todo lo que tenía, y el palacio se había quedado vacío.

Entonces el sultán se marchó del palacio y empezó a caminar por la aldea. Siguió caminando y caminando hasta que llegó a una ciudad. Entró en ella y llamó a la puerta de una de las casas. Cuando le abrieron, les dijo que necesitaba dinero y pidió algo de ayuda. La familia que vivía allí sabía de sobra que él era el sultán, pero, al oír que les estaba pidiendo limosna, le dieron un portazo en la cara.

Pero el sultán no se dio por vencido y volvió a intentarlo. Volvió a llamar a otra puerta, y lo mismo… Fue pidiendo algo de dinero por muchas casas pero todos le dieron con la puerta en las narices.

Así que no le quedó más remedio que regresar al castillo. Entró en sus aposentos, que eran enormes, y allí encontró una silla. Estaba desesperado y muy triste, así que se subió a la silla, colgó una cuerda del techo y se la pasó por el cuello. Cuando retiró la silla, la cuerda se tensó y el techo se vino abajo. Entonces, de repente, empezaron a caer monedas de oro. Y siguieron cayendo y cayendo sin parar. Allí había más oro del que nunca había visto en palacio.

El sultán se quedó pasmado. Su padre nunca le dijo que había una gran fortuna escondida. No se lo dijo por maldad, sino porque jamás se le pasó por la cabeza. Olvidó que había un tesoro escondido en aquella habitación. Desde aquel día en el castillo volvió a haber oro; y había más que nunca.

Enseguida el sultán llamó a diez hombres y les encomendó la misión de vigilar el oro. Les ordenó que cortaran la mano de cualquiera que intentara llevarse siquiera una moneda de oro.

Les dijo:

–No permitáis que nadie se acerque al tesoro. Antes teníamos de todo; todos mis súbditos acudían a mí y yo les daba lo que necesitaban. Al final terminaron arrasando con todo. Yo mismo tuve que salir para pedirles ayuda a ellos, pero entonces nadie me ayudó. Por eso mismo, desde este momento, ordeno que no vuelva a salir nada de este castillo.

Y aquel día el sultán se convirtió en el hombre más rico del mundo.

El cuento se ha acabado[31].

El tesoro debajo del clavo también ha dejado algunas huellas –aunque no muchas– en el ámbito cultural hispánico. La versión que expongo a continuación es la que Julio Camarena y Maxime Chevalier escogieron para ilustrar el tipo 910D en su *Catálogo tipológico del cuento folklórico español*:

Cuenta la historia que un padre tenía mucho dinero, era rico y tenía muchas tierras. Entonces, pues los hijos labraban la tierra, es-

[31] Traduzco la versión registrada, en árabe dialectal de Argelia, el 12 de febrero de 2017 a Mohamed Chalabi Abdel Moutaleb, de 44 años, natural de Sétif y residente en Argel desde hace más de treinta años. No recuerda exactamente quién se la contó, pero asegura que hubo de ser algún anciano que conoció al poco de instalarse en la capital argelina.

taban en cuenta del ganado, en fin, en fin, llevaban toda la labor de la hacienda. Pero tenía un hijo que era un cabeza loca, era la oveja negra de la familia y tenía muchos amigos, porque sabían que era rico y siempre estaban chupando de él; se iba con las mujeres de la vida, en fin, coche, p'acá, coche p'allá, todos los días, de diversión, entonces un día, le dijo el padre:

–Hijo, quiero hablar contigo.

Lo pasó a su despacho y le dijo, más o menos estas palabras:

–Yo sé que tienes muchos amigos y tienes muchas amigas, porque eres rico; el día que se acabe el dinero no tendrás ni amigo, ni amigas. Así que quiero que varíes tu vida.

–Papá, yo no lo puedo hacer, porque el que nace con una cosa, ya hasta que muera, no la puede perder.

El padre le dijo:

–Bueno, entonces lo que te pido es un favor. Cuando se te acabe el dinero, coge esta soga y vas a la estancia en la cuadra de los caballos y en la quinta viga, ahí te ahorcas. Porque sé que te llegará un momento en que estarás desquiciado de la vida: estarás harto, verás que nadie te puede echar una mano… y entonces, ahórcate ahí. Recuerda estas palabras: en la quinta viga en la estancia de los caballos, allí ahórcate, porque llegará ese día.

Pasó mucho tiempo y poco a poco se iba gastando la herencia que el padre le dio. Al ver los amigos que no tenía dinero, que poco a poco se iba pasando de buenos trajes, de buenos coches, a malos, que todo lo iba vendiendo, que todo lo iba empeñando, pues fue teniendo menos amigos e incluso menos amigas. Llegó un momento que recordó lo

que le había dicho el padre, que ya había muerto varios años antes. Total, cogió la soga que el padre le regaló, subió a la estancia y tiró la cuerda por la quinta viga. Al ahorcarse, el techo estaba ya preparado y se vino abajo. Y al venirse abajo se encontró con un cofre que tenía muchas ropas y muchas riquezas, y además, una carta que decía:

"Como te dije, sabía a lo que ibas a llegar", le ponía el padre. "Por eso preparé este techo con este cofre y con estas ropas, para que vivieses como un señor, porque no me gustaría que mi hijo, por muy cabeza loca que fuese, estuviera como un hijo pródigo en el mundo.

Entonces el hijo, al ver que el padre había pensado en él y sabia la vida que llevaba, pues se vistió con la ropa, compró la hacienda y además dijo que a partir de entonces viviría su vida. Entonces, cuando sus amigos y amigas nuevamente le vieron con ropa y con dinero se le quisieron acercar, pero este se les negó porque solamente eran amigos por el dinero[32].

Pero el relato existe, asimismo, en otros géneros literarios diferentes del cuento. El folclorista escocés William Alexander Clouston, en sus *Popular Tales and Fictions*[33], por

[32] Julio Camarena y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español, Cuentos-novela*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, núm. 910D, *apud* «Carmen García Surrallés en *Era posivé… Cuentos gaditanos*, Cádiz: Servicio de publicaciones de la Universidad, 1992, núm. 68».

[33] William Alexander Clouston, *Popular Tales and Fictions: Their Migrations and Transformations*, 2 vols.,

ejemplo, presentó algunas versiones británicas entonadas en forma de balada; en concreto, de la conocida popularmente como *El incauto heredero de Linne* (*The Unthrifty Heir of Linne*) o *El legado del borracho* (*The Drunkard's Legacy*).

Si seguimos tirando del hilo, descubriremos que el mismo argumento asoma en una novela del siglo XVI, *Las dos señoritas de Cartago*, que el inglés William Painter incluyó en su colección de novelas de inspiración italiana *The Palace of Pleasure*[34]. Painter relata la historia de una viuda que esconde un tesoro en su casa para ponerlo a salvo de los invasores romanos. Al cabo de unos días una muchacha cartaginesa sufre un desengaño amoroso y, presa de la desesperación, ata una cuerda al techo con la intención de suicidarse. Pero, al retirar una de las barras del techo, deja al descubierto el tesoro escondido.

La historia del ahorcado ha dejado huellas todavía más antiguas y más exóticas; una de ellas, por ejemplo, en el relato *El cuento del*

Edimburgo y Londres: Blackwood, 1887, vol. II, pp. 53-64.

[34] William Painter, *The Palace of Treasure: Elizabethan Versions of Italian and French Novels from Boccaccio, Bandello, Cinthio, Straparola, Queen Margaret of Navarre, and Others*, 3 vols., ed. de Joseph Jacobs, Londres: David Nutt in the Strand, 1890, vol. II, pp. 264-278). La misma historia, con el mismo título, fue publicada nueve años después, en 1565 por el ferrarés Giovanni Battista Giraldi (Cinthio) en la novena novela de la décima década de *De gli hecatommithi*.

sabio y de sus tres hijos de *Las mil y una noches*[35]. En él se cuenta cómo un padre, antes de morir, le confiesa a su hijo que le ha dejado en herencia una fortuna escondida en una habitación; pero le ruega que no entre allí antes de que lo necesite realmente. El muchacho, que no puede soportar la espera, entra en la cámara prohibida y se la encuentra completamente vacía, a excepción de una extraña nota dejada por el padre, en la cual le insta a ahorcarse. Cuando llega el día en que no le queda nada de nada, se dirige a la habitación y ejecuta, punto por punto, las indicaciones de su padre. En el momento de dejarse caer, con la soga alrededor del cuello, el techo se viene abajo y descubre el tesoro.

Pero tenemos constancia de otros paralelos de *El tesoro debajo del clavo* de fecha aún más remota. El más antiguo es esta narración incluida en las *Fábulas* de Esopo:

> Érase una vez un hombre rico y prudente, aunque demasiado orgulloso de sí mismo. Durante casi toda la vida, él y sus hijos disfrutaron de lujos y comodidades.

[35] Véase Richard Francis Burton, *A Plain and Literal Translation of the Arabian Nights Entertainments, Now Entitled The Book of the Thousand Nights and a Night*, 17 vols., Denver: Carson-Harper, 1900, vol. XI, pp. 222-225. En Clouston, *Popular Tales*, pp. 56-59, también se mencionan paralelos persas, latinos, italianos e ingleses muy interesantes. Para las versiones de la Grecia clásica, véase John Donne, *The Variorum Edition of the Poetry of John Donne. The Elegies*, 7 vols., ed. de Gary A. Stringer, Bloomington: Indiana University Press, 2000, vol. II, p. 997.

Pero al cabo de un tiempo acabó perdiendo todo su dinero. Empezó entonces a angustiarse, lo cual es natural en tales circunstancias. Su enojo era tal que comenzó a proferir blasfemias y llegó a convencerse de que no le quedaba otro remedio que suicidarse, porque prefería morir antes que vivir en la miseria.

Así que cogió su espada y se dispuso a buscar un lugar abandonado. Por el camino se encontró con un pozo profundo, y en el fondo encontró una gran cantidad de oro, que había sido dejado allí por un cíclope. Al ver el oro en aquel pozo, el hombre se quedó un tanto abrumado, con una mezcla extraña de alegría y miedo. Pero luego, desenvainó su espada y se ayudó de ella para sacar el oro. Después regresó a casa con sus hijos.

Al cabo de un rato el cíclope regresó al pozo y vio que su tesoro había desaparecido. En lugar del tesoro encontró una espada. Al instante la tomó y se suicidó[36].

En *The Types of International Folktales* este texto esópico aparece asociado al tipo ATU 740** *El hermano va a ahorcarse*, cuyo resumen presentamos a continuación:

Un hombre pobre le pide dinero a su hermano, que es rico y avaro. Este, en lugar de ayudarle, le da una cuerda para que se ahorque con ella. El pobre elige un árbol para ahorcarse, y cuando se deja caer, el árbol se rompe y él cae al suelo. Ahí descubre un te-

[36] Traduzco de Laura Gibbs, *Aesop's Fables. A New Translation*, Oxford: Oxford University Press, 2002, núm. 405.

soro. El hermano rico, qua ha perdido su tesoro, acaba ahorcándose él mismo.

Desde nuestro punto de vista, el apólogo griego encaja a la perfección con el argumento de *El tesoro debajo del clavo* (ATU 910D); es más, se diría que encaja incluso mejor que con el de *El hermano va a ahorcarse* (ATU 740**). Las versiones que hemos conocido en estas páginas, en realidad, muestran diferencias de poco calado; diferencias que tienen que ver, sobre todo, con el tipo de personajes que interviene en la trama o con la naturaleza del tesoro, que puede variar entre una fortuna personal o una herencia dejada por el padre. Esos detalles no parecen suficientes, en nuestra opinión, para establecer dos tipos cuentísticos diferentes.

Vamos a concluir este breve recorrido por las versiones internacionales de *El tesoro debajo del clavo* con un epigrama atribuido al mismísimo Platón. Se trata de una cita que no nos ha llegado directamente a través de los escritos del ateniense, sino de un comentario de Diógenes Laercio fechado en época muy posterior, nada más y nada menos que siete siglos después de la muerte del filósofo. Este es el epigrama en cuestión:

> El hombre que encuentra oro deja la cuerda. Pero aquel que halla solo una cuerda, en el lugar donde había dejado su oro, se cuelga con la cuerda[37].

Ya no queda más espacio para seguir conociendo otros paralelos de *El tesoro debajo del clavo*. En estas páginas hemos podido comprobar cómo Lela Ula consiguió engarzar magistralmente las dos versiones del tipo ATU 910D en un texto de gran extensión y complejidad, que arranca con el viaje del héroe en busca de la historia del vendedor de nueces y culmina felizmente con la obtención de la mano de la hija del cadí. Pero hay más: este macrorrelato –el del viaje del héroe a un país lejano en busca de un objeto o de una información para conseguir a la princesa– constituye a su vez el argumento de varios tipos cuentísticos; entre ellos, *Los tres pelos de la barba del Diablo* (ATU 461), *El viaje adonde está la deidad por consejo o reembolso* (ATU 461A), *La búsqueda de lo desconocido* (ATU 465A) o *Un viaje al otro mundo* (ATU 465C).

Las dos versiones tunecinas de *El tesoro debajo del clavo* son, por lo que aquí hemos

[37] Traduzco de Georges Burges, *The Doubtful Works with Lives of Plato by Diogenes Laertius, Hesychius, and Olimpiodorus Gray's Notes, etc.*, Londres: George Bell, 1902, p. 193. En la misma página Burges incluyó una reflexión muy interesante acerca de la autoría de esta cita atribuida a Platón. Para los ecos posteriores del epigrama en la literatura universal, véase James Hutton, *The Greek Anthology in Italy to the Year 1800*, Nueva York-Londres: Humphrey Milford-Oxford University Press, 1935, p. 315.

visto, muy interesantes, tanto en términos literarios como en términos etnográficos, y constituyen, asimismo, una magnífica muestra de hasta qué punto los mejores narradores –como era Zohra Ali Elkefía– son capaces de intervenir en la arquitectura de sus relatos, insertando varios cuentos en una única narración, engarzando unas historias con otras y construyendo nuevas tramas, más complejas, más elaboradas y mucho más extensas.

El cuento llega a su fin.
Deseamos expresar nuestra mayor gratitud a
José Luis Garrosa Gude,
por la atentísima revisión
que ha hecho de estas páginas

MITÁFORAS

EDITORIAL

DIRECTORES

Óscar Abenójar · José Luis Garrosa · José Manuel Pedrosa

CONSEJO EDITORIAL

José Luis Agúndez · Sergio Callau · Alberto del Campo Tejedor · Eva Belén Carro Carbajal · Xochilquetzali Cruz Martínez · Daniel Escandell Montiel · David González Ramírez · Desirée López Bernal · Josemi Lorenzo Arribas · David Mañero Lozano · Francisco Molina Moreno · Laura Puerto Moro · Bernadett Smid

CONSEJO ASESOR

Martín Almagro Gorbea · Susana Asensio Llamas · Cristina Azuela · Xaverio Ballester · Luis Beltrán Almería · Martha Bremauntz · Araceli Campos Moreno · Claudia Carranza Vera · Gerardo Fernández Juárez · Antonio Domínguez Leiva · Ángel Gari Lacruz · Francisco Miguel Gil · Luis Miguel Gómez Garrido · Raúl Eduardo González · Luis González Fernández · José Manuel González Matellán · Margit Frenk · Gustav Henningsen · Carolina Ibor Monesma · María Jesús Lacarra · Miguel Manzano · María Antonia Martín Zorraquino · Alejandro Martínez de la Rosa · Mariana Masera · Gabriel Medrano de Luna · Pedro Moya Maleno · Pedro Piedras · José Manuel de Prada Samper · Juan José Prat · Francisco Ramírez Santacruz · Salvador Rebés · Joaquín Rubio Tovar · Marina Sanfilippo · Jesús Suárez López · María Tausiet · Dolores Thion · María Jesús Zamora Calvo · Mercedes Zavala del Campo

Mitáforas

Colección de libros independientes y gratuitos

1
José Manuel Pedrosa
Heródoto y la soprano que cruzó el mar
con el hombro tatuado
(2016)

2
José Manuel Pedrosa
Dante y Boccaccio entre brujas y caníbales:
el cuento de El corazón devorado *en África y Europa*
(2016)

3
Alberto del Campo Tejedor
Elogio de la locura sevillana
(2017)

4
Óscar Abenójar
Primer tesoro de cuentos del Atlas telliano
(2017)

5
Óscar Abenójar
Segundo tesoro de cuentos del Atlas telliano
(2017)

6

Juan José Prat Ferrer

Y la diosa cantó:
anotaciones sobre el pensamiento mítico

(2017)

7

Óscar Abenójar

Tras las huellas de Don Juan
por el norte de África y por la Grecia clásica

(2018)

8

Agustín Clemente Pliego

Cancionero popular de Castellar de Santiago

(2018)

9

Xaverio Ballester

Gemelos, ciclôpes y chamanes:
tres exêgesis míticas

(2018)

10

Mohamed Abdelkefi

En busca del pájaro esmeralda
y otros cuentos tunecinos de Lela Ula

(2018)